NUNC COGNOSCO EX PARTE

THOMAS J. BATA LIBRARY
TRENT UNIVERSITY

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/laespanaquesobre0000diaz

Espasa → Mañana

Asesores de la colección

Andrés Amorós
Juan Cueto

Ensayo

Fernando
Díaz-Plaja

La España que sobrevive

Cincuenta años después de la guerra

Trent University Library
PETERBOROUGH ONT

Espasa Calpe

DP272.D48 1987

Diseño y cubierta: Alberto Corazón

© Fernando Díaz-Plaja, 1987
© De esta edición: Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1987

Depósito legal: M. 29.373—1987
ISBN 84—239—2428—9

Impreso en España
Printed in Spain

Talleres gráficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Carretera de Irún, km. 12,200. 28049 Madrid

Índice

Prólogo 7
La dulce y suave transición 11
Las autonomías: odiadas, queridas, aceptadas 21
Los amigos dictados 33
El Ejército, protección o amenaza 41
«Corsi e ricorsi» 55
La juventud como partido 61
La represión sexual; la liberación sexual 67
Así se escribe la historia 85
El humor como huida y como ataque 97
La monarquía, esa sorpresa 103
Política exterior o nuestro eterno complejo 109
Televisión Española cumple 125
«Historia viva»... y radiada 129
La cultura: en corsé o liberada 141
La Iglesia militante... y acomodante 149
Supervivencias... incluso de lo que queremos olvidar 173

Este libro se terminó en un patio de Marbella donde llovía, literalmente, los jazmines y va dedicado a su dueña, Mary, marquesa de Pobla de Claramunt.

Prólogo

Cincuenta años son muchos pero, para nosotros los españoles, han sido pocos. Unas circunstancias excepcionales —y desgraciadamente éste no es aquí un adjetivo elogioso— han hecho que la herida se mantuviera abierta tanto en nuestra imaginación como en nuestra carne.

Se infirió en el cuerpo del país en julio de 1936 y durante casi tres años sangró abundantemente. Se cerró en falso en 1939 y por ello siguió doliendo a causa de los fusilamientos realizados tras una paz oficial que, en realidad, había sido solo la victoria total de unos sobre otros. Siguió presente en las lágrimas derramadas por otras víctimas de la represión recluidas en penales por veinte o treinta años; por los «topos», por los guerrilleros o simplemente por la ausencia de los desterrados en las dos Américas que a su vez lloraban allí.

Luego fue cicatrizando lentamente aunque mientras hubiera franquismo, seguía habiendo la posibilidad de volver a humillar al español vencido por parte del español vencedor. Sólo en 1975, el nuevo jefe de Estado dijo lo que habíamos soñado oír un día: «Soy el Rey de todos los españoles.» Entonces, por vez primera, empezaron las úlceras a secarse, las brechas a dejar de manar. Por vez primera tras tanto tiempo se nos ha permitido libremente calibrar lo pasado, pesar lo presente, reflexionar sobre el futuro.

Porque ya estas tres posibilidades temporales no están predestinadas, sujetas a la ley férrea de antaño cuando los aniversarios eran sólo repeticiones monótonas de los mismos tópicos. Veinte años de franquismo significaban cuatro lustros de continuidad y la promesa de otros cuatro de la misma raigambre en los que seguiríamos dando gracias a Dios por tener a un Franco que nos salvó del comunismo, de la masonería y del separatismo y a quien rogábamos que se mantuviera en el poder para mayor gloria de España. Igual nos lo dijeron a los treinta años y a los treinta y cinco... y casi llegamos a los cuarenta.

Hoy, al vaticinar lo que nos espera, cualquier posibilidad es fácil porque es cierta nuestra libertad de elección. Hoy tenemos un Gobierno socialista que ha substituido a uno de centro y que a su vez puede renovar su mandato o dejar el sitio a uno de Alianza Popular. Hay sobre la mesa una serie de cartas para elegir y somos nosotros, simplemente nosotros, los que las barajaremos según nos dé la afición o la experiencia tenida. Elegiremos: ese maravilloso verbo que parecía desterrado del vocabulario español. Lo único que se mantendrá igual —aunque también podríamos cambiarlo si quisiéramos, que no querremos— es la cúpula de la Monarquía que, más que pesar sobre los españoles, protege con su forma cóncava la libertad que tenemos de enfocar nuestro destino como nos plazca.

Esto en lo que se refiere a futuro. Pero no nos engañemos. Cada uno, dice el Quijote, es hijo de sus obras y lo que detrás dejamos en el tiempo no lo olvidaremos nunca aunque queramos; ha quedado grabado a fuego en nuestra mente y por mucho que nos esforcemos no lograremos que deje de existir. Estamos en cierto modo «programados» por años de violencia guerrera, de violencia civil, de violencia eclesiástica, lavados de cerebro a cuenta de los medios de comunicación; y tan grave es seguir esa línea de pensamiento porque es la que nos han enseñado a la fuerza como repudiarla por la misma razón. En ambos casos se trata de una postura artificial, externa a nosotros, porque nos la hicieron creer o porque nos la obligaron a odiar.

En las páginas que siguen intento presentar el actual estado del país a la luz de lo que nos dejó el ayer, externa e interiormente. El «yo soy yo y mi circunstancia» orteguiano, tiene en nuestro caso una significación intensa en la segunda aportación a la personalidad. Fue una guerra civil, una posguerra tiránica y un intento de superar ambas épocas por los caminos de la democracia y de la

paz. Saber de dónde vienen los fantasmas que todavía nos atosigan es, creo yo, buen sistema para que se borren para siempre de nuestra mente. Todos somos hijos de nuestro tiempo; esperemos que en este caso, consigamos independizarnos de él para que no nos ahogue con su presencia.

Ha sido una herencia amarga. Liquidémosla lo antes posible para empezar de nuevo limpios de toda culpa. Al reconstruir nuestro estado reconstruimos nuestra propia vida.

¿Lo intentamos entre todos?

La dulce y suave transición

Una vez dimos una lección al mundo. Ha ocurrido tan pocas veces en los últimos siglos que vale la pena recordarlo con orgullo. Fue cuando salimos de una Dictadura para entrar en una Democracia con un mínimo sacudimiento ciudadano, sin petulancias ni represalias. Algo de que vanagloriarse.

Fue una sorpresa, fue una bella sorpresa y sobre todo, fue una relajante sorpresa. Durante cerca de cuarenta años se nos había hablado apocalípticamente del momento en que Franco muriera (sólo poquísimos ingenuos creían en su retiro voluntario). El «tras de mí el diluvio» de Luis XV se expresaba de forma más política y concreta. Él, Franco, era el valladar contra el comunismo, la presa que impedía desbordarse el río rojo. O los españoles teníamos el cuidado de seguir sus instrucciones o pasaríamos a ser vasallos de Moscú como los rumanos o búlgaros. Esta idea remachada continuamente por prensa, radio y televisión, había calado más de lo que ahora puede creerse y yo he oído a gente culta y preparada a la que el recuerdo de los sufrimientos ocurridos en zona republicana durante la guerra civil obnubilaba hasta tal punto que esperaban una repetición obligada de aquellos hechos. Y así a mis quejas del régimen de Franco contestaban: entonces ¿prefieres el comunismo? A lo que yo naturalmente respondía negando la obligatoriedad de esa alternativa. Se evocaban entonces los espectros sangrientos del pasado, los crímenes cometidos en ambos bandos, la tradición cainita del pueblo español. Yo y los que pensaban como yo, sólo podíamos argüir que *precisamente* una historia tan tristemente reciente haría que nuestros compatriotas actuasen con moderación a la hora de elegir nuevos caminos.

Afortunadamente tuvimos razón. Es cierto que la transición se hizo desde arriba con un autor —el Rey—, un director —Fernández Miranda— y un actor —Adolfo Suárez—, como la definió el segundo de la trilogía; es cierto que las Cortes franquistas coadyuvaron al éxito al declararse *motu propio* fuera del juego pero también es cierto que las hábiles maniobras políticas de la cumbre no hubieran servido para nada sin el deseo claro del pueblo español de cruzar el torrente sin ahogar en él las libertades recién adquiridas. Y así en las elecciones de 1976 los españoles se negaron a mantener a los antiguos franquistas en el poder porque tenían larga experiencia de ellos, pero también a confiar el Estado a un grupo, el comunista, contra el que habían estado prevenidos durante lustros, con ello demostraron que creían más en lo negativo de unos que en lo positivo de otros aunque se lo hubieran contado los mismos. En cambio eligieron el centro: una heterogénea colección de liberales, democristianos, falangistas arrepentidos y monárquicos juanistas que se llamó UCD dejando al margen, con mínimo número de votos, a la extrema derecha y a la extrema izquierda. Ante ello y contra todo pronóstico basado en nuestra historia, no hubo reacción violenta. La extrema izquierda se calló al haber obtenido un reconocimiento legal que antes no existía y aunque alborotaron con centenares de huelgas y manifestaciones, no llegaron a la lucha callejera abierta satisfechos de haber conseguido la mayoría de edad como partido. La extrema derecha sí gritó al ver desaparecer sus privilegios de dominadora de España y aunque pocos, los coletazos de esa actitud fueron sangrientos como muestran Montejurra, la matanza de Atocha, los asesinatos del Retiro y de la calle de Libreros. En política, es decir, aceptando las reglas del juego promovieron el auge de Blas Piñar que resultó un meteoro de intensa y breve luminosidad. Al vivir en lo alto de Torre de Madrid he sido testigo de las concentraciones anuales en la plaza de Oriente y de verdad eran impresionantes: masas de camisas azules, bosques de brazos en alto. Parecía que el fascismo seguía vivo y muy vivo amenazando a la joven e inexperta Democracia.

... y sin embargo... la última vez que se reunieron la voz de Blas Piñar se hizo patética al contestar a las ovaciones que no terminaban nunca que «por favor le aplaudieran menos y le votasen más». Porque ocurría que ese entusiasmo callejero no se reflejaba luego en las urnas; en la plaza de Oriente se reunían, aparte de algunos jóvenes fanáticos (por jóvenes e ilusionados) y

algunos viejos (irritados porque les quitaban el poder) una serie de burgueses aterrados ante la subida de la pornografía, los atracos y asaltos callejeros, el escarnio a la religión, la libertad de expresión de los mozos, la llegada masiva de la droga. Éstos gritaban y aplaudían cada vez que Blas Piñar atacaba a un gobierno que permitía tales desmanes recordando los tiempos felices en que esas cosas no pasaban. Pero cuando, ya afónicos, volvían a su casa reflexionaban lo que sería intentar resucitar un franquismo con Blas Piñar como caudillo y acababan dando el voto a UCD o como mucho a Fraga Iribarne, la derecha que había aceptado las reglas del juego.

(La última tentativa derechista para retrasar el reloj de la historia fue, como es sabido, la del 23 de febrero de 1981, de la que trataremos (más apropiadamente, creo) en el capítulo dedicado al Ejército.)

Esa tendencia moderada en la que se proconizaba un cambio sin traumas se mantuvo en el aspecto humano de forma ejemplar. El país había dado un giro copernicano desde la dictadura a la libertad, pero por vez primera en nuestra atormentada historia, ese giro se llevó a cabo sin pedir cuentas al vencido. No hubo «ni una persona proscripta» recordó orgullosamente Julián Marías en una conferencia dada en Barcelona el 2 de noviembre de 1985. Y además de ello tampoco se aireó con ánimo de persecución, los más que posibles negocios ilícitos realizados durante el franquismo por los grupos que detentaban entonces el poder. La familia del Generalísimo mantuvo sus títulos y prerrogativas sociales, su libertad y su dinero. La señora de Meirás está tranquilamente en su casa de Madrid y el doctor Martínez Bordiú sigue trabajando en su clínica; quienes fueron a vivir al extranjero como Mari Carmen lo hicieron por gusto y sin la menor coacción. Y hoy cuando la prensa se ocupa de ellos se refieren a lo que hacen ahora —bodas, cacerías, desfiles de moda— y no a lo que hicieron antes. Y eso es bueno.

Pero hay más. En el Parlamento español, donde se encuentran personas tan distintas y más polémicas son las opiniones, donde es fácil y humano el recuerdo agraviado para atacar al oponente, no ha habido prácticamente ningún ajuste de cuentas verbal. Observando el salón de sesiones era posible reconocer en los bandos de la izquierda a quien había estado en la cárcel por mandato de los que se sentaban en los bancos de la derecha y sin embargo no se oyó a nadie echarlo en cara: «¿Cómo se atreve Su Señoría a hablar de

libertades cuando me encerró a mí sólo por ser socialista?» Sería incluso comprensible y sin embargo se ha procurado siempre evitar cualquier alusión que pareciese un reproche histórico. El 31 de octubre de 1985, el ministro de Sanidad contestaba en el Congreso a un diputado y empezó con estas palabras: «El señor Gómez cuando ocupaba un cargo en el antiguo régimen... —de los bancos de la oposición surgieron varios murmullos— ¡No, no! —precisó el señor Lluch— justamente iba a decir que lo desempeñó con gran bondad y profesionalismo.»

Y si ha habido excepciones en ese pacto entre caballeros generalmente ha sido provocado por la derecha como cuando Fraga aseguró públicamente que, de estar en el Gobierno, acabaría con el terrorismo en tres meses. Acusado de inmovilismo por esas palabras el PSOE saltó sobre la ocasión que le ofrecían recordando la actuación del presidente de Alianza Popular cuando era ministro del Interior y los sucesos —Vitoria, Montejurra— que habían ocurrido durante su mandato. Fue la única ocasión en que se volvió a hablar de dictadura fascista y de libertad y afortunadamente no sentó precedente. Al pasado se ha vuelto luego más fuera del Parlamento que dentro de él, por aniversarios significativos como los diez años desde la muerte de Franco y ahora el cincuentenario de la guerra civil pero nunca, afortunadamente, con intento de reproche.

La Unión de Centro Democrático cumplió un papel importante en la historia reciente de España, pero al tener un valor puramente negativo «no a la supervivencia franquista, no a la extrema izquierda», se deshizo cuando tuvo que enfrentarse con los problemas y actuar de forma positiva, es decir, cuando tuvo que legislar para el futuro porque entonces se descubrió el conglomerado de que estaba hecho; leyes como las del divorcio y la reforma fiscal agradaban a la izquierda de UCD y molestaban a la zona democristiana; incapaz de unificar criterios tan distintos cayó Suárez y debilitado por las disputas internas y para no ofender a cualquiera de los grupos en su seno, la UCD *decidió no decidir*. Los últimos meses del gobierno presidido por Leopoldo Calvo-Sotelo fueron una demostración de lo que significa abstenerse de afrontar cualquiera de los problemas que afectaban al país. Parece claro que los diez millones de votos que obtuvo el PSOE se debieron en buena parte a unos frustrados votantes del Centro que llegaron a la conclusión de que era mejor lo «malo por conocer» que la inmovilidad paralítica. Al menos, pensaron, el país sería dirigido

y caminaría en *una* dirección aunque ésa pudiera ser peligrosa. Otros disidentes se apuntaron a Alianza Popular duplicando el número de sus diputados, hecho que, curiosamente, apenas fue destacado por los comentaristas políticos. Los diez millones de votos socialistas era una cifra mágica que hacía olvidar los cinco que apostaron por la derecha.

Los logros y los errores del PSOE hasta el día de hoy están a la vista. Entre los primeros figura la reconversión industrial, una medida que todos los economistas de cualquier color político aseguraban que *se había de tomar* para que nuestras fábricas y astilleros compitiesen con los de Europa, pero que nadie se había atrevido a afrontar por temor a la impopularidad segura que ello acarrearía. El PSOE sí se atrevió a sabiendas que el daño económico más grave sería en las familias de sus votantes natos, es decir, los obreros y además tomó esa iniciativa mucho antes que la que más podía satisfacer a esas mismas masas como la Reforma Agraria, algo que sólo podía irritar a unos propietarios que en principio ya no eran partidarios de Felipe González. Otro triunfo sonado ha sido el ingreso de España en el Mercado Común aunque su gestación haya correspondido a gobiernos anteriores de distinto signo político.

Los fallos mayores han sido evidentemente la imposibilidad de reducir el número de parados que, por el contrario, se han multiplicado por casi tres desde el triunfo electoral del PSOE y la inseguridad ciudadana (que en cuanto se escuda en razones políticas se llama terrorismo etarra), así como el problema de la OTAN, donde el presidente González resultaba víctima de sus propias promesas electorales a pesar del matiz «de entrada no» que no satisfizo a nadie. En este caso la irritación de muchos socialistas resulta comprensible y sólo la refrena la seguridad del poder que el partido posee. Los duelos con pan siempre son menos y «pan» aquí es un símbolo de las granjerías que los miembros del PSOE disfrutan en España lo que amordaza bastante su protesta. Ocurre, sin embargo, que las juventudes del partido no pueden comprarse con cargos, dada su edad, ni ser convencidos con razones prácticas, dado su idealismo, por lo que mantienen el resentimiento lógico y ardoroso de sentirse engañados. La escisión en este aspecto entre los altos cargos y ellos es tan honda que podría motivar la actitud que tomó un grupo de las mismas características en la Segunda República cuando accedió a fusionarse con la juventud del PCE con el nombre de Juventud Socialista Unifica-

da, en esa unión el PSOE tenía todas las de perder al irse de las manos la flor y nata de sus huestes y el Partido Comunista mucho que ganar ya que el posible contagio no importaba al ser sus militantes mucho más sólidos, ideológicamente hablando, que los socialistas.

Si ello no se repite hoy será gracias a que el Partido Comunista de España no representa ningún atractivo para neófitos desde el punto de vista político ni del humano. Dividido en cuatro grupos: el de Líster y el de Gallego pro-soviéticos, el oficial de Iglesias y *la Pasionaria* y el heterodoxo de Carrillo; la extrema izquierda ha desmayado a sus posibles simpatizantes con las luchas intestinas, como lo demostraron claramente las últimas elecciones.

Ésta es una de las razones por las que las encuestas de intención de voto para las elecciones seguían siendo favorables al PSOE. La izquierda no *podía* votar a otro partido. En cuanto al posible paso a la derecha de quienes llegaron al socialismo procedentes del Centro lo hacía difícil un nombre que siendo un símbolo es al mismo tiempo una carga y que se llama Fraga Iribarne; alguien de evidentes méritos para la vida pública —inteligencia, memoria, capacidad de trabajo, honestidad— y de mayores defectos: apasionamiento, autoritarismo, mesianismo; características todas que hacen recordar demasiado al ministro de Franco que fue y temer el ministro del Rey que aspira a ser. Y lo malo es que en la derecha no había otra personalidad de recambio; aun tratándose de gente preparada Óscar Alzaga es abúlico y Herrero de Miñón ofrece al público una voz metálica y el énfasis del «primero de la clase».

Persistían dos intentos de resucitar al Centro alegando con cierta lógica, que los millones de votos que le hicieron nacer pueden volver a él si se les ofrece una propuesta igual de convincente y a ello se aplica con la tenacidad con que ha llevado siempre su vida política, Adolfo Suárez. Sobre sus posibilidades las opiniones variaban mucho. En general se le admira por lo que fue y representó; por su capacidad de compromiso en los años 1976 a 1980 y por su capacidad de heroísmo ante el intento de golpe de estado de 1981, pero muchos parecen más dispuestos a respetarle en una hornacina que a depositar su nombre en una urna. Si alguien llama a eso ingratitud se les puede recordar el caso británico cuando el héroe de la guerra, Winston Churchill, fue defenestrado en 1945 por el Partido Laborista y los británicos lo explicaban pacientemente a los asombrados y escandalizados continentales: «Le

agradecemos enormemente lo que hizo, pero eso no nos obliga a reelegirle; las circunstancias actuales exigen otro tipo al timón, un hombre más preocupado por la situación del trabajador inglés que por la suerte del Imperio Británico que de todas maneras va a desaparecer.» Claro que la comparación puede también favorecer a Suárez porque Churchill —como Nixon, otro vencido *absoluto*— fue reelegido años después. Suárez volverá a surgir como pieza de recambio si fallan las grandes opciones de derecha e izquierda aunque a mi entender, para ello, debería mantener la bandera de centro-centro que fue la que le aupó al poder en lugar de la de centro-izquierda que es la que parece adoptar últimamente olvidando que el PSOE, por circunstancias de todas sabidas, está ya realizando una política social demócrata. Ello es probablemente debido a que el triunfo de Mitterrand un año antes de su propia victoria electoral les demostró el descalabro económico al que puede llevar una serie de nacionalizaciones que tendían más a satisfacer a la masa que a las necesidades rigurosas de un país «tocado» sensiblemente por la crisis mundial.

Quedaba el nuevo centro donde Antonio Garrigues Walker intentaba infructuosamente una vía Kennedy para la que le falta carisma personal, organización familiar y un gran capital a sus espaldas como el que tenía el gran clan de Boston. El que sí pudo ser nuestro John Kennedy era su hermano Joaquín prematuramente fallecido y que combinaba simpatía física con una ambición política notable y un extraordinario sentido del humor de que Antonio carece.

La causa perdida del Partido Liberal o Reformista podía salvarla sólo Miguel Roca, la figura más interesante surgida en los ochenta como Suárez lo había sido en los setenta. Para empezar Roca hace buena la fama del catalán medio de poseer el «seny», el sentido común tan apreciado en este país precisamente por el poco uso que de él hacen los políticos. Donde los demás parlamentarios gritan, Roca razona; donde los otros fantasean, Roca precisa. Sus observaciones al Gobierno son siempre el intento de asentar los pies en el suelo de la realidad; con un estilo extremadamente respetuoso, sin olvidar nunca «el señor ministro» o «sus señorías» sus deducciones tienen mayor impacto que las violentas diatribas de un Fraga Iribarne porque se encaminan más directamente al blanco.

Roca, pues, tiene casi todo para ser el futuro gobernante de España: Inteligencia, trabajo, buen aspecto físico (imprescindible

hoy en el mundo de la imagen), honestidad, elocuencia, preparación. Pero ese «casi», grave, se debe a su origen catalán no en lo que atañe al fuerte acento y a ciertas deficiencias gramaticales (de que», etc.) sino a que Roca forma parte del partido que hoy gobierna Cataluña y los españoles de fuera de ella no parecen estar totalmente seguros de cuánto le va «a tirar» esa procedencia cuando se trate de gobernar España como a un todo. La figura histórica que naturalmente ocurre siempre a este respecto es la de Francisco Cambó a quien Antonio Maura le atacaba precisamente por ese flanco reprochándole el hablar de forma distinta en Cataluña y en Castilla, regionalmente en Barcelona y nacionalmente en Madrid: «Bismarck aquí y Bolíar allí». Y la sospecha cuajó y se extendió hasta hacer difícil la actuación de un hombre infinitamente dotado para el gobierno y que sólo fue llamado a él en circunstancias desesperadas por el rey Alfonso XIII en 1918 cuando la monarquía parlamentaria estaba dando ya las boqueadas. Esa duplicidad, cierta o invertida, podía ser el más fuerte obstáculo en camino de un hombre que se merece al éxito.

Y lo fue: Llegó la campaña... y el Gobierno astutamente empló el arma de la televisión para subrayar esa característica catalana que tenía que repeler visceralmente a muchos españoles. Así, Calviño dedicaba a Roca los mismos minutos que a los demás participantes en las elecciones pero daba mayor énfasis a las actuaciones del candidato reformista cuando se realizaban en pueblos catalanes y donde, lógicamente, se expresaba en su lengua nativa que era traducida en letreros sobreimpuestos a la imagen. El PSOE sabía que ese lenguaje irritaría a los posibles votantes de Murcia, de Extremadura, de Castilla, de Andalucía, de Aragón. «¿Cómo? ¿este señor quiere gobernarme y me tienen que traducir sus palabras?»

La idea (tan diabólica que se atribuyó al «demonio oficial» del PSOE o sea Alfonso Guerra) tenía mayor eficacia por la imposibilidad del candidato de presentar una protesta. «¿Qué dice usted? —le hubiera contestado Calviño— ¿no es cierto que en ese día hablada usted en catalán? ¿Se avergüenza de utilizar su lengua ante el pueblo español?»

La maniobra tuvo fortuna porque ratificó la sospecha de los muchos indecisos que antes mencionábamos. Si ese hombre sube al poder ¿qué va a sentirse antes? ¿Catalán o español? ¿Tomará las medidas que interesen a la colectividad hispana o las que convengan especialmente a su región de origen?

Creo que esa última pregunta produjo el descalabro de la posibilidad reformista. Desahuciado el más capacitado de sus líderes el barco se iba irremisiblemente a pique. Antonio Garrigues mostró de nuevo su total falta de carisma pública y Sainz de Robles que había hecho hábilmente política desde la jurisprudencia, descubrió su bisoñez al entrar de golpe en una lucha más de puñalada que de esgrima. Así se hundió un proyecto bien organizado, económicamente protegido y con una cabeza digna de mejor suerte.

Justamente la que sonrió a Adolfo Suárez que recogió probablemente todos los votos que, rehuyendo al PSOE buscaban un centro más eficaz... y más español. Muchos creen que fue su aparición en el programa de Mercedes Milá la que le dio el pistoletazo de salida, pero aunque es cierto que «da» espléndidamente en televisión, aprovechó especialmente el desastre reformista añadiendo a su plataforma centrista unas gotas de demagogia, como el propuesto servicio militar de tres meses que atrajo a muchos jóvenes recientemente incorporados al derecho de voto. También gustó a la izquierda defraudada por el Partido Socialista su idea de cancelar unilateralmente el convenio militar hispano-norteamericano. Como recalcó juiciosamente un observador: «Cuando uno sabe que no va a alcanzar el gobierno en unas elecciones puede permitirse el lujo de prometer lo que sabe no tendrá luego que cumplir.» (En la misma línea demagógica Rodríguez Sahagún prometía el transporte público gratuito a estudiantes y jubilados si le elegían alcalde de Madrid.)

El Partido Comunista roto a pedazos tuvo que inventar una «Izquierda Unida» donde estaban todos los restos de distintos naufragios incluido asombrosamente un Partido Carlista. La coaliación utilizó los mismos argumentos que empleara en la campaña contra la OTAN y volvió a perder estrepitosamente. Carrillo, por su parte, prefirió ahogarse solo. Así, el Gobierno se quedaba sin enemigo a babor y en cuanto a estribor...

A Fraga le irrita mucho que mencionen los periódicos el «techo» al que habrá llegado, pero el resultado de las elecciones de 1986 demuestra que ese «techo» existe aunque más que de un límite de la derecha en general se trate de una barrera al propio presidente de Alianza Popular. Los «suyos» siguen siéndolo fervorosamente, pero no convence a nadie más de sus posibilidades lo que propició la subida de Hernández Mancha. Esa misma deducción ha hecho que Óscar Alzaga se desenganche de un partido que se está quedando fósil buscando el camino más moderno que siguen sus con-

géneres democristianos en toda Europa y que les siguen dando buenos dividendos electorales.

El partido de Felipe González sigue, pues, destacado en cabeza. La mínima pérdida en votos que ha sufrido es ridícula para una agrupación que en cuatro años no ha conseguido eliminar a ETA ni la inseguridad ciudadana en general y ha triplicado el número de parados aunque haya conseguido disminuir la inflación y relanzar, con medidas audaces como la reconversión antes señalada, la economía española. Su triunfo se debe evidentemente a que aun cuando todos los españoles comprueban diariamente sus defectos, existen muy pocos que crean que otros lo harían mejor... especialmente los otros que están en la lista.

Las autonomías: odiadas, queridas, aceptadas

Llegaron tras muchos años a veces siglos de espera de los directamente interesados y el recelo de los demás. Han tenido la suerte que la negación de su personalidad nacional/regional equivalga en la historia, a la reacción y al franquismo y eso les da de entrada la simpatía de quienes repugnaron aquel régimen. Esperemos que no malgasten el caudal de confianza que les han dado los otros españoles para que sigan siendo, aún con lazos más flexibles, sus hermanos.

Autonomías

El español en principio aunque no lo admita es antiautonómico sobre todo al tratarse de una lengua que él no pueda comprender. Cuando los trenes eran de banco corrido y la conversación audible para todos recuerdo la irritación que producía a los castellano-parlantes que alguien hablase en catalán o vasco delante de ellos. Obsérvese que se trataba de gente que no conocían, que tenían una charla privada y que, lógicamente, usaban el lenguaje que les era familiar. Pero la reacción era más o menos ésta: deberían usar el castellano para que supiéramos de qué hablan. A lo que varias veces respondí de la mejor manera posible, que eso no importaba nada a él, a mí ni a los demás que íbamos en el departamento. Se quedaban muy sorprendidos porque para un extrovertido nato como es el hispano, estar juntos significa incorporarse a algo común; al coincidir en un departamento de ferrocarril surge la urgente necesidad de saber: *a)* destino del viajero, *b)* profesión, *c) status* familiar con descripción detallada de las características de los hijos y carrera que iban a emprender. Cualquier intento por parte de alguien de reservarse esta información se considera casi de mala educación, exactamente lo contrario de lo

que ocurre en un tren anglosajón donde sería inoportuno y hasta grosero querer saber particularidades de la vida de un individuo con el que apenas se van a compartir unas horas.

Por ello, proteger la conversación privada con una barrera idiomática, se consideraba detalle de pésimo gusto y no era de poca importancia en la reacción con que los españoles acogían las pretensiones catalanas o vascas antes de la guerra civil, rechace que, cuando se trataba de la elite intelectual, se unía al dolor de ver despreciar algo tan vital como la propia lengua.

Eso explica que en los años de la Segunda República los enemigos de las libertades catalanas estuvieran tanto en la derecha —José Calvo Sotelo, Royo Vilanova— como en el centro y aun en la izquierda: Pío Baroja, Sánchez Albornoz, Ortega y Gasset, Araquistáin y Prieto. Así lo consideraban al menos los catalanistas de entonces que, en un dibujo de *Mirador* de Barcelona de 1 de octubre de 1931 colocaban esos nombres junto a las flechas que atravesaban a un San Sebastián tocado de barretina, alusión al pacto de aquella ciudad en 1930 que consideraban olvidado por las izquierdas; igualmente figuraban Sánchez Román, Miguel Maura, Largo Caballero, Osorio y Gallardo y Unamuno. Este último especialmente había ofendido a los catalanes al comparar la lengua española con un máuser y a la catalana con una espingarda asombrándose de que, pudiendo elegir, prefirieran usar el arma de menor alcance y precisión. En otro chiste de *Mirador* un «payés» con barretina apuntaba precisamente con una espingarda a un búho situado en la rama de un árbol, búho en el que apenas se forzaba la caricatura para que apareciera la cara de Miguel de Unamuno.

La renuncia voluntaria a la cultura hispánica es lo que más dolía a los españoles cultos. Mi hermano Guillermo me contaba la reacción visceral de Américo Castro, intelectual totalmente adicto a la República y que fue embajador de ella en Berlín, al visitar el Institut Escola de la Generalitat en Barcelona; toda su predisposición liberal a las nuevas conquistas catalanas desaparecieron cuando comprobó que los chicos y chicas conocían muy bien a Maragall y poquísimo a Quevedo.

Pues bien. Esa antipatía a las manifestaciones catalanas que en aquel tiempo se daba en todas las tendencias políticas españolas ha dejado de existir o al menos no se publica ni manifiesta. Y ello porque, gracias a la política de Franco y sus gobiernos, se ha asociado de tal manera la dictadura de derechas con la enemistad a

las libertades catalanas (o vascas) que ningún parlamentario o periódico, a excepción de *El Alcázar,* pone en tela de juicio la necesidad de que los catalanes tengan su propia lengua oficialmente considerada, además de un Parlamento y un Gobierno para resolver sus asuntos internos.

El país vasco

... o Euzkadi para sus habitantes y amigos comparte con los catalanes el dudoso honor de haber sido blanco preferido de las ansias centralistas del franquismo. En la guerra civil, la animosidad contra él era todavía mayor, y la razón era que a su «separatismo» los vascos unían un catolicismo que desmentía la postura de Franco como único defensor español de la Iglesia contra los incendiarios de templos y asesinos de curas. Como es sabido, en Vizcaya, Guipúzcoa y Álava siguió el culto normal y los combatientes vascos (los gudaris) contaron con capellanes castrenses en sus batallones de forma idéntica a sus enemigos de enfrente. Era un arma propagandística que aprovechaban en el extranjero los católicos de izquierda como Mauriac y el vasco era, por tanto, un enemigo peligroso que había que reducir lo antes posible como ocurrió en junio de 1937.

La represión fue fuerte con la entrada de las tropas nacionales en Bilbao y en el terreno idiomático el euskera pasó a ser, como el catalán, lengua sólo permitida para uso familiar y nunca de forma pública ni siquiera en anuncios de comercio.

Con la transición llegó la resurrección del país y sus dirigentes intentan re-crear la patria de los vascos en cuyo proyecto la lengua ancestral es baza importantísima. Sin embargo, las dificultades empiezan prontamente en ese terreno. Aparte de que el idioma es hablado sólo por menos de la mitad de los habitantes (en Cataluña lo habla el 90 por 100 de los nacidos en ella y apenas hay diferencias dialectales) en Euzkadi basta una hilera de montañas para diferenciar el lenguaje hasta hacerlo ininteligible para el morador del valle vecino. Un taxista de San Sebastián vasco-parlante desde niño, me aseguró que él no podía comprender a un campesino de Vizcaya y viceversa.

Ante esa dificultad los vasquistas no pueden acudir a remedios parciales como intercambiar niños de una «ikastola» a otra; la fórmula sería a largo plazo y además ineficaz porque resolvería el problema de entendimiento, de una forma europea igual que un

francés puede aprender inglés o viceversa, pero el vasco seguiría fragmentado. Entonces los especialistas, en lugar de aplicar medicinas lentas y costosas, han decidido recurrir a la cirugía. No se trata ya de enlazar dialectos sino de reinventar un lenguaje que sirva, si no hoy, a las generaciones que vengan. Ese lenguaje llamado «garúa» creado por especialistas ha sido sacado de las raíces más características y comunes de la lengua, un poco como se hizo con el esperanto y ése es el idioma que se enseña en las escuelas dependientes del Gobierno Autónomo Vasco.

El experimento, audaz experimento, ha producido como es lógico estupefacción y a veces incluso resentimiento entre los vascos mayores a quienes de pronto se les dice que lo que hablaban desde hacía siglos en su familia no era correcto. la camarera de un restaurante donostiarra me contaba el caso de su madre, una «cashera» a la que los hijos más sofisticados por su residencia en la ciudad, gastaban continuamente bromas ante su incapacidad de expresarse en castellano. Llega el Estatuto y, en principio, la reivindicación de esa campesina a la que por fin se reconoce que su forma de hablar es tan importante como otras e incluso resulta oficial. Pero asombrosamente sucede que no es así. Ahora el nieto al volver de la escuela se ríe de ella: «Abuela, así no se habla el euskera.» Y la vieja asombradísima: «Tantos años burlándose de mí porque no sabía hablar en castellano y ahora resulta que tampoco sé mi propio idioma.»

Esa disparidad entre el lenguaje vivo y el oficial la encontré también en Galicia donde el Estatuto ha promovido la afanosa búsqueda del idioma más puro. Aquí no se notaba como en el país vasco un acento tan diferente que pudiese alejar a gallegos de Lugo de los de Vigo. Aquí se trataba de depurar un idioma que había sufrido a lo largo de los siglos innumerables influencias del castellano. Había que bucear en sus orígenes, quitarle el ramaje espúreo del español para devolverlo a su ser primitivo. Pero en este caso ese origen está en el lenguaje del vecino, es decir, en portugués al que se vuelven los galleguistas como única forma de conseguir separarse del castellano y esa orientación es la que triunfa en las escuelas. Con lo que una señora de Lugo me contaba una experiencia parecida a la guipuzcoana de antes: Su hijo de nueve años al volver del colegio le corrige en su pronunciación y vocabulario: «¡Eso no es gallego, madre! —y ella irritada— Cuarenta años de hablar gallego y ahora resulta que lo que hablaba era otra cosa.»

La autonomía gallega tiene, como el carácter de sus habitantes, una suavidad especial que no la hace hiriente para el resto de los españoles lo que no ocurre con Euzkadi cuya imagen para el resto de los españoles ha empeorado grandemente en los últimos años, cambio tanto más asombroso porque la actitud general hacia esa región era muy favorable. Para muchos peninsulares e isleños el vasco estaba adornado de todas las virtudes: Trabajador, leal, fuerte, sano, amante de la tradición. El equipo de fútbol bilbaíno compuesto, decíamos todos con admiración, sólo por jugadores de la cantera local, era el paradigma de esas virtudes y muchos seguidores del Barcelona, del Sevilla, del Valladolid, del Madrid, del Valencia afirmaban que, inmediatamente después de su equipo local, deseaban la victoria del Athletic. Esta actitud positiva ha cambiado y naturalmente la razón se debe a un movimiento dramáticamente famoso llamado ETA. Ahora cuando salta a cualquier campo de juego español el equipo bilbaíno es recibido con silbidos y gritos al asociarle con la agrupación terrorista. No se trata evidentemente de considerarles cómplices ni aun partidarios del asesinato; lo que les hace antipáticos ahora es su pertenencia a una mayoría representada por el PNV que, durante muchos años, ha mostrado una ambivalencia desagradable al juzgar sin excesiva acritud el terrorismo explicándolo muchas veces por la incomprensión de Madrid hacia los problemas locales. Y al frente de esa actitud, lo que más irrita, están los obispos vascos y la Iglesia en general de aquella zona (véase Iglesia).

El grado de comprensión de las autonomías entre el pueblo español depende bastante razonablemente, de las circunstancias históricas que las rodean. Así, en principio se comprenden mejor las que llevan años pidiéndolas y que por sus características raciales e idiomáticas parecen tener fundamentos sólidos. Es el caso del País Vasco y de Cataluña. En un escalón inferior aunque aceptable está Galicia, región que en general es mirada con simpatía por el resto de los españoles. «Pues sí, es verdad, pobres gallegos... a ver si así resuelven la situación de pobreza y de abandono en que han vivido hasta ahora» y de la que ni siquiera les sacó el hecho de que el anterior jefe de Estado fuera gallego y ejerciera de tal muchas veces. Esa circunstancia «paisana» que en todas partes ha favorecido al país afortunado con su nacimiento no valió para nada en la relación de Franco con Galicia. Ni hizo que le ayudaran en la pesca, ni en la industria ni siquiera en la más rentable de las inversiones que es la del Turismo. A pesar de que

acudía allí todos los años viajando en automóvil, el estado de las carreteras no mejoró prácticamente en toda la época franquista y los accesos a la región eran los peores que existían en la Península.

La sorpresa grande fue la petición de la autonomía andaluza. Años, decenios, quizá siglos de incomprensión de esa zona habían conformado la imagen de un lugar alegre y divertido, algo así como el jardín donde el resto de los españoles bajaba a olvidarse de sus preocupaciones con la gracia en el decir de sus habitantes con la copa y el baile. No servían para nada las protestas con que durante años se habían manifestado los poetas andaluces contra aquel tópico e incluso algo más dramático como las huelgas de hambre de Marinaleda. Todos ellos nos recordaban el profundo drama que existía tras el telón e lentejuelas, el brillo de unos caireles y el revoleo de una bata de cola. Tampoco sirvió de nada el libro que en pleno franquismo sacó Antonio Burgos y que se llamaba acusadoramente «Andalucía tercer mundo» y que sólo sirvió para irritar al alcalde de Sevilla de entonces: «Oye, que nos trata como a unos salvajes», nada consiguió calar en el concepto que los demás españoles seguíamos teniendo del sur.

Pero llegó la carrera de las autonomías y el pueblo andaluz se puso de pie masivamente pidiendo la suya. Asombro en todas partes: «¿También tú, hija? Pero si eres la niña bonita de todos los españoles, si nadie te tiene antipatía, si todos recuerdan tu gracia y tu belleza constantemente... ¿para qué querrás tú la autonomía?»

Al parecer *sólo* para echar andar. Resulta que este autogobierno ha decidido de golpe enzarzarse con los mil problemas que durante siglos han agobiado al país, la trastienda de esa inmensa caseta de feria que creíamos todos que era la tierra andaluza. Y efectivamente la autonomía ha servido, por de pronto, para que se empezase a realizar allí la primera de las revoluciones pendientes que tiene España y que nadie se había atrevido a afrontar desde la Segunda República: La Reforma Agraria. Se acabó el folklore, el taconeo y la guasa. Los andaluces han dejado de creer en Manuel Machado y se han apoyado en su hermano Antonio. Se visitan las tierras, se las valora, se estudia lo que hace el propietario, se dictamina si dan el máximo que pueden y si son «manifiestamente mejorables» se las interviene obligando a que sirvan mejor a la comunidad a la que pertenecen.

Naturalmente y como pasa siempre en medidas de este tipo,

las fuerzas políticas de diverso signo han protestado enérgicamente: «Ridículo e insuficiente», grita el PCE. «Robo a mano armada», protesta Alianza Popular. Y quizá en esa coincidencia negativa de ambos extremos de la política esté la razón que asiste a la Junta de Andalucía.

¿Para qué sirve la autonomía? Pues en este caso al menos para llevar a cabo una política económica que muchos consideraban necesaria, pero a la que nadie se había atrevido a meterle el diente. Cuando el PSOE de Madrid actúa con pies de plomo en la cuestión social mimando a los empresarios, el PSOE de Sevilla se lía la manta a la cabeza y hace buenas unas promesas electorales en las que ya no creía casi nadie. Con lo que la vecina Extremadura que comparte gran parte de sus problemas agrarios y sociales, ha empezado a imitarla encendiendo lo que puede ser una traca explosiva de innovaciones importantes... siempre que prime la eficacia sobre la demagogia.

Quizá el estado de las autonomías —no sé por qué se resisten a llamarlo «federal» que es lo que acabará resultando— sirva para que el rompecabezas español acabe teniendo sentido, es decir, que se comprenda que dada la disparidad social-económica de las distintas zonas españolas, se aplique una política distinta cada una sin hacer de ello una obligación demagógica para el gobierno central. La Reforma Agraria tiene sentido en Andalucía y Extremadura pero no funcionaría en la Cataluña burguesa y establecida alrededor del «hereu» ni en la demasiada dividida tierra gallega.

Hasta aquí las autonomías con solera; evidente en unos casos desde hace tiempo y revelada recientemente en la otra. Las demás son producto de la actitud permisiva, por temerosa, del gobierno de UCD que buscando contra reloj una paz urgente para los españoles, no vaciló en conceder la autodeterminación a quienes la pidieran sin tener en cuenta razones históricas o prácticas. En muchos casos se trató de «no ser menos»: Aragón que Cataluña, Asturias que Galicia, Cantabria que el País Vasco, Valencia que Cataluña...

«Valencia que Cataluña»... ahí se ha establecido una curiosa relación de amor-odio entre dos regiones en principio hermanas, pero como en el caso de muchas familias, con el temor de la pequeña de que la domine la mayor. Así, mientras en Cataluña se ve continuamente la pintada y el pasquín anticastellano, en Valencia se lee la anticatalana: «Som valenciáns, no cataláns.» La razón es sencilla y se repite en las Baleares aunque allí la reacción

esté dulcificada por el carácter más acomodaticio de sus pobladores. El valenciano de a pie siente, como tantos españoles periféricos, la necesidad de autogobernarse, de no tener que esperar de una oficina, lenta oficina, de Madrid la solución a un programa local de urbanismo o de higiene. Pero por otro lado, no quiere escapar del centralismo castellano para caer en uno catalán, de llegar a encontrarse dominada por Barcelona en vez de por Madrid. En la ciudad condal detectan a menudo el mismo aire de superioridad que sentían en la Villa y Corte cuando iban a solucionar algo y la expresión «paisos catalans» utilizada a menudo por los medios de comunicación del Principado les hacen pensar que en vez de ser libres puedan cambiar de amo... un amo que lógicamente no será político y militar, pero sí que puede ser intelectual; de ahí la reiteración con que los periódicos de toda España reciben cartas de lectores reivindicando la existencia de una «lengua valenciana» antes de la catalana y la independencia de la cultura de Ausias March (la verdad, hay que decirlo, con más patriotismo que ciencia de lenguaje). Son los «blauers», los que colocan una franja azul en la bandera de las cuatro barras como signo de una personalidad distinta junto a las armas comunes catalanas.

Exactamente por la misma razón lingüística está frente a ellos la minoría culta, la de la universidad e intelectuales que al igual que los de Baleares han aceptado de todo corazón incorporarse a esos «paisos catalans» donde la lengua única, aunque dictada en Barcelona, les permita pasar de ser escritores para unos miles de personas a alcanzar a casi seis millones. El idioma es para ellos algo más que un instrumento de trabajo; es la forma de comunicar ideas y sentimientos y de ahí su antipatía a quienes quieren reducirla a límites locales.

La división entre los dos grupos creo que es grave. Unos tienen el poder como lo tenía la minoría «ilustrada» del siglo XVIII y su presencia llega por razones obvias, a los grandes medios de comunicación españoles; los otros son la masa y sólo pueden demostrar sus sentimientos en el fútbol o en la calle donde, en algunas ocasiones, han aprovechado ceremonias religiosas o cívicas para llegar a las manos contra quienes, según ellos, están vendidos, sentimental si no económicamente, a los vecinos del norte. Es una disensión que no se encuentra en otras autonomías y que puede acarrear problemas graves al menos mientras no crezcan las nuevas generaciones de niños valencianos que hayan aprendido en unas escuelas —hoy ya en manos de los catalanistas— que, efecti-

vamente, forman parte de los «paisos catalans» y que el valenciano es sólo una variante del idioma común.

Y, sin embargo, al menos oficialmente, esa comunidad valenciana está al margen de la catalana lo que no ocurre en el caso de León que, según parece no experimenta ningún placer en haber quedado unida a Castilla la Vieja en el momento de dibujar el mapa autonómico. Quien salga del hermoso hotel de San Marcos en la capital leonesa encontrará frente a la misma puerta la primera expresión del sentir de muchos habitantes de esa zona: «León, sin Castilla» y esa impresión se mantiene en otras pintadas y en la conversación con los habitantes. Se repite el caso: Nadie quiere escaparse de que le gobierne Madrid para que en su lugar lo haga Valladolid, ciudad que por su fuerza agrícola e industrial es mirada con recelo en el territorio (decía una pancarta en la plaza de toros de Palencia hace años durante la feria: «Palencia saluda a todos los forasteros excepto a los de Valladolid.») Efectivamente, aquí la esperanza autonómica ha fallado al disociar a una región de una capital central para unirla a otra provincial a la que no unen, más bien dividen, recuerdos históricos-literarios desde los tiempos del poema del Cid.

Por razones parecidas quisó actuar Segovia que intentó nada menos que declararse región autónoma por sí sola y la misma idea apoyada en el pasado mueve a Cartagena respecto a Murcia. La región que dio origen al primer movimiento federal de la España moderna, el famoso «cantón» que llegó a amenazar al gobierno de Madrid con unirse con los Estados Unidos de América si no respetaba sus peculiaridades, tampoco está a gusto dependiendo de una capital de provincia que cree no tiene la categoría que requiere mandar a la famosa base naval; como en otros casos, ese sentimiento se demuestra en pintadas, entre soeces e ingeniosas, como la que continuamente corrige las señales de la carretera para que Murcia se transforme en «Furcia».

En cuanto a otras autonomías muchas obedecen más al anhelo de protagonismo y de vanidad que a una necesidad básica. Cuando un periodista me pregunta qué opino de ellas, contesto que al menos sirven para enaltecer el «ego» del nativo procurándole en varios casos un mando y un cargo que siempre resultan gratificantes para colocar en la tarjeta tras el nombre. Antes, en las provincias españolas, había sólo un gobernador civil que casi siempre «doblaba» de jefe Provincial del Movimiento. Ahora, aparte de los jefes, secretarios, tesoreros de los partidos políticos locales

que antes no existían, se puede ser personaje de las autonomías tales como presidente, consejero, presidente del Parlamento Autónomo, diputado del Parlamento Autónomo... en fin, una gozada.

Lo que parece claro es que, en general, la existencia de las autonomías y aún admitiendo el excesivo gasto y aún el derroche que ha representado la duplicación de los servicios en cada caso, es popular y aparte de algunos nostálgicos no parece existir arrepentimiento ni el deseo de que vuelvan los tiempos en que había que esperar que la todopoderosa Madrid condescendiese a escuchar los anhelos de los españoles «de provincias».

Lo que nos lleva a comentar la autonomía más asombrosa de todas, la que tiene menos raigambre histórica, la que no ha pedido nadie empezando por los más interesados y obligatoriamente afectados por ella. Me refiero a la autonomía de Madrid.

La indiferencia del nativo ante esa posibilidad era lógica. Una autonomía se basa en la necesidad de autogobernarse en vez de aceptar las disposiciones de gente que por vivir en otro lugar, casi en otra galaxia, era difícil que comprendieran los problemas propios. Pero es que Madrid era justamente ese «otro lugar», esa otra galaxia y sus residentes estaban acostumbrados a dar las órdenes y no a recibirlas. Constituían el ombligo de España en lo administrativo, el «rompeolas de todas las Españas» (A. Machado dixit) en lo lírico. ¿Contra quién se iban a rebelar? ¿De quién se iban a separar? ¿Qué lazos iban a romper? ¡Si los que tiraban de la cuerda eran ellos mismos!

Por eso no ha habido jamás manifiestos cargados de firmas para pedir la autonomía madrileña; por eso en los archivos de prensa no hay una sola foto mostrando las manifestaciones por la Gran Vía al grito de «libertad, amnistía y estatuto de autonomía» tan repetidas en Bilbao, Barcelona, o Santiago de Compostela. Un buen día, los que vivimos en la ciudad del Oso y el Madroño, nos enteramos que nos habían concedido el regalo que nadie había solicitado, que Madrid no iba a ser menos que las provincias y que tendría su estatuto, su autogobierno y un presidente que iba a ser el señor Leguina.

La verdad es que ante la inesperada noticia tampoco hubo manifestaciones contrarias porque la gente se limitó a encogerse de hombros ¿y eso a qué viene?, lo que se reflejó claramente en la *solemne* proclamación celebrada en la calle San Bernardo desde la sede provincial de la Junta Autónoma. En el momento en que se

izó la bandera había más gente en los balcones del edificio que en la calle; eran más los funcionarios que los curiosos... y empleo adrede este adjetivo porque de esos pocos oyentes, la mayoría eran transeúntes que circulaban en aquel momento y se detuvieron «a ver qué era aquello»...

La Junta se cambió luego a la Puerta del Sol en la antigua Dirección de Seguridad, traslado que se realizó con la misma indiferencia ciudadana. También tiene bandera propia que por cierto fue criticada por los expertos en la materia por no obedecer a ninguna de las reglas heráldicas que se suponen tienen que intervenir en la confección de un símbolo de tal categoría. Pero al menos los disidentes fueron unos pocos especialistas que escribieron a los periódicos quejándose de no haber sido consultados en la elaboración de la enseña. Fue mucho más grave y general la reacción cuando se hizo público el himno de la Comunidad, el que se supone tiene que ser entonado en las gloriosas efemérides de este Madrid de nuestros pecados; la música fue considerada anodina, pero la letra debida a A. García Calvo se consideró casi unánimemente como un ejemplo de lo absurdo, de lo irreverente y de lo frívolo, todo lo contrario de lo que se supone tenga que ser un himno.

Unanimidad con la que no me siento identificado. A mí esa letra me pareció apropiada. Creo que un himno «de coña» es lo que le va a una autonomía «de coña».

Los amigos dictados

La fuerza del Estado durante años nos prohibió no sólo que eligiésemos nuestros libros y películas sino también a los amigos que nos venían impuestos según conviniera en cada momento al Gobierno. Hoy, superado el trance, hay otra dictadura más sofisticada y más sutil que sigue advirtiéndonos quién nos conviene.

Llevamos cincuenta años que a los españoles nos dicen quiénes deben ser nuestros amigos, o sea, que nos dictan lo que debería ser el resultado de nuestras preferencias intuitivas y/o de las experiencias vividas.

Todo empezó cuando en el catastrófico año de 1936, el país se escindió en dos partes que, un poco aterradas de lo que habían hecho tuvieron que buscarse unos amigos extranjeros que acordaran que teníamos razón, ya que habiendo seguido anteriormente camino parecido podían ayudarnos en las difíciles circunstancias en que nos encontrábamos.

Esos amigos forzados en la España franquista fueron Alemania e Italia. Durante años tuvimos que leer las maravillas de la organización militar y civil germana, admirar las fotografías en las que muchachas rubias, altas y bellas alzaban el brazo y vitoreaban al Führer, apreciar la máquina de guerra bien engrasada con sus tanques y sus aviones (aunque éstos podíamos verlos también en nuestro suelo), y deslumbrarnos con los bloques humanos levantando la pierna casi horizontalmente en el desfile.

Si las muchachas de las fotografías eran morenas el tema del reportaje procedía de Italia. Salían también tanques, aviones, barcos de guerra, recolección de cereales con campesinos sonrien-

tes y felices. El objeto de la adoración esta vez no era el bigote recortado de Adolfo sino el cráneo pelado y el mentón voluntarioso de Benito. Ésos, nos recordaban continuamente, eran nuestros hermanos a los que teníamos que imitar, desde el saludo abrazo en alto al «Día del Plato Único», desde la «Fuerza por la Alegría» y el «Dopolavoro» a «Educación y Descanso»; desde el himno del camarada caído al «facetta nera, bella abisinia», constituían el ideal al que teníamos que acercarnos para ser perfectos.

Sin embargo, en esa admiración obligada hacia los dos países hubo grados importantes de diferencia. Del ejército alemán se reconocía con un «¡qué tíos!» entre incomprensivo y admirado, su estricta disciplina, su sentido del deber y su técnica. Eran lejanos como dioses, distintos y sabios aunque faltos del sentido del humor. Con los italianos era distinto. En primer lugar al ser mucho más se multiplicaba la ocasión de los malos entendidos... y también de los buenos ya que muchos de ellos se casaron con españolas, cosa que apenas ocurrió con los alemanes. Del italiano, hermano latino, irritaba sobre todo su elegancia, excesiva para el español, el lenguaje que entre nosotros sonaba afeminado y naturalmente su mayor sueldo. Si además de ello mostraban una cierta debilidad guerrera como ocurrió en Guadalajara la irrisión era obligada. Con la música de «facetta nera» recordada antes y que habían inventado los italianos en la campaña etíope se cantaba en la España Nacional ¡incluso en los cuarteles! un himno que decía: «Guadalajara/ no es Abisinia/ porque los rojos tiran/ con bala explosiva», y aludiendo al éxito femenino de los oficiales itálicos: «Niña española/ no te enamores/ los italianos son unos fanfarrones/ cuando terminen/ se marcharán/ y de recuerdo/ un bebé te dejarán.»

Entre los aliados de Franco estaba también Portugal, pero ese país no conseguía aparecer casi nunca en nuestros periódicos. Todo el apoyo militar, político y sobre todo logístico dado por Salazar, no bastaba a cambiar el habitual desdén con que los españoles en general miran a Portugal. Mientras al otro vecino, Francia, se le puede admirar u odiar, pero jamás se le ignora, el país situado en nuestro occidente, es algo que está simplemente ahí sin molestar ni interesar.

Los españoles de la otra zona tampoco se escaparon de que les recomendaran e incluso se le impusieran ciertas amistades. Si en tierras franquistas se había descubierto Alemania e Italia, en las que obedecían a Madrid habían surgido otros dioses; el primero

de ellos era la Unión Soviética que irrumpió impetuosamente en el cine, en el teatro, en el cartel callejero. También en esta imagen aparecían campos de trigo que segaban mujeres rubias y robustas, mozos sobre un tractor; desfilaban ejércitos con paso acompasado y los aviones volaban en formación perfecta. También aquí la vida era bella gracias a un jefe que vivía sólo para defender a su pueblo y a la humanidad de las injusticias sociales y políticas. Esta vez el bigote recortado se había hecho frondoso y por debajo de él Stalin sonreía a las masas entusiasmadas. La URSS era nuestro hermano, un hermano que había surgido de la nada para convertirse en un país perfecto. «Ah, compañero Stalin: De un pueblo de mendigos/ has hecho un pueblo de hombres que sacude la frente,/ y la cárcel ahuyenta, y prodigan los trigos,/ como un inmenso esfuerzo le cabe: Inmensamente.» (Mientras decía Foxá de Roma: «Hoy saludo tu imperio renacido/ unido a tu destino y a tu César/ contra los mercaderes de Cartago/ y el Sanedrín cobarde de Ginebra.»)

En los dos campos se habían quedado sin clientes los países que antes se dividían las simpatías del pueblo español, es decir, Francia e Inglaterra. Día a día los medios de comunicación de la España franquista advertían de la doblez de Inglaterra detentora de «nuestro» Gibraltar, de la enemiga constante de Francia hacia nuestros intereses.

Y por otro lado, la prensa de la República recordaba continuamente a sus lectores que los gobiernos de París y Londres habían faltado a su compromiso con la legalidad republicana y en lugar de ayudar al régimen de Madrid habían creado el engendro de «no intervención» que sólo había servido para excusarles de mandar ayuda a la España republicana mientras Alemania e Italia no dejaban de hacerlo a los rebeldes.

Terminada la contienda con la victoria de Franco la entera red nacional de comunicación se puso al servicio de la amistad hispano-gerama e hispano-italiana mientras los rusos pasaban a la categoría de infrahombres y monstruos sedientos de sangre; era la gente que nos había arrebatado el oro y unos niños a los que había convertido en bolcheviques haciéndoles olvidar a su patria. (Por lo que supimos después eso no ocurrió en absoluto. En cuanto pudieron, aquellos niños ya mayores se apresuraron a volver incluso con el régimen de Franco vigente y los que no lo hicieron entonces o después fue para no perder la casa y la jubilación que tantos años de trabajo y sacrificios les habían conseguido.)

En cuanto a los Estados Unidos si no recibían el trato adverso de Inglaterra y Francia se les seguía considerando como demócratas, escrito siempre entre comillas sarcásticas y no estaba de más recordar de vez en cuando lo mal que se habían portado con España en 1898.

La segunda guerra mundial acentuó las filias y fobias citadas y así, tanto en la prensa única que padecíamos como en la radio también uniformada, las tropas alemanas eran siempre triunfadoras en los combates y cuando retrocedían hacían pagar cara su retirada al enemigo. Igual ocurría con las italianas aunque con menor entusiasmo debido a la pobre imagen dejada por el Cuerpo de Voluntarios a la que ya me he referido.

Sólo algunos periódicos se atrevieron si no a desafiar la censura germanófila, al menos a equilibrar un poco la balanza. Se llamaron *Mundo* de Madrid y *Destino* de Barcelona. Individualmente realizaban esa difícil operación «Augusto Assía» que desde Londres se esforzaba por comunicar a sus lectores de *La Vanguardia* y *Ya* que los ingleses no estaban tan derrotados física ni moralmente como pretendía la propaganda alemana. Andrés Revesz utilizaba en *Destino* el truco de fingir un diálogo entre un germanófilo y un aliadófilo dejando al censor deducir que daba la razón al primero, pero permitiendo oír, por vez primera y de forma excepcional, los argumentos del segundo. En otros casos la propaganda era más sutil como cuando un jovencísimo José Luis de Villalonga escribía en *El Noticiero Universal* de Barcelona una serie de breves biografías de políticos y militares británicos para resaltar, como sin pretenderlo, la categoría de algunos de los hombres que luchaban contra Hitler.

En Madrid la lucha por la opinión aliadófila estaba dirigida y animada por Walter Starkie, director de El Instituto Británico, gran hispanista además de su curiosa especialidad en los gitanos de nuestra tierra. En los años treinta este hombre había viajado por toda España con un violín y una sonrisa amigable bajo su cabellera pelirroja lo que producía entre los campesinos del tiempo un asombro sólo comparable al que sintieron sus abuelos ante la presencia de George Borrow, «Don Jorgito». Aquél tenía como misión repartir con La Biblia la «verdadera» palabra de Dios y éste quería enterarse de cómo pensaban, vivían y sentían nuestros «calés»; fruto de su experiencia fue su obra *Don Gitano*. Con los años se convirtió en uno de los mejores especialistas del tema.

Si su cultura le abría las puertas de las Academias y de la

Universidad, su simpatía personal y su generosidad le franqueaban la de los españoles que por entonces no estábamos intoxicados por la propaganda nazi. El Instituto Británico en los años 1942 a 1945 fue un lugar mágico donde se podía gustar de cosas prohibidas tanto en la política como en la gastronomía. Se aprendían cosas de la Alemania de Hitler y de la guerra censuradas en la calle y se degustaban canapés y *whisky* totalmente ausentes de los mercados españoles.

Y sobre todo se veían películas censuradas en la España de entonces porque presentaban a los aliados como héroes y a los alemanes y japoneses como malvados, esfuerzo de propaganda que se salvaba a menudo por el buen hacer o la ironía anglosajona. Como el *Mrs. Miniver,* donde el reembarco famoso de Dunkerque, se glosaba desde la perspectiva de una casa de campo inglesa en cuyo jardín caía un paracaidista germano que era hecho prisionero por Mrs. Miniver. «Tú no sabes lo que hemos pasado...», decía Walter Pigeon regresando tras la ayuda prestada con su barquito a los aliados que se retiraban «aquí en cambio es tan tranquilo y pacífico todo...». Vimos también entonces *El Dictador* de Charles Chaplin y en esa ocasión nadie podía dejar de echar una ojeada por encima del hombro durante la proyección de la película. Era demasiado fuerte contemplar la burla humorística y cruel de un individuo que sólo unos metros más allá de la puerta se presentaba como héroe europeo y aun de la cristiandad.

Esta germanofilia oficial se mostraba también en las juventudes falangistas que no veían con buenos ojos la asistencia a esas sesiones semiclandestinas (no se anunciaban en ningún sitio). No hubo que yo recuerde agresiones personales, pero más de uno de los asistentes encontró luego su coche en la calle de Jorge Juan con los neumáticos deshinchados.

Llegó el final de la guerra. Desapareció el mito germano y el italiano y la sociedad española pudo empezar a elegir más libremente a sus amigos aunque la situación internacional no le dejaba muchas posibilidades y el Gobierno animaba esa psicología de *bunker.* Se retiraron los embajadores y España se vio sujeta a un bloqueo económico que sólo se abrió excepcionalmente en el caso de la Argentina de Perón cuya esposa fue recibida con la exageración con que aquí amamos y odiamos. Luego se fue imponiendo poco a poco, como en todo el mundo, el sistema americano de vida. Se iniciaron las «cafeterías» que tantos españoles —yo entre ellos— vaticinaron que no tendrían ningún éxito dado nuestro

amor a los cómodos sofás generadores de tertulia. Siguieron triunfando —eso no había fallado nunca— las películas norteamericanas sobre las demás, empezó a surgir la forma de vestir del Oeste con los vaqueros y a beberse «Coca-cola»... y, sin embargo, los norteamericanos no fueron nunca bien acogidos. Quizá pagando de alguna manera su predominio político y militar los EE. UU. consiguieron algo tan difícil como hacerse tantos enemigos en la izquierda como en la derecha. Las razones eran claras en el primer caso. Para los partidarios de la URSS el Tío Sam era lógicamente el enemigo nato y su existencia no tenía la menor razón de ser. Imperialistas, casi fascistas, habían sido el sostén de Franco y enemigos del progreso, tanto en América como en Europa. Por negarle le negaban incluso la ayuda dada a los intelectuales españoles huidos de Franco. Mientras se agradecía continuamente la protección —generosa sin ninguna duda— que Argentina y México les dedicara se ocultaba la acogida que dieron las universidades norteamericanas a unos profesores que se llamaban nada menos que Américo Castro, Ramón J. Sender, Jorge y Claudio Guillén, Federico García Lorca, Ángel del Río, Pedro Salinas, Francisco Ayala, Antonio Tovar, J. L. Aranguren, Tierno Galván, Ricardo Gullón, Juan Marichal, etc., y esta actitud sigue incluso hoy. Revelarlo sería cambiar la imagen que se quiere tenga el Coloso norteamericano.

Pero esa antipatía se extendía asombrosamente también a la derecha. A la gente bien situada socialmente en España le irritaba un norteamericano que, aun sin quererlo, avasallaba con su presencia física, su voz y su dinero que les permitía disputarles el sitio en el campo de golf, en las laderas del ski, en las pistas de tenis, en los restaurantes... Eso no impide que los españoles no sueñen como los demás europeos en ir a Nueva York, en vestir como ellos, tener su confort en las casas, leer a sus novelistas y naturalmente ver sus películas; pero humanamente... El último refugio del orgullo herido hispánico es admitir que los Estados Unidos poseen sí la fuerza, pero no la cultura, patrimonio único de los europeos en general y de los españoles en particular. Y es inútil que se les arguya que en aquel país hay más orquestas sinfónicas y se vendan más discos de música clásica que en nuestro continente. Concretándonos a España resulta que en las universidades norteamericanas existen veinte revistas dedicadas exclusivamente al estudio de la literatura española (monográficas sobre Unamuno, Pérez Galdós, teatro clásico) cuando en España apenas hay una o

dos. La polémica es inútil y al mismo tiempo natural. Si además de tener el más poderoso ejército, Marina y Aviación de todo el mundo, de presentar el mejor cine y la más importante industria van a tener también superioridad en el estudio de Beethoven, Shakespeare, Cervantes ¿qué nos queda a nosotros?

Con la llegada de la libertad de expresión los amigos de los españoles son escogidos por ellos mismos sin necesidad de que se los dicte nadie desde el decreto o la propaganda escalada en forma de editorial. Y curiosamente en una encuesta realizada en noviembre de 1985 por la emisora SER los pueblos más estimados por los españoles de hoy resultaron... los mismos que eran obligatorios en la zona franquista, es decir, Alemania e Italia. Los motivos de hoy, claro, son muy distintos; en el caso germano se sigue admirando la tenacidad, la disciplina y el amor al trabajo que han convertido al país derrotado de 1945 en la primera potencia económica europea sin el antipático aspecto militar y totalitario a que esas virtudes estaban unidas en la época hitleriana.

En cuanto a Italia se aprecia sobre todo su alegría de vivir, su clima y el arte de sus ciudades. Afortunadamente el pueblo español de hoy da menos importancia a valores bélicos como el coraje y el patriotismo exacerbado por lo que esos «defectos» tan criticados anteriormente en el caso italiano, han pasado a segundo término.

En el tramo final de la escala está Francia y ello es lógico. La vecindad no acostumbra dar frutos amistosos ni en el edificio ni en la geografía. El continuo contacto engendra el roce y éste, contra lo que se cree, en lugar del cariño provoca malestar. La historia da tantos ejemplos de ello que en el siglo XVII se hablaba en España de la *antipatía natural* hacia Francia. La invasión de 1808 —la «francesada» en la boca de las viejas junto al fuego— dejó mil feas huellas en la memoria popular hispánica. Sólo una minoría selecta española que había admirado a Voltaire, a Stendhal y a Proust siguió admirando a Camus y a Sartre *malgré tout.*

Y para acabarlo de arreglar en los últimos años el país que por circunstancias geográficas debía ser nuestro puente hacia Europa se convirtió en una barrera que no era sólo simbólica como demostraron los asaltos a camiones cargados de frutas que en muchas ocasiones ni siquiera iban destinados a Francia. Y a esa actitud popular francesa se unió la oficial poniendo mil dificultades al ingreso español en el Mercado Común; el espectáculo de un enrojecido Delors diciendo una madrugada famosa ante las cámaras

de TVE que no comprendía a los españoles, pero que en cambio sí entendía a los portugueses (probablemente por más humildes) acabó de colmar la irritación. Mi impresión personal es que de no haber intervenido el sentido común, ese cartesianismo de que presumen con razón los franceses y que les obligó finalmente a alinearse con los demás países del continente, los españoles hubieran sentido un resquemor que mantener durante decenas de años, casi tantos como tras la invasión napoleónica y por motivos contrarios. El Corso nos quiso meter a la fuerza en «su» Europa y Mitterrand pretendió dejarnos fuera de «nuestra» Europa.

El Ejército, protección o amenaza

Una institución unida constantemente a la sociedad y, sin embargo, a menudo alejada de ella. Este capítulo quiere estudiar el influjo que en el caso español de nuestros tiempos han tenido las fuerzas armadas. Fueron protagonistas desde 1936 a 1975. ¿Y ahora?

Ejército

En 1939 hay un ejército vencedor y otro vencido. Un siglo antes, en 1840, tras otra guerra civil, hubo también un ejército vencedor y otro vencido; las tropas isabelinas habían ganado y las carlistas habían perdido, pero las similitudes terminan aquí. La paz que puso término a la contienda entonces fue tan generosa que adquirió en boca del pueblo otro nombre: «Abrazo de Vergara» que refleja las condiciones pactadas. Los que habían perdido la guerra no sólo quedaron en libertad sino que los mandos que lo solicitaron fueron reintegrados al ejército nacional con sus grados y condecoraciones.

Aquello debió de ser algo excepcional en la historia cainita de España porque la expresión «Abrazo de Vergara» fue considerada desde entonces sinónimo de traición como se demostró en la guerra de 1936 a 1939. Cuando alguien en ambos lados intentó generosamente llegar a una paz de compromiso, surgieron inmediatamente condenas en forma de discursos y editoriales periodísticos y manifestaciones contra la iniciativa, tanto en la republicana Barcelona como en la nacional Burgos.

El fin de la guerra marcó claramente la rigidez con que el es-

pañol establece la diferencia entre quienes ganan y quienes pierden una contienda entre hermanos. Nació una aura de gloria alrededor de los primeros y otra de vergüenza para los segundos. Incluso los que en secreto habían sido partidarios de la causa nacional y que obligados a servir a la República usaron del sabotaje para que ésta perdiera la contienda, tuvieron que emprender una larga lucha jurídica para conseguir que se le reconocieran sus derechos. La fotografía de un oficial con unas barras en la bocamanga en lugar de unas estrellas bastaba a declararle persona *non sancta* y a considerarle incluso en el curioso crimen llamado «auxilio a la rebelión» con la que unos rebeldes pasaban automáticamente la culpa al bando contrario. Y cuando lograron incorporarse perdieron administrativamente los años servidos en el ejército republicano: «Mejor que los olvidemos» les decían a quienes reclamaban antigüedades «no recordemos cosas desagradables».

Un ejército profesional había ganado la guerra. Eso ha pasado antes en muchos lugares, pero aquí ganó además la paz. En vez de volver a los cuarteles que es lo que generalmente hacen los soldados al terminar las hostilidades, siguió ocupando puestos de la administración como si se mantuviese el «estado de guerra» que en general presupone esta situación. La estadística dada por el especialista Julio Busquets *(Cambio 16,* 27 de noviembre de 1985) es impresionante. Ministros (40 de 114), gobernadores civiles 38 por 100 al terminar la guerra, 20 por 100 desde 1945 (no olvidemos que en cada provincia había además un gobernador militar) y luego, por extensión, invadiendo áreas comerciales como jefes de empresas estatales y paraestatales e incluso dirigiendo agrupaciones empresariales. Concretamente Queipo de Llano fue elegido presidente de los fabricantes españoles de cartón. En muchos de los casos el uniforme había cedido su lugar al traje de paisano, pero el aire de «ordeno y mando» seguía inconfundible. Así, un Acedo Colunga, general al frente del gobierno de Barcelona podía gritarle a Ignacio Agustí, director de la revista *Destino* como si fuera un recluta amenazándole con meterle en la cárcel como en otra ocasión hizo efectivamente, con otro periodista llamado Luis Marsillach, padre de Adolfo, por haber publicado unos artículos que en aquellos tiempos de censura previa y estricta no podían haber tenido la menor importancia política; se trataba de temas locales como el funcionamiento deficiente de los tranvías o el estado de unas edificaciones populares, pero para la susceptibilidad imperante entonces en los mandos destinados en Cataluña,

cualquier reparo a una ruedecilla ínfima del Sistema tendía peligrosamente a sabotear toda la maquinaria.

De arriba a abajo, desde el Generalísimo al último de los oficiales, el Ejército español se convirtió en un Ejército de ocupación que tenía razón siempre en cualquiera de los incidentes que pudieran surgir en la vida pública incluso al encontrarse fuera de servicio. Cuando un oficial aun de paisano, provocaba un escándalo en un establecimiento o en la calle la policía debía limitarse a llamar al Gobierno Militar para que lo arrestase su propia policía aceptando mientras tanto que el ebrio o chulo campase por sus respetos. En Madrid y en los años cuarenta ocurrió el caso de un comisario demasiado celoso que llevó detenido a un capitán que promovía un incidente. Del Gobierno Militar salió una patrulla de soldados que tras liberar a su oficial detuvo al comisario que fue juzgado y condenado a varios años de cárcel por cumplir lo que él creía su deber de mantener el orden en la calle. Yo vi personalmente en una fiesta de carnaval en el Casino de Madrid a un agente de smoking intentar un diálogo imposible con un militar que aprovechaba su embriaguez para ofender a los presentes. «Mi teniente, por favor, reflexione; mañana se arrepentirá usted» suplicaba inútilmente el mismo que hubiera golpeado a un civil por mucho menos.

Los militares estaban por encima de todos los demás ciudadanos. Aunque oficialmente fuera mucho más aparente en las calles el brazo político, es decir, el movimiento Nacional falangista con consignas joseantonianas, aunque a la entrada de cada pueblo estuviesen las Flechas y el Yugo, la diferencia de autoridad entre las dos fuerzas era abismal. Yo he visto también en Barcelona y pocos meses después de la toma de la ciudad por los franquistas, a un oficial jurídico reírse cuando un joven falangista intentó disputarle un taxi vacío alegando que era para una alta Jerarquía del Partido: «¿No me diga? —le soltó el oficial entrando en el vehículo acompañado de su novia—, pues ese señor tan importante tendrá que buscar otro.» Y se fue con él.

(Por si la pretensión de ese falangista se extendía a otros militantes Franco tomó en varias ocasiones la precaución de colocar al frente del Movimiento como secretario general a militares como Moscardó o Muñoz Grandes.)

Sí, los militares pisaban fuerte en la posguerra española. Pero curiosamente pisaban fuerte usando zapatos de pésima calidad y poco precio. Parece que Franco creía que bastaba a alimentarles y

vestirles la gloria a que me refería antes y que por ello no hacía falta compensarles dignamente porque el sueldo resultaba ridículo incluso para la economía del tiempo. Por entonces yo montaba a caballo en la Venta de la Rubia donde se corrían liebres con galgos y allí tuve ocasión de oír mil veces la lamentación de esposas de comandantes y capitanes: «Fíjate lo que cobramos al mes; y con eso se supone que vayamos vestidos dignamente como corresponde a un caballero oficial y a su esposa; que en el teatro ocupemos butacas de platea o palco, jamás en el gallinero. ¡Qué horror! ¡Qué dirían!»

Una vez tuvieron ocasión de saberlo. En el Madrid de los años cincuenta un general que iba al cine creyó notar algo familiar en el acomodador que les conducía a su localidad y al darle la propina confirmó sus sospechas: Era un comandante que servía a sus órdenes en el cuartel. «¡Usted! —balbuceó—, preséntese mañana en mi despacho.»

El comandante lo hizo y sin petulancia, pero también sin vergüenza le expuso su caso. Estaba casado, tenía seis hijos y el sueldo que recibía sencillamente no le bastaba para alimentarles, vestirles y mandarles al colegio.

El general aceptó sus excusas y reconoció su necesidad, pero le conminó a dejar un empleo que «deshonraba» su uniforme y grado. Ante la pregunta angustiosa: ¿Qué hago entonces? le prometió buscar una solución y efectivamente, convocados los oficiales le encontraron un empleo de tarde en una oficina para que redondease su menguado sueldo... de forma más recatada.

Ese caso madrileño era sólo la punta, una punta escandalosa por lo evidente, de un iceberg oculto, pero conocido por todo el mundo. Había militares que llevaban libros de caja en sus casas, que daban lecciones privadas generalmente de matemáticas, que preparaban a jóvenes para entrar en la Academia General de Zaragoza.

La escasez del sueldo ilógica en un ejército tan orgulloso, la intentaba paliar el Gobierno franquista con el uso de economatos donde se vendían medicinas, comida y ropa más baratas que en las tiendas y, sobre todo, con la edificación de casas para militares incluyendo en esa denominación a los suboficiales, grado que se cuidaba más que antes de la guerra civil a sabiendas que brigadas y sargentos habían constituido por razones sociológicas (tenían mando directo sobre los soldados mientras eran menos preciados por los oficiales) el caldo de cultivo de las ideas revolucionarias

que cortaron en flor la rebelión de muchos cuarteles el 18 de julio de 1936.

Esas «Casas Militares» constituyeron, y aún constituyen, una de las principales causas del extrañamiento del militar en la sociedad española. La convivencia forzada con gente del mismo estilo de vida refuerza éste hasta hacer parecer natural la disciplina ciega que actúa por encima de la razón, valor de cuartel al que se acostumbran hasta quererlo imponer en la vida política y social. Pero es que además esa convivencia limita las relaciones entre los sexos a la gente que se encuentra en la escalera y el ascensor de lo que se deriva el gran número de hijos/as que se casan con hijos/as de militares formando una casta que vive y piensa de manera distinta a los vecinos de la misma calle. Se forma así una raza *aparte* con todos los peligros que ello entraña.

Pero lo curioso del caso es que esa debilidad económica del oficial español, ese maltrato de que se les hacía objeto discriminándoles de los altos mandos que podían redondear su sueldo con gastos de representación y cargos políticos o administrativos no llevaron en ningún caso a la protesta de los militares y ello porque, contra lo que cree la mayoría de la gente, el Poder tiene mucho más atractivo que el Dinero. El militar español casi siempre de clase media sabía que en la calle podía dirigirse a un guardia; desde el nacional al municipal, que al verlo se cuadraba; sabía también que por grave que fuera su delito, su nombre y cargo no saldría jamás en la noticia periodística porque «el honor militar» no podía mancillarse aunque hubiera motivos sobrados para ello.

La preocupación y precaución en ese sentido a menudo bordeaba lo absurdo. Una vez escribí un artículo en un periódico de Barcelona comentando las viejas novelas «por entregas». El protagonista estaba dignamente tratado, pero al reproducir yo el principio de la novela con la frase «abrazando al apuesto militar» el censor se creyó en la obligación de quitarlo dejando el texto con un hueco. Debió de ser una duda de última hora porque en aquel entonces estaba prohibido dejar espacios vacíos que mostrara la intervención del Gobierno en la redacción de un texto aunque la costumbre fuera conocida por todos.

Arropado por el Estado en su reputación, respetado por la sociedad en su uniforme, el militar español evidentemente creyó durante años que eso compensaba su deficiencia crematística. A ello le ayudaba oír a sus padres, muchas veces también militares, la forma en que en el pasado habían tratado los españoles a las

Fuerzas Armadas. Sabía de las acusaciones hechas por Pablo Iglesias en el Congreso sobre las condiciones a los soldados en el Ejrcito de Marruecos y que en la Segunda República un periodista insinuó públicamente que en algunos casos la responsabilidad de los hijos de los militares correspondía a su asistente. Y sabiendo eso daban gracias al cielo y a Franco por decretar que el Ejército era el «salvador de España» y que, cualquiera de sus miembros, por el mero hecho de serlo, resultaba un caballero incapaz de la menor irregularidad en su conducta. Y caso que la hubiera se encargarían sus pares en los Tribunales de Honor, suprimidos en la Segunda República y reinstaurados por Franco, de lavar en casa la ropa sucia evitando que el mundo exterior, el de los paisanos, se enterase siquiera.

Era además un ejército vencedor que continuamente lo recordaba. En el Museo del Ejército y mucho después del cambio seguía habiendo banderas «tomadas al enemigo» que a veces son las mismas que se enarbolan en manifestaciones hoy autorizadas, como la roja con el martillo y la hoz del PC y las separatistas catalanas o vascas ahora izadas oficialmente en la Generalitat o Ajurra Enea. Esa contradicción es la que obligó a un nacionalista vasco llamado Joseba Elósegui a robar una «ikurriña» de su emplazamiento allí y proclamarlo después desafiando a la justicia a que le procesaran.

... lo que hizo ésta con la menor fanfarria posible acusándole de una falta técnica —substracción de objetos—, pero no de un crimen político como hubiera ocurrido años atrás.

Así transcurrieron años en que Franco tuvo que preocuparse del malestar de la Iglesia (cardenal Segura por cerrado, Tarancón por abierto), de la Falange pura (desde Hedilla al joven que le llamó traidor en una ceremonia pública) de los monárquicos tradicionalistas y juanistas, de catalanistas y vasquistas, de sindicatos y de las reivindicaciones obreras, pero no tuvo jamás que temer una insurrección de los mal pagados oficiales del Régimen. Fue en cambio en la cúpula, la mejor tratada por el Gobierno, donde algunos generales intentaron variar la línea ideada por Franco. Se llamaban Kindelán, Aranda, Juan Bautista Sánchez... de coronel para abajo no hubo la menor fisura durante lustros a pesar de los sueldos, ... que finalmente fueron aumentados en los años sesenta, justamente cuando la tecnocracia ocupa antes puestos reservados a los militares y el ingeniero se acercaba, social y jerárquicamente, al general.

Después de ello hubo un pequeño intento, la única excepción de un grupo que queía conseguir que la España militar y la civil sintonizaran. Se trata de la aparición de la Unión Militar Democrática... cuyos miembros fueron arrestados, juzgados, encerrados y expulsados del Ejército que reaccionó ante la noticia como si de pronto se le hubiese declarado un tumor interno que había que extirpar inmediatamente. El Ejército nacido de una rebelión encontraba monstruoso que en su seno brotase otra con la *misma seguridad* que ellos habían tenido de querer lo mejor para España. Hasta tal punto fue el acontecimiento un «shock» para el estamento militar que ni siquiera la Transición ni Cambio subsiguiente que en *principio le daba la razón a la UMD* consiguieron hasta hace unos meses que sus miembros volvieran a ocupar su lugar en las filas de las que habían sido expulsados. Incluso un general tan liberal y fautor de la Transición como Gutiérrez Mellado, al ser interrogado al respecto, opinó que era mejor que no lo hicieran porque en cualquier mando que les dieran provocarían el malestar de sus compañeros con las posibles y desagradables consecuencias de índole social y personal.

Porque con todas las variaciones políticas que han ocurrido, el Ejército sigue siendo un bloque disciplinado, compacto y aislado con lo que tiene esto de malo para la comprensión de lo ajeno y lo bueno que resulta para evitar oír voces disgregadoras. Así, la negativa que tuvo al no aceptar en su seno a la UMD se equilibró al producirse el intento de golpe de estado del 23 de febrero de 1981. Ahí la comunión de ideas podía ser mayor (anticomunismo, antiautonomía), pero existía, sin embargo, el mismo vicio de origen que en la UMD: estaba en contra de la obediencia debida al jefe del Estado. Y cuando éste, en uniforme de capitán general, se asomó por la pantalla chica a todos los hogares españoles y al cuarto de banderas de los cuarteles para dar su consigna, no hubo vacilación en las fuerzas armadas.

Era la segunda gran batalla que ganaba el Rey contra sus generales; la primera había sido al convencerles de aceptar la presencia en España de dos «monstruos» llamados *La Pasionaria* y Carrillo, dos nombres que la familia militar pronunciaba siempre acompañados de adjetivos infamantes. Don Juan Carlos les convenció: *a)* que su vuelta era necesaria para alcanzar la regularidad democrática del país y *b)* que su influencia en los destinos de la patria sería nula. Y así fue; cuando hoy se ve el venerable aspecto de una mujer anciana llevada casi en andas como un santo (y con

la misma eficacia para sus seguidores) y a un hombre que ha conseguido dividir en tres al Partido Comunista Español uno se asombra que el anuncio de su llegada fuera motivo de tal agitación militar.

El jefe del intento del 23-F. al parecer era Milans del Bosch con la complicidad más o menos consciente de Armada, pero el que tiene interés para el recuerdo del tragicómico episodio que en el extranjero producía carcajadas («parece *Carmen*» decían) es Tejero, la representación viva de un espíritu tradicional y militar que se resistía a morir a manos de la Democracia. Curiosamente ese espíritu no corresponde al bando franquista de la guerra civil donde se había intentado teñir de modernidad falangista la vieja tradición. La propaganda de Franco hablaba, sí, de la vieja España de Lepanto y Santa Teresa, pero procuraba ponerla al día «sindical» y añadía «pan y justicia» al concepto de Patria. En el artículo del teniente coronel Tejero publicado en *ABC* al poco tiempo de su intento lo que emerge es el espejo de un militar a la antigua usanza; con pocos principios, pero esos muy firmes y asentados. El estilo es muy parecido al del último dictador que subió al poder tras un pronunciamiento tipo siglo XIX a cuya época pertenecía su retórica. Hay un gran parecido mental del militar del 23 de febrero de 1981 con las ideas de don Miguel Primo de Rivera, jefe de gobierno desde 1923 a 1930.

Hoy el ejército está externamente tranquilo y disciplinado, pero la verdad es que nadie conoce sus sentimientos íntimos. Mi impresión personal es que sigue un poco incómodo ante una situación pública que no hubiera creído posible hace sólo diez años, una situación en que la prensa y TVE se dedican a sacar sus defectos mucho más a menudo que sus cualidades, donde cada soldado muerto en accidente se imputa a su deficiente organización y falta de cuidado, donde se cuestiona incluso la necesidad de incorporarse a filas a través de encuestas en que se pregunta a los jóvenes si les gusta ir al ejército a lo que naturalmente contestan en su mayoría que no, como harían sus padres si les preguntasen si les parece bien eso de pagar impuestos. También ve con recelo el avance de las autonomías que obligan al oficial que era quien imponía su idioma a que le hablen en público en un lenguaje que desconocen, y naturalmente observa, con terror y rabia, los asesinatos que la ETA comete entre los individuos de las Fuerzas Armadas. Ese malestar interno sólo aflora de vez en cuando pero de forma significativa, en el discurso de un capitán general o go-

bernador militar que más que pedir, exige al Gobierno un castigo duro para los terroristas, un castigo que no tenga en cuenta barreras democráticas. Y sobre todo se nota en la presencia del retrato del general Franco en la mayoría de los «cuartos de banderas» de los cuarteles españoles al lado de la del Rey. Oficialmente está allí como el anterior jefe del Estado aunque Felipe González, interrogado por *El País* (17 de noviembre de 1985) respondió más o menos que justamente por ser el «anterior» jefe del Estado no debería estar allí ya que ese puesto de honor corresponde al jefe del Estado actual S.M. el Rey don Juan Carlos. Obsérvese el matiz; eso lo dijo como una *opinión personal* cuando lo lógico sería, que tras «enterarse» por el periódico de esa situación diera una orden tajante para que se retirara de todos los cuarteles aquel retrato nostálgico. Y es que ni él ni su ministro de Defensa quieren afrontar directamente una situación híbrida que podría resultar peligrosa en cuanto se quisiera resolver con un ultimátum. Probablemente el hombre que más sabe hoy de ese ejercicio en la cuerda floja es Narcís Serra intentando combinar el respeto a la sensibilidad militar con las consignas socialistas para crear un ejército nuevo, demócrata y laico. No ha llegado a la frase de Ricardo de la Cierva cuando era ministro de Cultura: «Yo cuando oigo hablar del ejército me pongo firme», pero tampoco ha puesto en esa situación obediente a ningún general. Recuérdese sus vacilaciones en lo referente al «proceso Almería» cuando, hostigado por prensa y diputados hostiles, hizo al servicio de Correos único responsable por su lentitud, del desfase entre la obligación de mandar a los guardias civiles responsables de aquellas muertes a una cárcel común y el cumplimiento de esta orden.

En la vida militar y aparentemente todo sigue igual que en tiempos de Franco el Ejército ha sido siempre y en todas partes, no sólo en España, un baluarte de tradición. Nombres, designaciones, tratamientos que desaparecen en el lenguaje de los estamentos de una sociedad, se mantienen largamente en el ejército donde toda innovación se considera peligrosa e inoportuna. Se comenta la anécdota del oficial que un día se asombró de ver que se colocaba un centinela junto a un banco situado en un pasillo del cuartel. Preguntó las razones de aquel puesto de guardia para él absolutamente inútil y nadie supo darle la razón de su origen. Sólo decían que ese centinela había estado *siempre* allí. El oficial era curioso y siguió indagando hasta que encontró a un viejo maestro armero que recordó que una vez se había pintado aquel

banco y el comandante puso un soldado a su lado para impedir que nadie se sentase y se estropease los pantalones. Del hecho habían pasado muchos años y, sin embargo, nadie se había atrevido a preguntarse el motivo de que el centinela continuase.

No es raro pues, que el Ejército español mantenga desde los tiempos de Franco una actitud prácticamente idéntica aunque haya cambiado tanto el jefe del Estado como el sistema político que nos rige. En los reglamentos que estudian se mantiene idéntico espíritu que el que existía el 20 de noviembre de 1975. Así, el *Diario 16* (27 de octubre de 1985) denunciaba el texto que emplean los aspirantes a ingresar en la Guardia Real refiriéndose a los años treinta.

«Son los últimos años de la República; reina un cuadro desolador en todas las familias españolas, hoy cae el hermano, mañana es asesinado el padre o el esposo y el pueblo sano y bueno llora lágrimas de sangre. Pero aún hay un reducto que no cede: es el Ejército, reserva y relicario de las virtudes de la Patria. Y un 18 de julio encuadra en su castrense disciplina a todo un pueblo que se niega a ser esclavo de los mandatos extranjeros.» Estos párrafos son del libro *Vencer* utilizado como decimos para instrucción de los aspirantes a la guardia personal del jefe del Estado y que de su publicación primera en 1953 no ha sufrido más transformación que añadir al final una cita del Rey, la nueva fórmula de la jura de la bandera y un cuadernillo con las nuevas Reales Ordenanzas. Dicho de otra manera se trata de prolongar con leves añadidos un estado de espíritu general en el Ejército. No se trata de cambiar sino de proseguir.

Al celebrarse un acto castrense éste se inicia con una misa como en los tiempos en que el PSOE estaba en la clandestinidad. Y al realizar la Jura de Bandera los mozos la hacen pasando junto a un testigo, hoy como ayer, llamado cura castrense con su sotana característica. Al referirse a los tiempos franquistas, *Cambio 16* publicaba el 18 de noviembre de 1985, la foto de una ceremonia con este pie: «Militares y sacerdotes compartían el ámbito de las ceremonias oficiales.» Pues bien la única diferencia de esta foto con la tomada en la Jura del príncipe Felipe en plena época del Gobierno socialista en noviembre de 1985 es que ahora en vez de dos curas castrenses hay sólo uno..., pero está situado en el mismo lugar de honor.

Han sido socialistas los que se han adaptado a las viejas normas, no los militares a las nuevas y las anécdotas se multiplicaron

por esa artificial aproximación. Se dice que Felipe González no sabía cuándo sentarse o levantarse durante la primera misa oficial a la que asistió, pero más graciosa fue la reacción del ministro de Defensa, Serra, cuando tras la frase del cura oficiante: «Daos la paz» innovación del Segundo Concilio Vaticano que su lejanía de la Igesia le había hecho ignorar al ver la mano que le ofrecía el militar que estaba a su lado respondió asombrado: «¿Se va usted ya general?»

Con un símil propio de su carrera podría decirse que en lo que se refiere al ejército las espadas están en alto. El malestar antes mencionado ante unas campañas periodísticas desacostumbradas para ellos se ve refrenado por la obediencia a un jefe supremo que viste el uniforme militar de gran gala para recibir a dignatarios extranjeros o el de campaña para compartir el rancho en sus maniobras y ejercicios y la «entrega» del príncipe por tres años a sus academias. Sólo él —y lo digo con admiración y temor al mismo tiempo— puede dominar a una agrupación de seres humanos que tras haberlo sido todo en España consideran cualquier recorte a sus prerrogativas y a su fama como si de pronto pasaran a ser nada.

Sí; la fuerza del ejército sobre el español medio es obvia y lo curioso es que a muchos les parece positivo que exista. Son los que repiten: «¡Este país necesita mano dura! Lo que hace falta es un buen palo...»

Esta sensación de miedo permanente en nuestras neuronas tras cuarenta años de uniformes victoriosos se notó de forma especial en el intento de golpe de Estado del 23 de febrero de 1981. No me refiero a la reacción de los diputados escondidos debajo de sus pupitres; estaban directamente amenazados y su actitud sólo puede ser juzgada por quienes hayan pasado por el mismo trance. Por ello resulta más bella y digna la postura sentada que mantuvieron Carrillo, Suárez y especialmente el gesto del general Gutiérrez Mellado enfrentándose, solo y desarmado, a las fuerzas hostiles. La imagen de ese soldado, heredero directo de los militares liberales del siglo XIX, erguido en el hemiciclo con las manos en la cintura mientras sonaban los disparos a su alrededor, es lo único que en ese triste «vídeo» nos congracia con lo español.

Porque el resto de los aquí nacidos reaccionaron, reaccionamos, con el mínimo valor cívico posible. Escritores, políticos, periodistas que se creyeron posibles víctimas de la reacción durmieron en otros domicilios aquella noche, los etarras salieron por mar

y por tierra desde la provincia vasca a la hospitalaria Francia. E igualmente falló la labor colectiva de las grandes organizaciones. No hubo reunión de jefes de partido de izquierda para tomar medidas contra el peligro que se cernía sobre ellos; es cierto que los máximos dirigentes estaban prisioneros en el Congreso, pero quedaban fuera secretarios e incluso bases que, al ver descabezado el órgano directivo, tenían que haber reemplazado automáticamente a los jefes perdidos. Nadie se movió.

La mayor prueba de ello se dio en Valencia donde se promulgó el estado de guerra por parte del general Milans del Bosch. Desde que existe la antinomia «Ejército-Movimiento obrero», es decir, desde principio de este siglo, la actitud militar agresiva ha encontrado una reacción laboral manifestada en la huelga total, una huelga hecha para privar al Gobierno ilegal de una vida —industria, comercio, transporte— que necesita urgentemente para subsistir como tal Gobierno. Así se hizo en el octubre de 1934 y se repitió en julio de 1936. En esta última fecha en Zaragoza, en Sevilla, en todas las grandes ciudades del país se procedió al paro total y a sabiendas de la importancia de esa actitud los militares sublevados le hicieron frente con dureza extrema. En Sevilla, Queipo de Llano anunció públicamente por radio el fusilamiento de todos los que dirigieran o alentaran la huelga en la ciudad y cumplió su promesa. Igual ocurrió en Zaragoza contra la CNT y en Palma de Mallorca un testigo presencial me contó detalles de esa represión. Al enterarse de la orden de huelga dada por el sindicato de tranvías un grupo de derechistas armados llegó a las cocheras donde preguntaron por los dirigentes del Comité de Huelga, encontrándose con un silencio absoluto. «Bueno, ahora veremos si tenéis cojones para negarlo personalmente», gritaron. Fueron preguntando a cada obrero: «¿Eres del Comité?» Naturalmente, ante sus compañeros sus miembros no podían negarlo; fueron colocados frente al muro y los encañonaron: «Dad la orden de volver al trabajo o disparamos.» Hubo entre los apuntados sonrisas de mofa... ¿cómo iban a matarles así como así? Sonaron unas descargas y el comité en su totalidad quedó tendido sobre los adoquines del patio. Hubo unos instantes de aterrado estupor tras los cuales la masa salió corriendo hacia los vehículos; a los pocos minutos no se oía más que el chirriar de las ruedas y el timbre de los tranvías que se ponían en movimiento.

Pues bien; en Valencia, única ciudad declarada facciosa de forma oficial ya que en Madrid los sublevados sólo ocuparon el Con-

greso, no se movió nadie... ni siquiera para no moverse. Es decir, no se declaró la huelga general que hubiera sido la reacción típica cincuenta años antes; los directivos se escondieron y los obreros se presentaron sin excepción al trabajo.

Sí, la sombra del Ejército es evidentemente alargada en nuestro país; cuarenta años de reflexión han forjado en el español medio un temor intenso a herirle o a desobedecerle. Recuerdo cuando discutía con Robles Piquer, que era ridículo que un Gobierno compuesto por gente civil aceptase ante la presión militar una autorización legal dada para la aparición de mi libro *La guerra de España en sus documentos*. El director de Cultura Popular me dijo encogiéndose de hombros: «Bueno, el Ejército es el Ejército»...

Me temo que esa actitud la comparten todavía muchos españoles.

Hay una esperanza sin embargo. En la ceremonia del homenaje a los muertos por la Patria del 1 de noviembre de 1985 (que reemplazó al del 20 del mismo mes por la voluntad del vicepresidente del Gobierno Gutiérrez Mellado para evitar la concomitancia con los fallecidos en aquella época Franco y José Antonio) y por expresa voluntad del Rey fueron invitados representantes de las asociaciones de excombatientes de la República. Era la primera vez que desde la guerra civil estaban presentes en un acto oficial y así lo recordaron emocionados al ser entrevistados por los medios de comunicación. Fue un paso de gigante, pero todavía falta dar otro. Falta que esos hombres ya ancianos que acudieron de paisano a la ceremonia llevando sólo en la solapa su pasado en forma de insignia, lo hagan la próxima vez usando el uniforme de la guerra del 36 al 39 y que el Rey de «Todos los españoles» repita hoy las palabras de Espartero en 1840: «Vuestros hermanos os esperan. Id a abrazarlos como yo abrazo a vuestro general.» Y de verdad se entrechoquen, al juntarse los pechos, las medallas ganadas en una contienda que hay que enterrar políticamente para siempre. Necesitamos otro «abrazo de Vergara»... «Un pasado que no puede borrarse ni convertirse en presente» como resumió certeramente el rey Juan Carlos en la Pascua Militar de 1983.

«Corsi e ricorsi»

Según J. B. Vico toda la historia varía primero y luego se repite, pero en la especial española, además, cada vez que se realiza un cambio quiere borrarse lo hecho anteriormente.

La obsesión española por cambiar de nombre las calles cuando se ha transformado la situación política es antigua. La lápida de la Constitución de 1812 lo supo a sus expensas al ser alternativamente arrastrada por las calles o repuesta en su sitio siempre con el mismo y asombroso entusiasmo popular. Fernández Flórez, agudo observador de nuestras costumbres, advertía en los años de la segunda República que lo mejor para servir a la historia al mismo tiempo que al Gobierno reciente, sería que en lugar de arrancar la lápida antigua se colocara la nueva denominación sobre la anterior. A los pocos decenios —aseguraba el humorista gallego— habría una curiosa proyección horizontal en las esquinas con las distintas lápidas sobrepuestas y con ello los investigadores podrían conocer nuestro pasado estudiando una a una las inscripciones, de la misma forma que los arqueólogos analizan las capas superpuestas del Plioceno o del Mioceno.

Otro humorista más moderno —Álvaro de Laiglesia— proponía en *La Codorniz* de los años cincuenta, que para servir a las necesidades políticas del momento respetando al mismo tiempo la orientación del ciudadano se mantuviese el nombre propio de la figura política anterior... pero cambiándole el adjetivo que pasaría de entusiasta a peyorativo. Así la calle dedicada al «glorioso

ministro Juan Pérez» podría llamarse del «Cretino Ministro», etc., y el mismo general dejaría de ser «fiel y heroico» para convertirse en «traidor y cobarde».

Naturalmente los españoles no hicieron el menor caso a los humoristas reseñados y procedieron a trocar rápidamente los nombres de calles y plazas de acuerdo con las ideas y personajes que habían triunfado en cada momento. Con la segunda República en Madrid el conde de Peñalver pasó a llamarse Pi y Margall, y la de Alfonso XIII en Barcelona se denominó 14 de abril.

En la guerra civil, en Cataluña, no sólo cambiaron los nombres de calles sino también los de muchos pueblos. En este caso y dada la antigüedad de las denominaciones no se trataba de eliminar recuerdos de individuos de la derecha, pero sí de borrar los nombres de santos típicos en toda España, algo que al anticlericalismo de la extrema izquierda, especialmente de los anarquistas, irritaba profundamente. Tras varios intentos individuales de variar la denominación de forma, nunca mejor dicho anárquica, se llegó a un acuerdo con el gobierno de la Generalidad y éste promulgó un decreto en el que se acataba la opinión extremista procurando que los nuevos nombres tuviesen, al menos, cierta dignidad.

En algunos casos el trueque se limitó a quitarle al lugar el nombre dejándole, por así decirlo, el apellido por el que era más conocido. Así, San Andrés de Llavaneras se limitó a Llavaneras y San Feliú de Guíxols a Guíxols. Otras veces se consideraba demasiado sucinta la nueva denominación y se le añadía una aclaración de carácter local o paisajista. Con ese criterio San Feliu de Codinas pasaba a Codinas del Vallés y San Feliu de Buxalieu se convertía en Buxalieu de la Selva. Otras veces la lírica reemplazaba al santoral y Sant Boi de Lluçanés resultará Aurora de Ll. que en su versión Alba del Vallés irá en vez de Sant Fost de Campcentelles, buen alivio por otra parte a la dicción y Sant Joan Despí será El Pi de Llobregat.

Como es lógico esas denominaciones desaparecieron en cuanto las tropas nacionales entraron en Cataluña, pero los nombres primitivos no volvieron a como estaban antes. La religiosidad de los franquistas estaban además teñida de españolismo y los «Sant» pasaron todos a ser «San», castellanizándolos. La calle «Virgen de Nuria» en el antiguo barrio de Sarriá a la que no podía quitársele lógicamente el nombre, se convirtió en «Virgen de Covadonga», más cercana al parecer a la ideología vencedora.

El callejero de Barcelona sufrió desde enero de 1939 las transformaciones habituales. En su entusiasmo primero los soldados cambiaron el nombre de «Plaça de Catalunya» por la de «Plaza del Ejército Español», pero ese trueque fue de poca duración y el céntrico lugar recuperó su nombre antiguo aunque naturalmente con la «ñ» en lugar de la separatista «ny». En las otras calles el Ayuntamiento transformó los nombres catalanistas e izquierdistas en nombres castellanos católicos, unas veces volviendo a los que existían antes de la República y otros, el mayor número, recordando a héroes y símbolos nacionales. Las «Corts Catalanas» pasaron a llamarse «Avenida José Antonio Primo de Rivera»; al héroe de la lucha contra Felipe V, Pau Claris se le suprimió más sutilmente prolongando la Vía Layetana que era su origen anterior; aunque Gaudí no había tomado parte en la guerra civil se le consideró lo bastante catalanista para que dejara su avenida al general Miguel Primo de Rivera; al conde de Urgel el catalán rival del castellano Fernando de Antequera, se le desposeyó del título quedando en un vago Urgel que podía referirse a la comarca. A veces en vez del título, se quitaba el adjetivo y plaza de las Glorias Catalanas pasó a ser simplemente Plaza de las Glorias en las que evidentemente cabían todas.

El independentista filipino doctor Rizal dejó su calle, un poco incongruentemente, al pueblo andaluz de Alcalá de Guadaira y el doctor Robert, alcalde catalanista de principios de siglo vio desde el más allá, no sólo que su paseo se lo apropiaba el emperador Carlos V, sino que se le destruyera costosamente el gran monumento levantado en su memoria en la plaza de la Universidad. En otros casos regresó lo antiguo. Otro teórico del catalanismo Prat de la Riba devolvió su calle al Príncipe de Asturias como el presidente Maciá el suyo a la plaza Real.

Lógicamente con Franco una calle no podía denominarse «Democracia» y pasó a ser «Movimiento Nacional» mientras «Igualdad» —otro nombre nefasto— se transformó en «Cartagena». «Unidad» reemplazó a «Autonomía» y «Nación» a «Internacional» que olía a Brigadas y conspiraciones judeo-masónicas.

Pau Casals que durante la guerra había actuado activamente en la defensa espiritual de la República fue substituido por el nombre de quien más podía molestarle: El general Goded que intentó tomar Barcelona en 19 de julio para el general Franco.

Cuando los nacionales entraron en Madrid el 29 de marzo del mismo año 1939 procedieron igualmente a la depuración de calles

tal y como se hacía con los funcionarios. La Castellana pasó a ser Generalísimo Franco. Recoletos, Calvo Sotelo. La Gran Vía no pudo recobrar al Conde de Peñalver que había tenido en su origen con el alcalde que la ideara y se denominó José Antonio. Para evitar el anonimato total para un munícipe de derechas, Peñalver pasó a substituir al general Torrijos, demasiado liberal para la España de entonces y ya puestos se echó también a otro progresista el general Espartero, Príncipe de Vergara, substituyéndole por un héroe más moderno: el general Mola. Al general Porlier de la misma línea decimonónica, le substituyeron los Hermanos Miralles, activos jóvenes monárquicos de los años treinta, muertos en la guerra civil. Álvarez de Mendizábal, el autor de la «Desamortización» de 1836, un nombre que se comentaba con terror en los hogares conservadores españoles, perdió su calle a manos de un devoto católico como Víctor Pradera. Alguna vez la religión tuvo que ceder, sin embargo, el puesto a la política y Santa Engracia se convirtió en García Morato, el aviador más famoso del bando franquista durante la contienda.

Cuando empezó la transición se dudó mucho antes de variar el callejero y sólo con la llegada de los socialistas al poder empiezan a cambiarse los nombres regresando los anteriores. Castellana se estirará para poder abarcar también Generalísimo sin demasiado escándalo; se defenestrará a Pradera, Calvo Sotelo y José Antonio devolviendo los nombres antiguos a esas calles. Pero no se atreverán a imponer nombres de los vencidos en la guerra civil como el del general Miaja para alternar con los vencedores que siguen en tantas lápidas. Esta precaución, llámese nostalgia o temor, se mantendrá mucho más en las provincias. En León puede encontrarse todavía la calle de la Legión Cóndor y en Canarias sólo hace poco quitaron una calle a un jerifalte franquista como regalo al ministro socialista Cosculluela que iba a visitar la ciudad en aquellos días.

La etapa de cambios catalana se realiza cuando el estatuto de Cataluña permite reivindicar la nomenclatura anterior. Esta vez la medida no va acompañada de anticlericalismo, pero la catalanización es mayor que antes porque se trata de recuperar el tiempo perdido... además de que la ciencia del lenguaje ha progresado. La vuelta de la tortilla es más completa ahora; como si los cerca de cuarenta años de imposición del castellano en zona catalana obligarán, no sólo a recuperar el terreno perdido, sino a ganarle otro al enemigo, los catalanes de hoy imponen exclusivamente su

nombres autóctonos a ciudades y pueblos desterrando el anterior por conocido que fuera. Mientras en la autónoma Euzkadi encuentra el viajero juntos los nombres de Bilbao y Bilbo, San Sebastián y Donosti los que usan la autopista de Zaragoza a Barcelona pasarán fácilmente de largo cuando se encuentren con un Lleida solitario que no les dirá nada a quienes de acuerdo con su mapa se dirijan a Lérida. Pero hay más. Cuando el catalán en prensa o radio o TV-3 quiere hablar de sus instituciones y autoridades empleará los términos característicos de su lengua aunque sean fácilmente traducibles al castellano añadiendo una vocal al final. Así se referirá a Pujol llamándole «President» y a su cámara legislativa como «Parlament». (El académico Lázaro Carreter me hace notar que sí es lógico usar «Generalitat» ya que se trata de una institución puramente catalana.) Igualmente emplearán al escribir en castellano la voz Catalunya porque así es como se escribe allí sin darse cuenta que, de acuerdo con ello, los países europeos deberían denominarse desde aquí, France, England, Deutschland, porque así lo escriben ellos.

Al parecer los catalanistas extremos no se han dado cuenta que aplicando ese sistema a rajatabla (y que por cierto no existía en los años treinta cuando el primer Estatuto) deberían usarlo también en el caso contrario respetando la forma de hablar del castellano. Si en un periódico publicado en Cataluña en lengua española se dice: «El *president* de *Catalunya* salió para *Girona* acompañado del *president* del *Parlament*» el que saliera en lengua catalana tendría que dar así la noticia: «Ahir el *presidente* del *Gobierno* va sortir del *Congreso* per anar a *Zaragoza.*» Pero no lo hacen, claro; mientras les irrita sobremanera que el castellano parlante diga Maraval ellos no intentan nunca decir González pronunciando la «z» tan ajena a su fonética como la «ll» a la de los castellanos.

Como es sabido esa política de catalanización masiva ha provocado en la región una lucha interna de tipo político. Muchos de los manifestantes que en la «diada» de septiembre, conmemorativa de la lucha contra Felipe V, marchaban al lado de los catalanistas a pesar de ser castellano-parlantes porque consideraban que las libertades catalanas formaban parte de las de todo el Estado Español conculcadas por Franco, hoy se abstienen de acudir a ella ante la evidencia de unos organismos que les impone una lengua que no es la suya. Esa tensión se manifestó en el famoso manifiesto de los «dos mil trescientos» intelectuales españoles residentes

allí y que se quejaban de la nueva discriminación La reacción catalanista a esa protesta fue desde la campaña de prensa insultante a los disparos en la rodilla de uno de sus principales firmantes Jiménez de los Santos. Él y Amando de Miguel, sociólogo y profesor universitario, no tuvieron más remedio que trasladar su residencia a Madrid para evitar mayores daños.

La juventud como partido (El atuendo político)

Los jóvenes han formado siempre grupo aparte en la historia, pero en España esa separación revistió caracteres especiales, en lo físico y en lo espiritual.

Ocurrió ya en el siglo XVIII con el «Motín de Esquilache» el único que en el mundo haya ocurrido por una moda aunque claro está que en ese caso era sólo un pretexto, la gota que hizo rebasar el vaso de la ira popular ante la forma de vestir que le llegaba del extranjero. No se trataba sólo de apuntar el sombrero de ala ancha hasta convertirlo en tricornio o de recortar la capa para que el embozo no impidiese ver la cara del presunto malhechor; era que todo ello significaba un bofetón más al español tradicional, al que creía en la Inquisición y no en Voltaire, en el rezo y no en el breviario, en el chocolate y no en el café, en fin, el que entre las dos Españas que luchaban por imponer sus costumbres prefería el castellano antiguo al francés moderno.

Con el romanticismo el atuendo vuelve a adquirir valor de símbolo; el romántico se dejaba el cabello largo con grandes greñas que se prolongaban en patillas, la ropa era negra y descuidada, el rostro pálido y melancólico. El joven romántico mostraba así tanto su creencia en el fatalismo y la desesperación, como la distancia que le separaba de una burguesía correctamente vestida y peinada y que formaba lo que luego llamaron el «establishment».

En los años cincuenta y sesenta esos cambios de apariencia

existen también pero con contenido social y sobre todo político. En vista de que no se puede hablar o escribir contra el régimen uno se vestirá y peinará contra el régimen. Y surgen, como en el siglo XIX, las largas melenas y frondosas barbas, y ahora además el abandono total de la corbata y de la camisa substituidos masivamente por la llegada del jersey de cuello vuelto preferentemente oscuro. Hay que advertir que en gran parte, esa moda tiene ventajas económicas por el ahorro que en una economía estudiantil tiene en peluquería, lavandería y ropa esa forma de presentarse pero, además, la moda significaba un desafío a una sociedad que presumía de oponer a las costumbres «existencialistas» una higiene y una presentación estética absolutamente obligada. Piénsese que en aquel tiempo el aspecto de un extranjero con pantalón corto en la Gran Vía madrileña tenía valor de noticia en la primera página del periódico: «¡Qué barbaridad!, ¿cómo irán entonces esos tipos cuando estén en África?» Al picajoso español le parecía que esa vestimenta descuidada se usaba sólo para despreciarle, mostrando la poca consideración en que se le tenía. Por ello la presencia de los nuevos barbudos y melenudos por nuestras calles produjo un impacto tanto más grave cuanto que era difícil de combatir con medidas policíacas. La prensa oficialista, sin embargo, disparó contra aquella juventud las más feroces andanadas donde las alusiones a la falsedad de principios, desde el esnobismo a las ganas de impresionar, tenían amplio espacio. Para el lápiz de los humoristas aquellos personajes presentaban lógicamente un espléndido objetivo. Recuerdo un dibujo de Mingote mostrando a un muchacho con el desastroso *look* de la época en una «cave» madrileña y diciendo tristemente: «Dicen que mi angustia filosófica se me quitaría trabajando. ¡Como si eso fuera tan fácil!»

Durante los años sesenta la confrontación visual se mantuvo entre la juventud y la edad madura. Los dueños tradicionales intentaban cerrar las puertas de sus restaurantes a cualquiera de los presuntos comensales que se presentara sin corbata, pero la lucha se hacía cada vez más difícil dado que, aparte de los indígenas, los extranjeros acudían a ellos como les aconsejaba su aventura viajera. En muchos establecimientos se llegó a una solución de compromiso prestando al descorbatado la prenda necesaria y otros, sencillamente, cedieron ante la oleada y admitieron a cualquiera que llevase en la ropa libertaria dinero bastante para pagar la comida.

La polémica saltó a la prensa —ya había quien empezaba a

defender las nuevas costumbres— y yo tuve una pequeña intervención en ella. Fue en ocasión de una queja de Adolfo Marsillach porque en un hotel portugués no le habían dejado entrar en el comedor al no llevar corbata. Le contesté públicamene que si cualquiera tenía derecho a vestir como le diera la gana la misma libertad tenía la mayoría de clientes de un local público para negarse a ver a un descamisado en la sala y que cuando la gerencia tomaba esa medida era evidente que eran más los conservadores que los rebeldes entre los asiduos de aquel hotel. No se puede —resumía— considerar más imposición el que muchos obliguen a vestirse a uno que el que uno desafíe el gusto de muchos imponiéndoles su forma de vestirse.

Lo curioso era que se presentase el nuevo atuendo como algo más personal, más independiente, muy lejano de la monotonía con que los españoles nos arreglábamos por aquellas fechas. Yo les decía que lo más parecido en el mundo a un joven con barba y jersey de cuello vuelto era otro joven con barba y jersey de cuello vuelto. Cuando salía en TVE un grupo de gente procedente del cine o de la música moderna daba la impresión que eran sólo dos o tres rodeados de múltiples espejos. Al menos la corbata sólo iguala en principio y tiene una variada gama donde interviene la imaginación humana, cosa que no ocurre con el jersey generalmente idéntico.

Alguien me hacía notar que la corbata era ilógica. Naturalmente que era y es ilógica... como toda prenda de vestir de las que usamos. Para vestirnos *con sentido común* sólo nos guiaría la metereología y así en verano los ridículos tubos que llamamos pantalones dejarían paso a unas alegres y frescas faldas más bien cortas, prenda que, a su vez, las mujeres cambiarían en invierno por los cálidos pantalones. Si hubiera lógica tampoco se prescindiría del sombrero en invierno como ahora hacen incluso los calvos porque «hace antiguo».

«¿Y por qué hay que ir "vestido" al concierto?» Realmente ése es uno de los lugares donde se ha mantenido más intensamente la tradición como lo demuestra el hecho de que todavía hoy los componentes de la orquesta vayan de «frac», pero aun reconociendo que se oye igual (y quizá mejor porque con el jersey se puede reclinar la cabeza soñadoramente) yo les decía que evidentemente se trata de una convención aceptada, pero que *sólo era* una más de las que rigen la sociedad, la misma que impide al hombre de hoy adelantar la mano y apoderarse el primero de un

trozo de carne que acaban de servir o adelantarse a los demás en una cola. ¿Cabe algo más artificial? Como que ha sido tomada tras muchos siglos para evitar que veinte manos se disputen simultáneamente ese pedazo de carne o que los niños y las mujeres débiles perezcan en el tumulto que se produciría si intentasen entrar todos a la vez por una puerta estrecha.

Lo que no parecen comprender los «naturales» es que esas convenciones impiden la infinita concatenación de libertades que se produciría en cuanto se supriman las barreras del protocolo. Por ejemplo, si en un teatro A está incómodo con la chaqueta puesta se la quita. Perfecto. Tiene todo el derecho a no pasarlo mal cuando ha ido a disfrutar de un rato de música. Pero supongamos que B tiene más calor y se quita también la camisa quedándose con el torso desnudo. ¡Ah! eso ya no. ¿Por qué? ¿Porque es otra de mal gusto? El mal gusto es otra convención que no resiste el análisis de la razón y no sirve como motivo para prohibir nada. ¿Y si quiero quitarme los zapatos para estar más cómodo? ¿O los pantalones? Sería absurdo que quien considera la corbata como un ridículo tabú trasladara ese límite a la camisa o al pantalón. Todo lo que llevamos obedece a una costumbre y prácticamente nunca al sentido común.

Durante los últimos años la fuerza de la juventud como grupo social ha aumentado extraordinariamente. Quizá debido a la sensación de culpabilidad que tienen los mayores por los desastres realizados en los últimos años, por ejemplo, la segunda guerra mundial y el racismo, da la sensación de que se inclinan ante cualquier iniciativa juvenil intentando ponerse a su altura.

Los jóvenes son mimados por los grupos políticos como votantes del mañana y por las casas comerciales como consumidores de hoy y tienen tal capacidad de presencia que podrían construir un partido más si no fuera porque sufren una debilidad inherente a su propia existencia. Es decir, es el único partido político en que automáticamente tienen que darse de baja sus miembros al llegar a cierta edad. Es cierto que son substituidos y reemplazados por los que llegan de la adolescencia, pero evidentemente con ello se corta cualquier proyecto que como tal grupo de presión pudieran haber organizado. Esto se nota especialmente en la franja más culta y por tanto más «peligrosa» para el dominio de los mayores; me refiero a los estudiantes universitarios que terminan sus estudios antes de haber podido llevar a la práctica sus ideas en lo que se refiere al futuro de la enseñanza o del gobierno del país en que viven.

Pero la división es total entre los viejos llamados también «carrozas» y aún más cruelmente «canicas» (porque están ya junto al hoyo) y los jóvenes, desde el gusto musical al puro lenguaje y no hay nada más triste que ver a un escritor o un profesor intentando mantener con la longitud de sus melenas o la crudeza de sus expresiones una juventud que se les ha ido definitivamente. El abismo es total, pero en cierto modo resulta más cómoda que antes la existencia de esos dos grupos tan separados porque ahora ambos lo saben y no intentan interferir en la vida ajena. Los jóvenes se refugian en sus propios antros y se desmelenan en gestos y decibelios mientras los mayores siguen reuniéndose en las casas vestidos de oscuro o de etiqueta y comiendo y bebiendo a la forma tradicional.

Incluso en los vicios se mantiene la separación generacional. Es muy difícil ver a un anciano con un «porro» y en menor escala también es difícil verlos abocados a la droga dura que es desgraciadamente pasto juvenil de hoy. Por ello se han vuelto la espalda coexistiendo ambos mundos sin comprensión, pero también sin rencor, cada uno absteniéndose de cambiar las costumbres del otro. Hemos dejado de oír lo de «Papá, tú no me comprendes» o el «cuando yo tenía tu edad...». La guerra de generaciones ha llegado a un armisticio y en cada campamento se baila, a un son distinto. No es perfecto, pero es aceptable y sobre todo más cómodo que antes.

La represión sexual; la liberación sexual

Un episodio picante, pero necesario en la historia de los últimos cincuenta años. Desde cuándo una mujer *tenía* que llegar virgen al matrimonio, hasta cuándo *no puede* llegar intacta a la relación sentimental.

La represión sexual

En 1936, el país estaba más o menos liberado respecto al sexo. No existían revistas pornográficas como las de hoy, es decir, con exhibición de órganos masculinos o femeninos, pero sí las llamadas picarescas (título también dado a un tipo de novelas), donde el cuerpo femenino se mostraba con relativa audacia. Había empezado ya en la revista *Crónica* la fórmula del desnudo como elemento artístico en la fotografía semanal de Manassé donde los detalles anatómicos se presentaban entre luces y sombras, lo que había obligado a muchos padres de familia (entre ellos al mío) a pasar a comprar *Estampa* que no se permitía esas libertades. En algunos casos la libertad sexual se unía a la política anticlerical como en *La Traca,* en cuyos dibujos sacerdotes gordos y viscosos se agarraban vorazmente a mujeres de grandes pechos y voluminosos traseros.

En el cine se iniciaba el desnudo con *Éxtasis,* la película austriaca en la que Hedy Lamar corría por el bosque en el atuendo de Eva con gran emoción de los niños de entonces aprovechando que no existía el «sólo para mayores de 18 años» de tiempo posterior. También era de procedencia centroeuropea alguna película

de propaganda nudista donde el mensaje de la naturaleza era más importante que el estético dada la disparidad física, a menudo a favor de la fealdad, de unos grupos humanos que se habían liberado de sus ropas al mismo tiempo que de sus prejuicios y corrían por playas y praderas con escandaloso sacudimiento de senos y algo menor de testículos.

En el teatro de revista hacía poco que había empezado a verse la mujer sin ropas; fue creo «La pipa de oro» la primera producción musical en la que en el momento final, llamado apropiadamente apoteosis, la vedette y las primeras figuras aparecieron con el torso desnudo aunque, eso sí, absolutamente inmóviles. Al parecer, dado que los peticionarios del permiso habían aludido a la belleza pura de las estatuas griegas y romanas, la autoridad les había cogido la palabra permitiendo que las muchachas se exhibieran exactamente igual que aquéllas, o sea en la quietud más absoluta.

Llegó la sublevación militar y con ella la guerra y la división geográfica no sólo de dos fuerzas políticas sino de dos conceptos de la vida. Por un lado quedó la tradición, la vuelta a las normas de los abuelos; por otro las nuevas doctrinas y con ellas la permisividad moral. Sin embargo, en algunas zonas de la República eso no significó el libertinaje que podía esperarse. En Barcelona, por ejemplo, la fuerza de los anarquistas enemigos acérrimos de la prostitución, considerada lacra burguesa, y con un sentido moral rigurosamente ascético, impidió que al socaire de la libertad la corriente sexual se desbordarse. Ni en los teatros, ni en libros ni en espectáculos de cabaret hubo durante la guerra civil mayor libertad de lo que ocurría antes del 18 de julio si se amplió, sin embargo, la posibilidad del divorcio y del aborto.

Pero en la zona nacional sí hubo un cambio absoluto o mejor un retroceso general que en años podía estimarse en unos veinte; desde el principio las autoridades decretaron la moral como obligatoria y la castidad como necesidad patria. Así se establecieron en los diversos gobiernos civiles de la España franquista y a partir de los primeros momentos unos censores, tan dispuestos a evitar que se filtrasen noticias bélicas al enemigo, como a que las almas de los españoles se perdiesen por la tentación expuesta en publicaciones, en películas y espectáculos de toda clase. El desnudo resultó totalmente tabú y por desnudo se entendía incluso la parte femenina que iba desde la rodilla al tobillo o desde el cuello al nacimiento del pecho, espacios difíciles de calibrar exactamente

por artistas plásticos y fotógrafos por lo que se mandaba a examen igual que se hacía con los textos, cualquier diseño o reproducción de mujeres, y cuya aparición desconcertaba a los funcionarios encargados de la moralidad pública. Al principio se intentó devolver cada original atrevido a la redacción del periódico para que lo substituyeran por otro más decente, pero ante la ignorancia de los límites permitidos, decidieron demostrárselo de la forma más gráfica posible. Así nació en todas las oficinas españolas de censura el gremio de los «retocadores», unos individuos dotados, de capacidad para dibujar y que procedían a manchar de negro las superficies que a su juicio quedaban demasiado visibles en los cuerpos femeninos. El dibujo así corregido volvía a la redacción que debía atenerse rigurosamente al nuevo modelo si quería evitar cuantiosas multas.

El cuidado con que esos censores actuaban llegaban a la obsesión y aun a la obsesión malsana. El entonces director de *Semana,* Manuel Halcón, tenía en los años cincuenta bajo el cristal de una mesa de su despacho varios dibujos que habían sido prohibidos por la censura. Uno de ellos era el anuncio de una marca de polvos de talco y representaba un niño de unos seis meses con sus pañales puestos y mostrando unos rollizos muslos sobre los que el censor había trazado una cruz en gruesos trazos rojos indicando su prohibición total. No hacía falta recordar a Freud ni pasarse en la mala intención para descubrir en esa actitud la tendencia pederasta de alguien que quiso evitar a los demás el efecto morboso que aquella carne infantil al descubierto le causaba a él.

Eso en lo que se refería a las reproducciones. Cuando la persona estaba viva se procedía con la misma severidad a taparla y en ese caso el inspector de turno se trasladaba al teatro o cabaret para comprobar si los figurines endosados por las artistas correspondían al modelo que había sido enviado a la censura. Estos censores «in situ» tenían como misión además procurar que el movimiento de las muchachas fuera tan morigerado como sus trajes. Asistían muy atentos al ensayo general y detenían con una voz tronante los giros de cadera de la *vedette:* «¡Así! ¡No te muevas más!» En ocasiones aparecían en una representación cualquiera para asegurarse de que la consigna se cumplía a rajatabla.

Estas medidas restrictivas habían sido impuestas, como digo, desde el principio y en esa batalla los esfuerzos de la parte más moderna del conglomerado nacional, es decir, la Falange, que por más juvenil se sentía atraída por el aire libre y deportivo, perdió

totalmente la batalla de la moda. Su frase esperanzada: «Queremos una España alegre y faldi-corta» quedó en eso, en una frase y ni el deporte femenino con su obligada libertad de movimientos consiguió que las autoridades eclesiásticas cuyo veto era temido y respetado por las civiles, redujeran su actitud. Mientras en los campos deportivos de los «hermanos» fascistas y nazis jugaban italianas y alemanas al baloncesto con breves pantalones, las españolas tenían que hacerlo con faldas hasta las rodillas, faldas a las que se les había dotado de ancho vuelo para intentar compensar con su amplitud la extremada longitud.

La misma severidad existía en las playas. Cada principio de temporada estival el ministro del Interior recordaba en la prensa que estaba totalmente prohibido tomar el sol en bañador (que era sólo para bañarse como su nombre indicaba) y que había que hacerlo «con el albornoz puesto». Histórico. Naturalmente y dada la capacidad de los españoles para interpretar las leyes de acuerdo con sus gustos y deseos esa consigna nacional adquiría diversos significados según la idiosincrasia del lugar de la costa. En San Sebastián, ciudad tremendamente tradicional por católica y a pesar de su cercanía a Francia, estaba rigurosamente prohibido hasta muy entrados los años cincuenta, el traje de baño de dos piezas para la mujer en La Concha. Había una mayor comprensión cuando se trataba de Ondarreta por considerarlo lugar preferido de los diplomáticos extranjeros que se desplazaban a la ciudad donostiarra siguiendo a Franco. La playa más adelantada en ese sentido por entonces era la de Torremolinos, cuyos habitantes, como todos los de la Costa del Sol, llevaban años aceptando a los forasteros con todas sus manías incluida la de nadar ligeros de ropa sin inmutarse. La misma permisividad y por los mismos motivos de costumbre añeja se daba en las Baleares, sobre todo en Ibiza.

Cuando el Estado empezó a descubrir y explotar la impresionante mina que era el turismo, las autoridades locales se encontraron con claro y difícil dilema: O dejaban a los extranjeros bañarse con las dos piezas que estaban llegando ya a la mínima expresión del *bikini* contraviniendo las ordenanzas policiacas de Madrid o se lo impedían forzándoles a llevar a otros países las divisas que tanto necesitaban las exhaustas arcas del Estado. La disyuntiva fue llevada al Ministerio de Información y Turismo que, incapaz de admitir oficialmente una rectificación de su camino moralizador, dio en secreto normas a los gobernadores civiles, a través

de Interior, para que no se persiguieran las contravenciones playeras. Quedaba el escollo de la Iglesia, incapaz de aceptar un cambio de criterio que dejaba a las almas españolas a merced del pecado mortal luciente en la expuesta carne femenina y ahí hubo que buscar soluciones a nivel local de acuerdo con la picaresca de la época. Contaban que el alcalde de Benidorm había dado con la fórmula perfecta. Llamó al párroco del pueblo y le entregó un rico donativo para reparación de la vieja iglesia y necesidades del culto; al empezar el cura a agradecérselo le pidió que, por favor, no bajara a la playa durante el verano. El sacerdote comprendió y aceptó. Los ojos que no veían consiguieron que el corazón dejase de sentir y por tanto inspirar las filípicas lanzadas desde el púlpito sobre la corrupción extranjera que invadía a nuestra pobre España.

En cuanto a los libros la censura actuaba de acuerdo con un criterio cuya injusticia señalé varias veces en discusiones con gente del Gobierno... sin que me hicieran el menor caso, claro. Ese criterio se basaba en permitir una relativa libertad en las descripciones sexuales cuando se trataba de libros de bibliófilo bien encuadernados y por ello de valor alto. La idea que inspiraba esa discriminación era que al ser más caros, el número de personas capaces de comprarlos y por ende de pecar con ellos, era menor. Intenté explicar a un censor que un buen católico tampoco podía mandar al infierno al alma de un rico que ante los ojos de Dios era tan importante como el alma de un pobre lo que representaba una responsabilidad grande para quien autorizaba la obra. «Siempre es menor el daño si los lectores son menos», me acalló.

En las obras corrientes la censura variaba según el encargado de aplicarla, pero cualquier intento de contar con detalles un escarceo sexual era inmediatamente suprimido en aras de la moral. Había, sin embargo, un detalle curioso. El Régimen se daba cuenta del desfase con que el Gobierno actuaba en España respecto a las normas generales en Europa y por ello —a partir de los años cincuenta— las correcciones del texto no se mandaban nunca en un papel oficial sino en cuartillas sin membrete acompañando un oficio del ministerio donde se advertía que aquella obra podía publicarse siempre que se rectificara de acuerdo con los datos de «la hoja adjunta». Con ello se quería impedir que algún periódico del extranjero, especialmente *Le Monde* de París, que era la pesadilla del régimen, pudiera reproducir una carta oficial señalando unas correcciones morales que resultaban ridículas al otro lado del Pirineo.

Era otra anomalía que no comprendía. «Si estáis seguro de que obráis a la mayor gloria de Dios —les decía—, si estáis convencidos de que con vuestras precauciones de leer los libros antes que el pueblo impedís que el español medio peque ¿por qué no lo decís clara y ufanamente? «Sí, señor francés, inglés o americano. Hemos tachado esto porque queremos mantener a nuestra gente pura y virtuosa y no nos importa nada lo que podáis opinar desde vuestra libertad de prensa que para nosotros no es más que libertinaje. ¿Qué pasa?» Ésta hubiera sido al menos una actitud sincera, la misma por ejemplo que tiene otro fanático de hoy llamado Jomeini que no pide perdón a nadie por haber devuelto a su pueblo a los tiempos medievales, tanto en lo que pueden ver y beber como en la forma de vestir. Él sigue los dictados de Dios y eso le basta para justificarle ante sí mismo.

En España no. Se hacía y se temía al mismo tiempo la reacción extranjera y llegó hasta tal punto ese rubor que la censura como dije anteriormente cambió de nombre y pasó a llamarse «Orientación bibliográfica»; probablemente es el único caso en que el acto de orientar a alguien tratándose de libros no se refiere a lo que deben leer sino a lo que no deben.

Dada la proporción aludida —a más gente expuesta, más vigilancia— la censura más rígida se aplicó como es lógico a la gran pasión española del cine; éramos uno de los países con mayor número de salas en el mundo aprovechando la inexistencia entonces de la televisión. Las películas fueron, pues, objeto de estudio, de análisis y en fin depuradas de cualquier escena erótica, por cierto, al principio de forma muy torpe. Se veía a un hombre y una mujer acercar las caras con gesto amoroso y de pronto aparecían las mismas caras alejándose al haberse cortado el momento del beso. Luego se hizo mejor eliminando desde el principio la secuencia fatal, pero resultaba que el problema a menudo no se concretaba en una sola escena; existía, además, un argumento que podía tener una carga inmoral mucho más peligrosa para la sana juventud española que la rápida visión de un ósculo. Dado el desfase que en tema de libertades existía entre los países anglosajones, principales proveedores de las películas más apetecidas y el nuestro, el Gobierno se encontró de pronto con que tenía que importar unas películas, técnica y artísticamente importantes, unidas a un mensaje pecaminoso.

El nudo gordiano se deshizo fácilmente cuando alguien del Ministerio dio con la fórmula... si la imagen era imposible de

cambiar el diálogo en cambio podía ser manipulado en el doblaje entonces obligatorio. Así no importaba que el argumento fuera inmoral en principio porque al llegar al público no lo sería. En mí «El español y los siete pecados capitales» recordé algunas películas donde se había disociado el argumento del mensaje que llegaba al público. *Mogambo,* por ejemplo, donde el matrimonio de Grace Kelly se convertía en un par de hermanos para que no hubiese adulterio —ese pecado que era mejor no supieran los españoles que existía— con Clark Gable. Aun así quedaban en la imagen elementos que no se podían «doblar» como el hecho de que los dos hermanos compartiesen el mismo dormitorio, pero sí pudo explicarse la cara feroz que ponía el «hermano» al observar el coqueteo de Grace con Clark; aprovechando un momento en que ella estaba de espaldas a la cámara y en silencio se la hizo recitar ese texto: «Mi hermano está muy enfadado con lo nuestro porque es íntimo amigo de mi novio que está enfermo en Londres.» El «cazador blanco» no se inmutaba ante la noticia lo cual resultaba bastante lógico porque en realidad no había oído nada.

En otra película titulada *Su vida íntima* la censura no pudo tolerar que Charles Boyer tuviera durante toda una vida una amante (Ann Sullivan) estando casado y así la esposa legítima aparecía en la pantalla también como una hermana; el público, como en el caso anterior, se desconcertaba esta vez al no comprender el odio que sentían los «sobrinos» por la intrusa ni mucho menos que el protagonista se negase reiteradamente a casarse con su amada «porque su hermana, la viuda, se llevaría un disgusto». La gente en general prefirió considerarle un «calzonazos» (los norteamericanos no son como nosotros), a pensar que le podían engañar de forma tan extremada.

Sin embargo, durante años, esto es lo que hizo el Gobierno en su trato a los españoles manteniéndoles en un limbo del que no podían bajar sin graves daños para su alma. Porque lo curioso era que mientras tanto el país seguía el camino normal de una sociedad humana en la que ocurre todo; la gente sabía que existían adulterios e inversiones sexuales; conocían a parejas que se casaban apresuradamente porque ella esperaba un hijo; tenían vecinos de los que se rumoreaba que vivían juntos sin haber pasado por la Iglesia. Todo ello ocurría en cualquier calle de cualquier pueblo español, pero daba lo mismo. En cuanto entrábamos en un cine todo dejaba de existir y en nuestro mundo no cabían ya pecados de ninguna clase. Pocas veces ha sido más ancha e

irritante la diferencia entre la España real y la oficial que distinguió hace años Ortega y Gasset.

La liberación sexual

Fue como un lento petardeo que acabó en una explosión, como cuando en los juegos pirotécnicos estrellas y palmeras van creciendo en luminosidad y ruido hasta llegar a la apoteosis que asombra y encanta al mismo tiempo ojos y oídos.

La liberación sexual había empezado en vida de Franco mucho antes que la política. Los altos poderes habían pensado que echando esa clase de carne a las fieras podían posponer la de sus libertades cívicas; que el pueblo se distraería con los desnudos de mujer de las molestias que la censura seguía imponiendo sobre derechos de palabra, de reunión, de publicación de libros y periódicos. Y un día los españoles de Madrid contemplaron estupefactos la primera mujer sin ropa en una pantalla franquista. Hubo un silencio tenso que rompió alguien desde el piso alto expresando en voz alta el sentimiento de todos. Fue un «¡gracias, Pío!» por Pío Cabanillas, ministro de Cultura, a quien se le hacía afortunado responsable de aquella innovación. Pero aquel mismo Gobierno firmaría poco después cinco penas de muerte para cinco enemigos del Régimen. Ese desfase siguió durante algún tiempo; seguía prohibido discrepar pero las revistas ilustradas empezaron a resaltar, cada vez más, las formas femeninas en páginas interiores y las películas se hicieron más libres y desvergonzadas. El Ministerio intentó arbitrar una fórmula que fuese al mismo tiempo garantía de la moral pública y de la libertad artística que debía gozar el creador decretando que se admitiría en el cine el desnudo femenino siempre que fuera «por exigencia del guión». Naturalmente la inmensa mayoría de los guionistas fue convocada por los productores para que enfocase su trabajo de forma que *no hubiese más remedio* que desvestir a la protagonista. La fórmula tuvo además un precioso valor de coartada para las actrices que desde entonces aseguraron que sólo se desnudarían si la escena «fuese de buen gusto y la historia lo exigiese».

Un poco más tarde el desnudo hizo su aparición en la escena teatral donde naturalmente el hecho tenía más morbo ya que no se trataba de un fantasma incorpóreo sobre la pantalla sino de una mujer de carne y hueso bajo los focos. Creo recordar que fue

Victoria Vera la primera actriz que se atrevió a aparecer así en una obra de Antonio Gala, produciendo un estremecido silencio en el público.

Y contemporáneamente, como decía al principio de este capítulo llegó la explosión sexual de las revistas ilustradas, libros, folletos... unas veces unidas a la política de escándalo y al suceso sangriento *(Interviú)*, otras siguiendo la línea norteamericana de revistas erótico-literarias como *Play-Boy* y *Penthouse* en edición castellana. «La ola de erotismo que nos invade» fue una frase acuñada entonces por la derecha y recogida con sarcasmo por una izquierda que la escribía con guiones intercalados «la-ola-de-erotis-mo-que-nos-in-va-de» para que resultara risible por su grandilocuencia y su exageración. También fue objeto de mofa la acusación derechista de que «todo se politizaba»; como si fechas, actos públicos, ceremonias, concursos literarios del tiempo franquista hubieran sido totalmente vírgenes a ese respecto. Nadie de la derecha al parecer recordaba el día 18 de julio cuando cantos y bailes populares servían a la mayor gloria de Franco y no hablemos del desfile de las fuerzas armadas al primero de abril de cada año, en conmemoración de una guerra ganada a los propios compatriotas y en algunos casos a los antiguos compañeros de regimiento.

La ola erótica, por seguir usando el símil, hizo lo que todas las olas y tras inundar el ambiente se retiró dejando sólo algunas huellas de su paso. Tras el entusiasmo con que los españoles acogieron el espectáculo de senos y nalgas que hasta entonces les había negado la prudente censura vino el hartazgo y tras el hartazgo la selección. De la misma forma que el aquejado de hambre come lo que le echen primero y sólo cuando su ansia está calmada procura elegir lo más apetitoso, las revistas y libros que *sólo* ofrecían sexo desaparecieron rápidamente mientras permanecían, aun sin las impresionantes tiradas iniciales, las que, además, informaban de otros temas.

La televisión fue la última en abrir la mano en cuestiones de desnudos y relaciones atrevidas y ello siguiendo un criterio que ha existido siempre en todos los países, incluso los más liberales y democráticos, según el cual hay que ser más cuidadoso con lo que entra de rondón en los hogares que con lo que hay que ir a buscar expresamente al cine y al teatro. Sólo con la llegada del Gobierno socialista se amplió la permisividad a las casas de los españoles haciendo una salvedad horaria, es decir, presentando los programas «sexy» a una hora que se suponía que el menor de edad está

durmiendo santamente. Aun así el *shock* fue grande. Algunos periodistas hicieron una encuesta particular contando las numerosas ventanas que permanecían iluminadas en su barrio hasta que terminó la película de la madrugada. Otros acudieron a los lugares de Madrid donde se reúnen prostitutas y «travestís» para comprobar la gran cantidad de negocios que realizaron aquella noche como resultado de la visión nueva. «Toda España era anoche un inmenso jadeo», resumió graciosa y agudamente, un columnista.

La revolución sociosexual llegó a la vida familiar. Los hijos reinvindicaron de pronto unos derechos que dejaron aterrados a muchos padres que jamás hubieran pensado que aquello podía ocurrirles. «Pero ¡si éramos como amigos! ¡Me lo contaron todo!» Evidentemente olvidaban que ellos a su vez también se habían sentido incomprendidos por sus padres aunque no se atrevieran a expresarlo en alta voz.

Pero en los años setenta sí se atrevían y su desahogo tomó características parecidas en casi todos los casos. Se trataba de «realizarse como personas» lo que les era imposible en su casa teniendo en cuenta la rígida postura de unos padres que intentaban evitar el desarrollo de su personalidad imponiéndoles criterios tan obsoletos (ya empezaba a decirse) como absurdos. También se empleaba mucho el deseo de «encontrarse a sí mismo» frase que yo ya había oído hacía tiempo de boca de una hija mía que, por haberse educado en los EE.UU. pasó por esa fase vital varios años antes de que llegara a la vieja España. Por cierto que aun admitiendo su derecho a buscar caminos nuevos la advertí en aquel momento que ese objetivo no siempre tenía resultados satisfactorios porque yo había conocido a muchas que, tras denodados esfuerzos, al «encontrarse a sí mismo» se aburrieron soberanamente ante lo hallado.

El ansia de «realizarse» y «encontrarse a sí mismo», lo que en los viejos tiempos se llamaba «vivir su vida», se manifestaba también en el ansia viajera. Asociando, con cierta lógica, la prisión física de las fronteras con las barreras morales los jóvenes decidieron salir del país, no ya a Francia o a Inglaterra a donde ya se iban en la época franquista sino al Extremo Oriente con preferencia al Nepal que constituyó para muchos el paraíso perdido, donde la belleza del paisaje se unía al consumo de la droga, que completara su alejamiento total del lugar-cárcel donde habían vivido hasta ese momento.

Y los que no tenían dinero para esa aventura lejana buscaron otra más cercana yéndose a vivir a un apartamento con algún amigo/a.

Los padres, especialmente el padre, se quedaron aterrados ante esa rebelión e intentaron parlamentar asegurando a unos retoños que de pronto *habían crecido* desmesuradamente, que todo se podría tratar. Por ejemplo, olvidarse de la hora fijada para el regreso nocturno, por ejemplo, que podrían —dentro de un orden, claro— recibir en su cuarto visitas de amigos/as. Fue inútil. Los hijos se fueron y los padres se quedaron además de tristes obsesionados por el tremendo golpe amenazador del «qué dirán», vergüenza que les fue desapareciendo poco a poco al comprobar que la situación era similar en las casas de tantos amigos... «pero si mi hija ha hecho lo mismo...», entonces el lamento «esos chicos de hoy, pero qué quieren? ¿Dónde estarán mejor que en casa?», se transformaba en un melancólico «¿qué vamos a hacer? ¿Dejar de tratarlos?», propuesta ésta a la que generalmente la madre se oponía briosamente: «Yo no dejo de ver a mi hijo/a porque haya decidido vivir a su manera.»

Otros, más audaces, se fueron a vivir con varios amigos en la situación llamada «comuna». La «comuna» significaba la confraternidad total; la superación de las viejas nociones de una familia compuesta obligatoriamente de marido y mujer con hijos sólo de ellos lo que produce una frustración sexual al reprimir los impulsos naturales del ser humano hacia la promiscuidad. En la «comuna» todo era de todos y todas eran también de todos. El hijo aportado por algún miembro recibía el cariño y la protección de cualquiera que estuviera cerca de él que en aquel momento se transformaba en su padre y en su madre.

En teoría el experimento era perfecto; en la práctica actuó en su contra la programación recibida por los españoles participantes a lo largo de su adolescencia y juventud. Es relativamente fácil renunciar a la posesión egoísta de objetos inanimados como libros, cassetes, pantalones y blusas. Era algo más difícil renunciar al espacio físico privado; los procedentes de casas ricas porque no lograban acostumbrarse; los que llegaban de familias modestas porque por el contrario, la nueva situación les recordaba demasiado el problema de la anterior, con la lucha diaria por el único cuarto de baño. Pero aún así compartir las cosas y el espacio fue mucho más sencillo que compartir y repartir los objetos vivos como María y Juan. Es evidente que Juan podía comprender que

María sintiese una atracción inesperada por Pedro, pero no *justamente* en el momento de ser deseada por él. Hubo discusiones, acusaciones de machismo y de fascismo, insultos de moda en el período de la transición y finalmente la disolución de muchas de las comunas con la vuelta a la casa paterna.

Volvieron también a sus hogares los que habían ido al Nepal porque sus medios se lo habían permitido, lo que significa por otro lado que notaran más la dificultad de vivir en un país extranjero donde el exotismo dejaba de tener gracia a los pocos meses de estancia y llegada a la vida práctica. Tras el previsto síntoma de resaca por el «viaje» llegó la menos esperada vigilancia policial cuando los fondos se acababan y el «bienvenido turista» pasaba a ser «indeseable extranjero». Supieron entonces lo que significaba vender la propia sangre para comer y, lo que era más importante, para fumar o masticar la pastilla de hachís. A los pocos meses los que no estaban totalmente «enganchados» tuvieron el rasgo de lucidez de aprovechar el billete de avión que les mandó la familia y regresaron. Los otros quedaron a la deriva, «hallás» como llaman en las playas santanderinas los objetos encontrados tras el descenso de la marea.

La más estable de las nuevas empresas fue la del apartamento compartido con amigo o amiga aunque en ese caso el compañero se reveló también como mucho más descuidado, inoportuno y falto de sensibilidad de lo que se esperaba. De ese grupo un porcentaje mantuvo la opción generalmente cuando se trataba de chicas que al encontrar un trabajo bien remunerado, decidieron vivir solas al descubrir que habían trocado la curiosidad indiscreta maternal por la curiosidad indiscreta amistosa por lo que seguían sin sentirse libres en su vida privada. Los/las que no encontraron trabajo llamaron un día a su casa: «Mamá, estaba pensando...» y también volvieron.

Y entonces sucedió una cosa curiosa. Los padres que habían llorado o blasfemado al saber la decisión de sus hijos, los que habían roto la comprensión de tantos años con recriminaciones mutuas: «La culpa es tuya... si tú no le/la hubieras prohibido tantas cosas... si no le/la hubieras dejado hacer tantas veces su santa voluntad...» recibieron a los hijos pródigos con un entusiasmo poco marcado. Resulta que, superados como hemos dicho el disgusto y la vergüenza iniciales por la extensión de su daño, habían descubierto que la ausencia del retoño implicaba sí una añoranza continua (el beso antes de acostarse, por ejemplo), pero también

la ausencia de una preocupación constante por saber o adivinar a qué hora volverían o con quién estaría el hijo/a. Descubrieron de pronto que estaban libres de nuevo para charlar y para pelearse, para hacer el amor o irse de viaje sin preocuparse de cómo reaccionarían sus hijos ante el espectáculo o la ausencia. Habían recobrado la libertad de los primeros meses de casados y de pronto irrumpía en su vida casi un desconocido que del ser anterior sólo había conservado el físico.

La cosa era entre dramática y graciosa. Ahora eran los padres que al encontrarse, al *tropezarse* al hijo/a por los pasillos le decían: «Dime, ¿no echas de menos la libertad anterior?; ¿no te gustaría vivir a tu aire?», a lo que en un caso concreto que conozco la hija —veintiocho años sin oficio ni beneficio— contestó: «Querido papá, estoy aquí maravillosamente; bien comida, bien vestida, calentita y con una muchacha que me sirve en lo que yo le pido. Lo siento, pero como no me eches a la calle pienso seguir viviendo aquí toda mi vida.»

* * *

Y luego hubo los que se lanzaron al desafío de irse a vivir con alguien con quien pensaban casarse —experiencia prematrimonial la llamaron— o con quien no se pensaban casar porque «pasaban» del sacramento y del Registro Civil. Lo primero obedecía a la nueva obsesión española de la importancia sexual en la vida de una pareja, importancia que según los especialistas (que habían surgido como hongos con la tolerancia), era la causante de la infelicidad de muchos matrimonios. Iniciar la relación íntima antes significaba sencillamente comprobar la reacción íntima del otro/a, con lo que siempre había la posibilidad de variar de pareja si resultaba poco convincente antes de llegar al paso definitivo.

Era una precaución tan sabia como inútil como me cansé de advertir a quienes me consultaban sobre ello. Una experiencia prematrimonial auténtica —les recordaba— sólo tendría valor de prueba si los protagonistas se vieran envueltos en el auténtico ambiente que les espera cuando pongan piso juntos, es decir, cuando tengan un niño que berrea justamente cuando el marido quiere dormir la siesta tras haberse levantado a las seis de la mañana para ir al trabajo, cuando haya que lavar ropa y tenderla y cuando haya que hacer milagros para dar de comer a tres con un sueldo que basta sólo para que lo haga uno. Ésa si sería una verdadera

experiencia prematrimonial y quienes la superaran en un plazo de, digamos, dos años, podrían ir a la boda convencidos de que serían felices o al menos se llevarían bien el resto de su vida. Pero limitar esa prueba al contacto sexual que, al tratarse de jóvenes promete un reiterado goce físico, es incapaz de proporcionar la menor pista de lo que será el futuro de ambos. Porque en él no seguirán estando solos ni se mantendrán jóvenes con lo que la duración del día con sus problemas les resultará mucho más larga que la de la noche con sus diversiones.

Los que se fueron a vivir juntos sin intención de casarse lo hicieron sobre todo como desafío a la comunidad en general y a la familia en particular. Con la muerte de Franco les parecía que a la liberación política se debía unir la familar donde, a su juicio, se prolongaba la Dictadura. Establecerse sin casarse era algo así como votar socialista o comunista, un reto, casi una bofetada a la tradición y con ello sin saberlo imitaban a los niños que dicen tacos por el morboso placer de irritar a la madre o al padre. Queriendo mostrar su mayoría de edad en realidad mostraban su infantilismo.

Esa situación basada en principio en la idea de que la ausencia de lazos religiosos o civiles permite una mayor libertad era como descubrieron poco después, igualmente falsa. Cuando alguien que había emprendido ese camino me decía orgullosamente: «Yo estoy tan libre como antes; vivo con Fulana porque nos queremos, pero cada uno de nosotros sigue independiente», les contestaba: «¿Puedes ir a comer conmigo ahora? Bueno —balbuceaba—, tendré que llamar por teléfono... —¡Ah! —decía yo— tendrás que avisar a tu casa que no vas y explicar el porqué, exactamente igual que yo que estoy casado. La diferencia, como ves, no existe en el presente; y en el futuro tampoco ya que para algo se ha legislado el divorcio.» Lo que olvidaban esos rebeldes es que el yugo del matrimonio lo forja la costumbre y no los documentos.

... documentos que por cierto resultan la emboscada donde espera a esas parejas de tipo «irregular» el omnipotente «stablishment», el Sistema que nos tiene sujetos, programados y clasificados desde hace siglos, un Sistema que funciona con la misma eficacia en cualquier régimen, desde el fascista al comunista pasando por el conservador o liberal; que es tan eficaz en la democracia como en la dictadura y cuya misión es encerrar al hombre en un entramado burócratico a prueba de fugas. Uno trata de evadir la tradición, desafiar a la Iglesia y burlarse de la institución del «pa-

terfamilias», pero acabará estrellándose en cuanto necesite un seguro, un billete especial en la RENFE o cuando quiera redactar un testamento o un contrato, pedir un préstamo, inscribir un hijo; entonces se le exigirá el papelito que demuestre la unión legal de los pretendientes. En conclusión: vivir juntos sin casarse significa tener todos los inconvenientes del matrimonio (fidelidad mutua, obligación de contar con otra opinión para viajar, comprar o vender) sin ninguna de las ventajas jurídicas que el mundo ha establecido.

Realmente no vale la pena.

* * *

El cambio a que nos referíamos con superación de esquemas y prejuicios antiguos ocurrió también en el amor hasta entonces más perseguido de todos: el del homosexual. Durante cuarenta años ya el nombre fue «tabú» y no hablemos del hecho. El homosexual, al que sobran en español nombres peyorativos que aplicarles (marica, maricón, bujarrón, sodomita) al ser detenido antes de aplicarle la ley de «vagos y maleantes», resultaba un discriminado social que en algunos casos incluso era agredido físicamente. Tras algunos de esos ataques un cantante famoso como Miguel de Molina fue prácticamente obligado a huir del país y refugiar en la Argentina su vida y su arte.

La animadversión oficial (y popular, no nos engañemos) a ese tipo humano fue usada a veces de forma política para justificar o al menos echar cortinas de humo sobre errores propios. Cuando la prensa y libros de todas partes del mundo ensalzaban a García Lorca y por ende criticaban la complicidad del régimen en su muerte, apareció una obra francesa en la que se insinuaba la posibilidad de que el poeta granadino hubiera sido víctima de su «pecado» al ser asesinado por un amante despechado en vez de por un pelotón de la extrema derecha. El entonces jefe de Prensa y Propaganda, Juan Aparicio, divulgó en los periódicos españoles esa teoría que trasladaba la responsabilidad franquista de aquella muerte a un ajuste de cuentas homosexuales, calculando que esa explicación satisfaría a muchos españoles que no sabían cómo explicar al curioso extranjero por qué se había matado al autor del «Romancero Gitano»: «Cosa de maricones» podrían decir encogiéndose de hombros.

El intento irritó a uno de los hombres más honestos que dio la

España política en este siglo. Dionisio Ridruejo escribió indignado al entonces ministro de Información, Arias Salgado, reprochándole la acción cobarde contra alguien que no podía defenderse. «Tras la muerte física la calumnia moral para calmar vuestras conciencias» venía a decir Ridruejo en una carta que naturalmente no pudo publicarse jamás aquí y sí en Argentina pasando luego en épocas más fáciles a formar parte de su libro *Escrito en España.*

Aparte de la bella defensa de Ridruejo resulta curioso que la acusación de homosexualidad siguiera siendo tras Franco algo infamante contra lo que había que defenderse. Ya muy entrada la transición hubo en «La Clave» televisiva un debate sobre la muerte de García Loca y que resultó uno de los más apasionantes de ese programa. Pues bien, cuando la pregunta de un teleespectador insinuó la homosexualidad de García Lorca el pintor José Caballero se lanzó a un furibundo ataque contra aquella «calumnia» asegurando que en los muchos años que había gozado de la amistad del poeta —entre otros los de «La Barraca» de grata memoria cultural— *nunca había notado* la menor tendencia del poeta en ese sentido. Fue triste que algo tan conocido por amigos y biógrafos, algo tan claramente demostrado en los *Sonetos del amor oscuro* fuera negado tajantemente por quien decía haberle conocido a fondo. Era el «tabú» que seguía pesando como una losa sobre el español medio, un «tabú» que, temía J. Caballero, podía enturbiar la merecida admiración por el poeta: «¡Ah! entonces es verdad que era...»

La tradición hispánica es tan fuerte en ese sentido que la libertad homosexual tardó en abrirse camino incluso cuando la transición parecía que abría todas las compuertas, especialmente entre gente famosa que al parecer no estaban muy seguros de que su popularidad superase la revelación de sus instintos particulares. Mientras en la calle se desencadenaba la manifestación popular de invertidos y lesbianas desafiando con sus consignas a los burgueses del barrio de Salamanca medio escondidos tras las persianas cerradas («vuestros hijos serán de los nuestros») las figuras del arte, del teatro y de la novela tardaron años en atreverse a declarar sus tendencias y aún entonces, más que restrictivas, las declaración de límites discriminatorios. Creo recordar que Antonio Gala fue el primero que en una entrevista con J. M. Amilibia se declaró bisexual y lo mismo hizo Miguel Bosé más tarde asegurando que en el momento de hacer el amor podía sentirse igualmente atraído por un hombre o por una mujer. El último famoso

en confesar esa doble posibilidad fue Juan Goytisolo que en declaraciones a *El País* explicaba su vida sexual a caballo de su doble residencia temporal. En primavera y verano tenía un amor femenino en París y en otoño e invierno su amor masculino en Tánger. Curiosamente hasta ahora ninguno de los acusados ha manifestado clara y francamente que prefiere el culto de Ganimedes al de Venus.

Aun así la batalla «gay» estaba ganada especialmente porque fue apoyada por el país que, quiéralo o no las izquierdas, sigue siendo el que impone la moda en el occidente. Cuando aquí las revistas ilustradas mostraron la permisividad con que una ciudad como San Francisco había enfrentado el problema, cuando supieron que el 10 por 100 de aquella colectividad era no sólo homosexual sino orgullosa de su condición y que había llegado a elegir al primer teniente de alcalde de la historia norteamericana confeso de aquellas aficiones, el invertido español se sintió vindicado, reconocido y aceptado. Su «larga marcha» en que a lo largo de los siglos había sido insultado, vejado, encerrado e incluso, en tiempos de la Inquisición, quemado vivo por practicar el «pecado nefando», había terminado felizmente. La prensa, la radio, TVE admitía el derecho de cada español a elegir la forma de su propia sexualidad. Incluso los padres lo admitían y en encuestas callejeras la pregunta de qué haría usted si se enterara de que su hijo era homosexual, había rebajado a mínima cifra el número de los que enrojecían de cólera chillando: «¡Yo le mato!», mientras subía gradualmente el número de quienes contestaban: «Haría un esfuerzo para comprenderle...»

Y en ese momento rosado para sus aspiraciones llega el SIDA como un rayo devastador. No era sólo un peligro físico el que amenazaba a una colectividad. Era el fantasma del contagio que hacía saltar a la gente al oír el fatídico nombre. Los homosexuales habían sido durante siglos leprosos morales para muchos; ahora de pronto resultaban leprosos físicos, capaces de contagiar una enfermedad que por mucho que quisieran explicar educadores y médicos recordando que hería también a hemofílicos y drogadictos, destacaba sobre todo como flagelo de aquella colectividad. No faltó naturalmente quien se frotó las manos de gusto al ver en la epidemia una justificación de sus recelos ancestrales. Era el castigo de Dios.

Los afectados reaccionaron de diversas maneras; desde la increíble de un peluquero famoso que declaró que el SIDA no exis-

tía y era sólo un invento para calumniar y destruir a los homosexuales, al miedo más razonable de tantos otros. A medida que subía el número de fallecidos se retraía el invertido de su existencia anterior. Seguía con su amor particular, pero lo limitaba al amante fijo, al de confianza. Como está ocurriendo también en otros países la alegre salida a la caza de aventuras en los bares pasaba a la historia. La actuación se realiza de forma más discreta y lo que no había conseguido años y años de coacción social e incluso física lo lograba un extraño virus que en estos tiempos de triunfo de la medicina todavía no sabemos exactamente en qué consiste y cómo puede destruirse.

Así se escribe la historia

En 1976, el autor de este libro al que habían censurado durante el franquismo una obra en la que pretendía decir la verdad sobre la guerra civil, temió que a partir de entonces, se iba a decir todo lo contrario, o sea que los malos iban a ser los buenos y los buenos los malos con la misma pasión que antes, pero al revés. Con lo que seguiríamos mintiendo a las nuevas generaciones.

Y así ha resultado.

Muchos estuvimos presentes, pero, como es lógico, sólo algunos jerifaltes supieron de verdad lo que estaba pasando y de ello contaron lo que les convenía, que es lo que acostumbran a hacer los políticos. Los demás supieron lo que vieron u oyeron desde el rincón que les había deparado la suerte al empezar la contienda. Incluso los que intervinieron en batallas decisivas —Brunete, Belchite, Guadalajara, Paso del Ebro— se enteraron de un fragmento de lo que en realidad ocurrió; en técnica cinematográfica eran primeros planos, impresionantes a menudo pero sin una visión panorámica imposible de obtener desde su punto de observación; exactamente como le ocurrió al protagonista de *La Cartuja de Parma* de Stendhal cuando se enteró después que *aquello* había sido nada menos que Waterloo.

Por ello y naturalmente, quien quiso enterarse de lo ocurrido tuvo que fiarse de los historiadores, esos hombres que se dedican a explorar el pasado a través de los documentos escritos añadiéndo, si se trata de hechos recientes, los verbales. Tras reunir material los seleccionan y ordenan y de él extraen las consecuencias que permitan al lector saber lo que pasó, cómo pasó y por qué pasó.

Lo malo es que la historia, cuando reciente, no es sólo peda-

gogía. Intenta además de justificar una causa; en cierto sentido se trata de continuar de forma académica la propaganda realizada durante la guerra y el historiador en ese caso sigue utilizando el mismo vocabulario e ideas que animaron a su bando anteriormente. En principio y desde luego las fuerzas en acción se dividen en buenos (los suyos) y en malos (los contrincantes). Todas las acciones se ven a través de ese prisma y los adjetivos utilizados dependen de quien actúa de protagonista; así la «crueldad» del enemigo se convierte cuando se trata de los nuestros en «máxima energía»; la emboscada puede ser «traidora» o «hábil» dependiendo que la hagan unos u otros. Los muertos en la retaguardia enemiga son «asesinatos» mientras que entre nosotros se trata de trágicos incidentes. Este juicio personal no se limita a la política o a la guerra. Los escritores de la otra zona son «sedicentes intelectuales» mientras los de la nuestra son «brillantes pensadores». También puede cambiar el aspecto físico: Nuestros soldados tienen siempre aspecto sano y mirada clara y los contrarios ofrecen un aire huidizo y expresión mezquina.

Así fue la *Historia de la Cruzada* de Joaquín Arrarás, por ejemplo, y todas las demás que leyeron los niños españoles durante cuarenta años y que se basaba en premisas claras: Una España destrozada por la masonería, el separatismo y la anarquía, víctima propicia para caer en las manos rojas de Moscú y, por el otro lado, un ejército y la parte sana del pueblo español que al mando del general Franco derrota el mal y coloca a España en el camino del Imperio de nuestros gloriosos antepasados.

Esta historia es la que, decíamos, se aprendió hasta la muerte del Caudillo. A partir de 1976, la versión cambió totalmente y aun sin llegar a la pedagogía infantil y juvenil (véase «supervivencias») llenó los escaparates del país en forma de libros. Según esa versión una República legalmente constituida y en paz fue asaltada criminalmente por los «fascistas» ayudados por Hitler y Mussolini y contra la voluntad unánime del pueblo español que no pudo resistir esa superioridad de medios. En la España Nacional se cometieron crímenes sin tasa mientras en la España Republicana esos crímenes se convertían en muertes fortuitas debidas a la reacción instintiva y lógica de un pueblo que se había considerado vendido y traicionado.

El representante más importante de la nueva historiografía es Manuel Tuñón de Lara, que en *Historia 16,* vol. II, págs. 105 y 106, describía así la rebelión de Asturias de 1934.

> «Los revolucionarios ejercieron una represión enmarcada en reflejos muy tradicionales, así el anticlericalismo que dio lugar a 33 muertes y la ejecución de 30 guardias civiles. De personal estrictamente civil ninguna estimación hace pasar de ocho las víctimas de los revolucionarios.
>
> La réplica represiva alcanzó cotas muy elevadas; numerosos fusilados sin previo juicio por fuerzas mandadas por López Ochoa perpetrados en el patio del cuartel de Pelayo. Cronistas muy proclives a la derecha admiten que el número de ejecuciones ilegales durante la represión pasó de 200.»

Obsérvese la forma de redactar las noticias y en este caso de escribir la historia. Los curas muertos «por reflejos tradicionales», es decir en cierto modo *lógicamente,* fueron 33 y desde luego no forman parte de los estrictamente civiles propiamente dichos, como si la sotana les situara claramente entre las fuerzas del ejército enviado desde Madrid. Si aplicáramos esa forma de ver las cosas al bando contrario ¿cuántos de esas «ejecuciones ilegales» se hicieron con mineros que acababan de soltar las armas con las que habían combatido a la República el régimen legal entonces establecido? [1]. Era, no lo olvidemos, un régimen elegido por la inmensa mayoría de los españoles que en ese año de 1934 habían decidido que preferían el centro derecha a la izquierda. Eso no les

[1] Esa fórmula ideológica de Tuñón de Lara según la cual los curas no cuentan o cuentan poco a la hora de ser asesinados la había aplicado igualmente en un libro anterior al mencionar la *Semana Trágica.* Según él en esos días barceloneses «no se produjeron ataques contra las personas de sacerdotes y religiosos, pero sí macabros desenterramientos en conventos, etc.» (M. Tuñón de Lara, *El movimiento obrero en la historia de España,* Taurus, págs. 436 y 437, Madrid, 1972.)

Para una profesora norteamericana que ha escrito la obra más completa sobre ese período los hechos son menos rosáceos. Así... «en el Patronazgo Obrero de San José (Pueblo Nuevo) [...] a las nueve de la mañana los hermanos en hábito talar estaban preparados para huir cuando un obrero penetró en el edificio y les prometió sacarlos sanos y salvos. Confiados salieron [...] el obrero empezó a correr ante ellos gritando: ¡Aquí los tenéis! ¡Disparad! El hermano Lycarion (un suizo llamado Francisco Benjamín Mey) que figuraba en la cabeza del grupo fue alcanzado por los disparos y murió en el acto». (Joan Connelly Ulmann, *La Semana Trágica,* ed. esp., pág. 388, Barcelona, 1968.)

Otro barrio: San Gervasio. Residencia de padres franciscanos. «El padre superior Ramón María Usó y el padre Francisco Bragulat esperaron hasta que los demás estuvieran a salvo. A las cuatro abandonaron el edificio vestidos con sus hábitos porque carecían de suficientes ropas seglares [...] Su presencia fue advertida por un grupo armado [...] Los frailes echaron a correr y uno de los hombres disparó alcanzando al padre Usó [...] Una hora más tarde la Cruz Roja lo recogió llevándole a un dispensario donde murió al día siguiente.» *(Ob. cit.,* pág. 416.)

A eso le llama Tuñón «no producirse ataques contra las personas de sacerdotes y religiosos».

pareció bien al PSOE, al PC que provocó luego a la CNT en Asturias ni a la Esquerra y Estát Catalá en Cataluña y su sublevación fue exactamente la misma que la que la derecha cuando se negó a aceptar el resultado de los comicios que en febrero de 1936 dieron la ventaja a las fuerzas progresistas. En aquella España de los años treinta los políticos estaban dispuestos a aceptar el resultado electoral... siempre que les fuera favorable, pero no en caso contrario y a favor de su honradez hay que decir que no ocultaron sus propósitos. Tanto Largo Caballero, como Calvo Sotelo, José Díaz como José Antonio Primo de Rivera advirtieron claramente a sus apasionadas huestes que iban a las urnas con la intención de ganar, pero que si por casualidad la Reacción (o la Revolución) triunfase en ellas saldrían a la calle a impedir que sus propósitos prosperaran. A nadie al parecer se le ocurrió notar la contradicción que significaba acudir a unas elecciones para acatar el resultado *sólo si ése era favorable.*

Algo parecido ocurre con los historiadores parciales que inician el libro sobre nuestro pasado inmediato con un esquema mental ya preparado y cuando el hecho no encaja dentro de él sencillamente lo niegan o reducen su importancia. Así Ricardo de la Cierva puede mencionar la atroz matanza realizada por los Nacionales en la ciudad extremeña como «el mito de Badajoz» o Ramón Tamames recordar a los sacerdotes muertos en zona republicana diciendo que se hicieron fuertes en sus iglesias y que por ello perecieron víctimas de la lógica reacción del pueblo.

La «programación» del individuo a través de la educación recibida y de la experiencia de la guerra según en que lado estuviera hacen difícil la imparcialidad auténtica. Hay cosas que *no pueden* ocurrir en su bando. El general Salas, por ejemplo, es hombre que ha hecho esfuerzo honestos y eruditos para desmitificar las cifras de la guerra dadas por apologistas de ambos lados consiguiendo que en muchas ocasiones sus estadísticas fueran aceptadas por historiadores del bando contrario. Pero yo recuerdo una aparición televisiva suya en la que al hablar de los ataques aéreos a Barcelona en 1937 y 1938, protestó de la expresión «bombardeos masivos». Nunca hubo bombardeos «de alfombra» en esa ciudad, dijo enfáticamente, como ocurrió en Varsovia o Rotterdam más tarde. Yo estaba en Barcelona en esa época y he ayudado a sacar más de un cadáver de las ruinas y todos los testigos estarán de acuerdo conmigo en que si no fueran «masivos» fue porque entonces no había aparatos ni proyectiles que pudieran

realizarlos, pero el intento de asustar a la población civil para que exigiera el final de la guerra existía tanto entonces como en el Madrid de 1936. La línea divisoria entre cien bombas y mil obedece a un puro cálculo táctico y económico porque la intención de destruir y de matar es tan implícito en el primer caso como en el segundo.

Dadas esas premisas no es raro que a la hora de escribir la historia de la guerra civil tuviera que ser un extranjero —Hugh Thomas— quien hiciera la primera versión objetiva, aún con los defectos propios de su lejanía racial y espiritual, de nuestra contienda. Y como era lógico su trabajo fue considerado franquista por la izquierda y rojo por el Gobierno de Franco que prohibió la venta de la edición inglesa y especialmente de la española publicada por *Ruedo Ibérico,* en la que con innumerables notas a pie de página los editores forzaban su interpretación de los hechos hacia la óptica republicana.

Era el primer intento de imparcialidad y al Gobierno no le gustó nada como tampoco a los militares. Un profesor de California me contaba que años después solicitó permiso para estudiar la interesante *Colección del Fraile* que se encuentra en el Servicio Histórico Militar; aunque su objetivo era tan anodino políticamente hablando, como la guerra del 98 con los EE. UU. le dieron el permiso a regañadientes y tuvo que efectuar sus consultas bajo la vigilancia constante de unos oficiales. Su asombro ante tantas precauciones se disipó cuando oyó a uno de sus guardianes contestar al otro que sostenía que no se trataba más que de un trabajo de investigación histórica: «Sí, eso decía también ese inglés, Thomas, y ya ves lo que salió.»

No, el país no estaba maduro para el examen imparcial de la guerra civil y la próxima persona que tuvo esa experiencia fue quien redacta estas líneas. En 1963 creí que era verdad el propósito aperturista proclamado por Fraga Iribarne y presenté a la censura previa un original apoyado en dos circunstancias que creía útiles para conseguir el permiso de publicación: *a)* Se trataba de un volumen más dentro de la colección «Historia de España en sus Documentos» y por ello no podía decirse que fuera un libro oportunista. *b)* Como sus compañeros de los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX (1900 a 1923) (1923 a 1936) se limitaba a presentar los textos contemporáneos de cada acontecimiento procurando ofrecer siempre ambos lados de la moneda política. A sabiendas de la alergia que producía en las altas esferas el término «Guerra

Civil» y negándome yo a utilizar la oficial y mentirosa de «Guerra de Liberación» había optado por un sucinto y aséptico «La Guerra» suponiendo que las cifras que seguían (936-1939) eran lo bastante reveladoras.

El libro fue aprobado quizá porque los encargados de revisarlo empezando por Fraga no habían tomado parte en la conflagración. He notado que los que no estuvieron en ella, aun siendo totalmente de derechas no se sienten tan solidarios de un bando como los que al luchar en las trincheras se acostumbraron durante tres años, a ver en el enemigo el símbolo de toda maldad. Para éstos la simple posibilidad de presentar documentos de ambos lados con las mismas páginas y tipografía les parecía, como mínimo, una falta de respeto. Si además esos documentos decían la verdad aunque fuese negativa para los vencedores la cosa rozaba el sacrilegio. Sencillamente *no estaban acostumbrados* y yo lo supe a mis expensas cuando recibí este oficio: «Lamento comunicarle que deberá considerar provisionalmente nula la diligencia de circulación de su obra *La Guerra (1936-1939),* ya que aún no ha sido cumplido un requisito exigido para determinada clase de obras por el decreto de 23 de septiembre de 1941 de la Presidencia de Gobierno.»

El Decreto aludido era el que reservaba al Ministerio del Ejército la resolución final sobre la publicación de obras en las que se aludiesen a nuestra contienda; ante la indignación de los cuadros castrenses que habían leído el original, el Ministerio de Información y Turismo había buscado la única salida que le quedaba tras haber autorizado oficialmente la obra y algún funcionario recordó esa legislación que tras muchos años de no aplicarse había caído en desuso. Seguía el Oficio:

«Le agradecería mucho que hasta tanto se le informe de la resolución definitiva usted mismo ordenara, puesto que es editor además de autor, la retención de todos los ejemplares de la edición citada.»

Luego esperaban que Dios me guardase muchos años y tras el título «P. El Director General de Información» una firma ilegible, muestra típica del desprecio con que la administración española de siempre —no sólo la franquista— ha tratado al españolito de a pie que no tiene ni siquiera el derecho de saber quién nos escribe, nos informa o como en este caso, nos conmina.

El membrete del Oficio decía: «Ministerio de Información y Turismo. Dirección General de Información» y el nombre de la sección correspondiente que era «Orientación bibliográfica», en-

cantador eufemismo ya comentado de los muchos que empleaba entonces el equipo del señor Fraga Iribarne, empeñado en lavar la cara —sólo la cara— del régimen. Y por si el Oficio que me había mandado no causaba el efecto apetecido enviaron otro a las autoridades con lo que, menos de un mes más tarde, ya tenía en mis manos un atestado de la Guardia Civil de Ripoll (Gerona) donde decía: «En el día de la fecha ha sido retirado de la librería de Francisco Valentí Pla un ejemplar de *La Guerra (1936-1939)»* original de don Fernando Díaz-Plaja por la Guardia Civil de esta residencia. Ripoll, 17 de abril 1963. Hay un sello de La Comandancia de la Guardia Civil.»

Mi reacción normal fue ir lógicamente a protestar a Robles Piquer, cuñado de Fraga que era el director general de Informaciones. Efectivamente, se trataba de una iniciativa del Ministerio del Ejército; efectivamente ellos no podían hacer nada para permitir la venta del libro en esas circunstancias. Pero ¿dónde queda la autoridad del Ministerio que autoriza una obra y luego se vuelve atrás? Como dije antes me recordaron que el Ejército es el Ejército... procurarían, sin embargo, buscar una solución... claro que si yo mientras tanto me dedicaba a hacer declaraciones a *Le Monde* todo se iría a rodar. Le dije que había dedicado muchos años de mi vida a aquel libro, que me había fiado de la autoridad que creía superior en ese campo hasta el punto de editar por mi cuenta la obra y que si me la retiraban, *Le Monde* sería sólo *uno* de los periódicos del mundo que me oiría. Además les precisé que me negaba a quitar una sola página del libro a menos que me probaran que el documento que se insertaba en ella era falso. Me dijo que no se trataba de quitar sino de añadir. ¿Añadir? Sí. Resultaba que el grupo militar creía que había exceso de documentos del lado rojo sobre el nacional. Eso hubiera tenido cierta lógica por mi parte porque el lector español ya había visto durante veinticuatro años *sólo* textos nacionales pero es que, además, no era verdad porque había más páginas del lado franquista que del otro. Era igual: Al lector militar le saltaba a los ojos como una pedrada cualquier documento republicano mientras consideraba lógico, por familiar, la impresión del texto nacional.

En el informe del Ministerio del Ejército que tuve ocasión de leer su autor se irritaba ante la posible comparación del comportamiento de ambos bandos. El informe es largo pero, como muestra basta este párrafo: «Sólo indirectamente se hace referencia a los crímenes y saqueos mediante la transcripción de textos oficia-

les rojos sobre la necesidad de someter a control a los partidos incontrolados que realizaban las detenciones y registros domiciliarios (pág. 244), pero aun esto se trata de compensar con un texto de índole parecida del gobernador militar de Valladolid, incluido anteriormente (pág. 218).» Lo que sacaba de quicio al lector oficial es que yo denunciara «paseos» en ambas zonas al publicar documentos que aun siendo negativos (no afirmaban un hecho) lo daban por seguro y reiterado al prohibirlo.

(La idea apasionada «esto pasaba allí y no aquí» sigue vigente en algunos casos aislados. En la sección radiofónica «Historia Viva» a la que me referiré más ampliamente, se recibió una carta de A. A. R. fechada el 18 de abril de 1985, en la que indignado por nuestro intento de equiparar los muertos de ambos bandos, recordaba las ejecuciones en las calles del Madrid rojo con hombres y mujeres del público insultando a los que iban a morir. Tuve que recurrir al claro, preciso documento contemporáneo para recordar al apasionado opositor que por aquellas mismas fechas de principios de la guerra el gobernador de Valladolid (zona nacional) publicaba una nota recordando a los vecinos de aquella ciudad que los fusilamientos eran una necesidad dolorosa y no un espectáculo para ser presenciado por la gente y mucho menos por las mujeres. El texto no indicaba que existieran además insultos y vejaciones para los condenados, pero parece claro que faltaba la caridad cristiana de que alardeaban los exégetas del lado nacional.)

En términos precisos lo que se me pidió para conciliar la situación embarazosa del Ministerio con la fuerte presión militar es que yo añadiese a la obra más documentos del lado «bueno». El hecho de que el libro estuviera ya impreso se soslayaba colocando el nuevo material como apéndice. Lo pensé largamente y accedí; en algunos casos me fue fácil porque efectivamente tenían razón en recordarme que yo no había tocado apenas el episodio del Alcázar de Toledo; aunque lo había considerado ocioso por ser excesivamente conocido tenía evidentemente interés histórico. Aparte de eso mi pequeña venganza consistió en introducir entre los nuevos textos el formal desmentido de Franco sobre la responsabilidad que tenía en el bombardeo de Guernica, alegato que cuando se publicó en un periódico inglés en 1937 tenía ciertas posibilidades de ser creído, pero que en 1963 después de las declaraciones de los responsables directos, los aviadores de la Legión Cóndor, resultaba de lo más contraproducente para el bando nacional.

El libro, pues, salió a la calle con añadidos, pero sin cortes ni remiendos; fue ampliado en las siguientes ediciones que hizo Plaza-Janés y hoy sigo considerándolo con vanidad relativa, ya que no hablo yo si no «ellos», el único libro totalmente imparcial de nuestra contienda.

Años después quise ampliar este panorama político-bélico al mundo cultural y saqué la *Guerra Civil y los poetas españoles,* así como *Si mi pluma valiera tu pistola* (editoriales San Martín y Plaza-Janés, respectivamente), donde se alineaban igual que los documentos políticos la expresión literaria de autores de ambos lados respetando su ideología de forma absoluta. La serie puede rematarse con *La caricatura española en la guerra civil* publicado años después por «Tiempo de Historia». En todos los casos he tratado de colocar las cartas sobre la mesa en su integridad y complejidad para que el lector elija de acuerdo con sus simpatías las que le parecen más atractivas sabiendo que no le han ocultado intencionadamente ninguna.

Muertos buenos y muertos malos

Durante muchos años no bastó en España estar muerto por causas bélicas. Haber caído con el grito de «¡Arriba España!» en los labios o con el de «¡Viva la República!» significaba estar en la gloria celestial y terrestre en el primer caso y en el olvido oficial y total en el segundo. Y esa elección previa de campo tenía también valor en el caso de supervivencia. Los excombatientes de Franco mostraban su condición en las condecoraciones del pecho y el aire seguro con que caminaban mientras los excombatientes de la República lo mostraban en el aire huidizo y tímido con que explicaban su caso: «A mí me sorprendió la guerra en zona "roja" (no se podía decir republicana) y no tuve más remedio que incorporarme a filas aunque mis ideas... tú ya las conocías.»

La diferencia topográfica en el origen de la contienda dio motivo a un chiste que simbolizaba una historia tan triste como repetida. Dos amigos separados por la guerra cuentan sus experiencias al reencontrarse. «Yo —dice el primero— estaba en La Coruña cuando se inició el Movimiento Nacional. Me incorporé al ejército y en el Ebro me hirieron gravemente y tuvieron que amputarme una pierna; ahora, ya ves (señalaba su solapa) soy Caballero Mutilado por la Patria.»

«Pues a mí —contestaba el otro— me cogió la guerra en Barcelona. Llamaron a mi quinta, combatí en diversos frentes y en el de Córdoba un morterazo me dio en la pierna que también tuvieron que cortarme. Ahora solo soy un "jodío cojo".»

Los «rojos» que recibieron heridas tan graves que no pudieron sobrevivir como siguieron recibiéndolas, decía al principio, después de desaparecidos. Los nombres de los que habían pertenecido al bando franquista fueron inscritos en la pared de la iglesia de su pueblo cuando éste era lo suficientemente pequeño para que cupieran todos y en otros casos, en la lápida que los centros y casinos del país colocaron en lugar más visible del local social. El epígrafe generalmente era el de «caídos por Dios y por España» porque ambas denominaciones habían sido incautadas por el bando vencedor que en ningún caso podía admitir que un protestante o católico republicano hubiese muerto con el nombre del Ser Supremo en sus labios o que un combatiente socialista se sacrificara pensando en el mejor porvenir para *su* España. Esas dos palabras eran exclusivamente para uso de unos pocos elegidos, es decir los franquistas.

A menudo la lista estaba presidida por el caído más importante de la época: José Antonio Primo de Rivera, como símbolo nacional por encima de los muertos locales. Una excepción a esa costumbre la ocasionó el cardenal Segura que se negó a que el nombre figurase en la fachada de la catedral de Sevilla invocando las leyes canónicas que lo prohibían. Al parecer fue el único templo que consiguió librarse de la lápida a pesar de la cólera falangista que, según se comentaba entonces, había llegado a matar al secretario del prelado en una discusión frente al muro de la iglesia.

«Muerto» podía ser cualquiera pero «caído» sólo podía ser del bando vencedor. Esa palabra eufórica y altisonante era la traducción literal del *Gefallen* con que las tropas de Hitler recordaban sus muertos. La idea era honrar a los antiguos «camaradas» desaparecidos, otro adjetivo nazi y fascista que la Falange adoptó para llamar a sus miembros a pesar de la resonancia comunista que ese calificativo tenía en España.

El apoteosis de ese culto un poco morboso a los muertos existe en piedra berroqueña en el Valle de los Caídos que desde el primer momento se estableció que se refería a los «nuestros», es decir, a los del bando nacional. Y para remachar esa distinción el «valle» fue construido por los prisioneros políticos del tiempo a

los que el NO-DO de la época, al mostrarlos, calificaba vagamente de trabajadores sin precisar que además eran forzados. Uno de los que allí estaba y escapó de forma tan simple como rocambolesca ayudado entre otros por la escritora norteamericana Bárbara Solomón se llamaba Nicolás Sánchez-Albornoz, hijo del historiador y político don Claudio y que hoy es conocido por sus propios méritos como especialista en Economía y Sociología Españolas del pasado.

Cuando se terminó el monumento con mayor presencia que estética —José Bergamín dijo agudamente que le recordaba el Metro de Moscú y yo que he estado en ambos sitios coincido con él— fue inaugurado solemnemente por el jefe del Estado y muchos españoles que soñaban con la reconciliación creyeron ingenuamente que al hacerlo hablaría del final «real» de la contienda; que no habría ya vencedores ni vencidos bajo el inmenso e igualitario manto de la muerte. Naturalmente se equivocaron. En esa ocasión Franco pronunció un discurso en el que sólo recordó la victoria haciendo hincapié en la protección divina que les había permitido capturar, precisamente en aquella misma fecha, un buque cargado de municiones destinado a la defensa de Bilbao lo que contribuyó eficazmente al triunfo final en la campaña del norte.

Para ser precisos hay que añadir que en ciertos momentos y quizá pensando en el extranjero y su reacción se habló de que allí iban a estar enterrados muertos de ambos lados y al parecer se hicieron gestiones con algunas familias de «rojos» que lógicamente se negaron a entregar los restos de sus parientes para la propaganda franquista. De todas maneras esta es la consigna que todavía hoy repiten sin demasiada convicción los guías del monumento a los numerosos visitantes que realmente se impresionan con el tamaño de una basílica que, si no es más larga que la de San Pedro en Roma, fue como se dijo a su tiempo para guardar el debido respeto a la Iglesia papal. También desconciertan admirativamente las estatuas gigantes de Juan de Ávalos situadas alrededor de la gran cruz y visibles desde varios kilómetros a la redonda.

El monumento a los Caídos por Dios y por España de Cuelgamuros tuvo «hijos» más modestos en todas las ciudades y pueblos del país que no quisieron quedarse atrás en patriotismo y méritos ante la autoridad provincial competente. En la Plaza Mayor o en su defecto a la entrada del lugar un conjunto arquitectónico ad-

vertía a los visitantes que en aquella villa se honraba como el que más a los «nacionales» muertos.

Llegó la transición y la UCD que tan pocas cosas hizo, pasó de largo también sobre este aspecto del pasado. Pero con el cambio de octubre de 1982 la situación se hizo embarazosa. La piedra y sobre todo la inscripción correspondiente herían los ojos y los sentimientos de las autoridades socialistas llegadas al poder en tantos municipios de España. De buena gana los hubieran arrancado, pero la cosa no resultaba tan sencilla; primero porque la gente se había acostumbrado a verlo, especialmente cuando muchas veces era el único monumento del lugar, aparte de la Iglesia. Segundo, porque generalmente se trataba del centro de un conjunto armónico levantado para la ocasión con lo que su extracción dejaba un feo hueco urbanístico. En vista de esa situación algunos alcaldes llegaron a la salomónica solución de dejar el monumento y cambiar la inscripción que pasó de «caídos por España» a «en memoria de las víctimas de la guerra civil» aludiendo a todas ellas: los que perdieron la vida en el frente y los que murieron en la retaguardia por haber ido demasiado a misa o no haberse acercado nunca a la Iglesia, por estar subscrito al *ABC* o por leer *Frente Rojo,* por concurrir a la Casa del Pueblo o por evitarla.

Otras veces se ha decidido dejar el monumento primitivo, difícil de corregir material y estéticamente, para edificar otro. Este es el camino emprendido por el Ayuntamiento de Madrid que aprovechó el ya existente del 2 de mayo edificado en 1840 para recordar a las víctimas de los franceses en ese día y con cuya significación está prácticamente de acuerdo todos los españoles..., aunque también podría recordarse la honrada intención de unos «colaboracionistas» de José I.º que se llamaban Moratín, Meléndez Valdés, Marchena o Goya. Allí se ha puesto una ánfora de bronce con una llama eterna y la frase «honor a los que dieron su vida por España» términos suficientemente amplios y generosos para que en ella se sientan representados todos los que lo hicieron por una España roja o por una España blanca, por la monarquía o por la república, por la derecha o por la izquierda. Esperemos que con ello se calmen las ansias de desquite que animan a los españoles a cada cambio de régimen para manifestarlo de forma pétrea.

Lo que parece claro es que jamás en la historia ha habido unos difuntos, para usar una frase de moda, más utilizados.

El humor como huida y como ataque

Fue la simpática escapatoria de la opresión franquista, quizá la única permitida porque pensaron que nadie puede dañar provocando la risa. Cuando se dieron cuenta de que la ironía, además podía ser agresiva la persiguieron sin piedad.

El humor como refugio, el humor como arma

No fuimos los primeros ni seremos los últimos en utilizar el humor como escapatoria. No es casualidad que los pueblos más perseguidos del planeta —judíos y negros— hayan creado chistes sobre sí mismos mucho antes de que lo hicieran sus enemigos racistas. Reírse de las propias debilidades es una forma de adelantarse a los demás con lo que el ataque sarcástico pierde impacto. Burlarse de unos problemas domésticos permite, además, restarles importancia.

En circunstancias políticas adversas tipo dictadura el chiste sirve de consuelo primero —por fin nos podemos reír de algo— y de mínima venganza después. Yo no puedo evitar que el jefe supremo me mande unas cosas y me prohíba otras, pero al menos puedo desinflar su mayestático globo en mis tertulias de café y reuniones familiares convirtiendo esa figura imponente en una marioneta ridícula. La prueba de que esa actitud es general está en el hecho de que los chistes antidictatoriales se han usado prácticamente con las mismas palabras e intención a costa de gente tan diversa políticamente como Franco y Stalin, Mussolini y Ceasescu, Hitler y Amin, y aun rizando el rizo (ya que no eran dictadores «strictu sensu» aunque sí autoritarios), De Gaulle y Churchill.

Esa fórmula, sin embargo, valía sólo para el comentario clandestino; para la gente de a pie hacía falta un humor que pudiera publicarse. Claro que existía durante la contienda el humor partidista consistente en hacer una burla torpe y sangrienta de los enemigos, pero eso lógicamente duró sólo mientras se mantuvo la guerra civil. En cuanto terminó desapareció de la prensa.

En su lugar nació el humor llamado del absurdo; esa fórmula que sólo años más tarde hizo famosos a Ionescu y a Beckett surgió en España en los años cuarenta y a lomos de *La Codorniz;* esta revista había sustituido a un semanario llamado *La Ametralladora* con el mismo grupo dirigido por Miguel Mihura, Tono como principal colaborador y a un jovencísimo Álvaro de Laiglesia como secretario de redacción. La diferencia de título correspondía a una diferencia de estilo; el arma bélica había sido substituida por un pájaro de aire inofensivo y un poco «ausente»: *«La Codorniz/* es un ave/ paticorta/ que tiene un pico/ en la nariz», como decía su himno compuesto por otro colaborador llamado Edgar Neville. La fórmula de la nueva revista consistía en alejarse del mundo disciplinado, severo, «imperial» de entonces por el camino de lo lejano y abstracto. La idea no era nueva; venía de Italia donde había nacido por las mismas razones que en España, o sea porque el régimen dictatorial que allí se llamaba fascismo impedía cualquier alusión a las cosas concretas de la vida tanto de lo que decía el gobierno dentro como de lo que pensaban de él fuera.

La Codorniz imitó descaradamente a esa prensa y «don Venerando», por ejemplo, era tan famoso aquí como en Italia, pero fue introduciendo también un humor hispánico desgarrado y divertido, especialmente para los jóvenes a los que se dirigía prioritariamente la revista. Sabemos que la gente es nuestra, decía Mihura en un artículo revelador de su intención, cuando reaccionan de acuerdo con nuestra simbología. «Si alguien le pide un huevo frito a un revisor de ferrocarriles, por ejemplo, el funcionario podrá quizá contestar con cajas destempladas, pero si es lector de *La Codorniz* sonreirá y le dará efectivamente un huevo frito en lugar del billete.» Se formaba así una minoría que vivía en circunstancias distintas, en un mundo aparte y era curioso que habiendo ganado la guerra civil la gente tradicional y conservadora, *La Codorniz* que no podía —ni quería porque Mihura era muy conservador— criticar las líneas generales de esa política sí se burlaba de la faceta social de los ganadores. Así, las «frases hechas»

usadas normalmente en los salones eran burlonamente imitadas por los personajes de los chistes de Herreros, de Tono, de Mihura. El «eso se lo dirá usted a todas» típico dengue de señorita de provincia se ridiculizaba al emplearse en circunstancias asombrosas; a veces era la respuesta a la advertencia a la muchacha de que estaba sentada en un banco recién pintado. «Esa cara la he visto yo en otro sitio» en la versión de Tono recibía esta respuesta: «Pues me extraña porque siempre la llevo aquí conmigo.» En cierta manera lo que hacían los escritores «absurdos» de *La Codorniz* era por el contrario infundir lógica a expresiones repetidas incesantemente por pura pereza de buscar fórmulas nuevas. Se ha dicho que en ese humor había un contenido anarquista en el sentido que puede serlo el bohemio, el hombre que se niega a aceptar como sacrosantas la legislación y la costumbre.

Si era anarquismo la autoridad no lo notaba porque estaba difuso en un lenguaje que no entendía por nuevo y juvenil. La prueba es que la revista no tuvo ningún problema con la censura hasta que la dirección recayó, retirado Mihura, en Álvaro de Laiglesia que quiso hacerla más actual y combativa. Los ataques generales y vagos empezaron a precisarse, se apuntó a acontecimientos diarios y corrientes. Primero fue la vida ciudadana, desde el mercado a la Policía Municipal, pero poco después se fue elevando el punto de mira y empezaron a caer los obuses en la línea de flotación del Gobierno.

Entonces se desencadenó la lucha; naturalmente en ella tuvo las de perder el más débil de los rivales, es decir, el semanario al que no le valió la excusa reiterada de que se trataba de una revista de humor. El 29 de octubre de 1972, Evaristo Acevedo mete en su «Cárcel de Papel» al ministro de Obras Públicas por las diferencias demostradas entre la retórica triunfalista sobre el tren, «El Ferrol-Gijón» y el triste estado de esa línea férrea, según testimonio de los periódicos regionales. «Infracción al debido respeto a las instituciones y personas», advierte el censor utilizando el cómodo artículo dos de la Ley de Prensa de Fraga, artículo que negaba por sí solo la libertad de los demás.

Pero lo que llenó el vaso de la poca paciencia del gobierno fue la burla que hizo de la prosa alambicada con que Fernández Miranda quería insinuar que iban a ocurrir cambios en la política española con una posible apertura, sin que sus palabras fuesen una provocación peligrosa para la extrema derecha que andaba por entonces (1972) con la antena puesta para detectar las manio-

bras de los «rojos» emboscados. Ésas fueron las palabras de Fernández Miranda:

«Nosotros queremos asociaciones políticas que no sean partidos políticos, pero para hacer esta afirmación hay que hacerla con todas sus consecuencias y entonces hay que buscar cuales son las notas características del partido político y si nosotros quitamos de esas notas algunas echamos agua al vino, pero seguirán siendo partidos políticos más o menos modificados y más o menos destruidos y si quitamos todas las notas del partido político ¿queda algo que se pueda llamar de verdad asociaciones políticas?»

... con lo que se llegaba a una fórmula prototipo de ambigüedad: «La posibilidad de distintas corrientes de tendencias dentro del Movimiento con fidelidad a los principios de una pluralidad de tendencias o de corrientes en el mecanismo de la acción política.»

Prácticamente, a Evaristo Acevedo le bastó reproducir este galimatías con mínimas notas irónicas para tener motivos más que sobrados de meter al ministro en su «Cárcel de Papel». La irritación fue grande y su resultado el oficio que se envió a *La Codorniz* en el que se le acusa de «desacreditar ante la opinión pública a las Instituciones y personas a las que se ponen en entredicho... mediante la utilización de un léxico hiriente o mortificante o por el empleo de frases y conceptos afrentosos para ridiculizar y desacreditar altas personalidades de la vida política y administrativas de la nación lastimando su prestigio en el concepto público».

... con lo que se le hacía pagar a *La Codorniz* doscientas cincuenta mil pesetas (de entonces) y lo que era peor la clausura de la revista durante cuatro meses (febrero a junio de 1973).

Multa y cierre que se repitieron en 1975 con motivo de un «diálogo de alcoba» alusivo al ministro de Educación Cruz Esteruelas que irritó muchísimo; el censor que volvió a recordar que «no hay humorismo que valga como excusa para ocultar un intento de desacreditar ante la opinión pública a Instituciones y personas». La suspensión esta vez fue de junio a septiembre.

Fue la última ocasión para que el gobierno hiciera uso de sus poderes omnímodos. Tras la muerte de Franco, el 20 de noviembre del mismo año, se intentó pero no se consiguió detener el audaz impulso de los humoristas españoles. A los Mingote y Chumy-Chúmez de antes se unieron los Forges, Perich, Martín Morales, Peridis con esbozos acertados y «pies» incisivos que hicieron popular el gremio hasta el punto de que la combinación escritor-dibujo llegó a menudo al best seller en forma de libros. Hoy,

pasado el tiempo y sedimentado el caudal que se provocó por la ruptura de la presa, el tono medio del lápiz humorístico español tiene una categoría y un número francamente superiores a cualquier grupo parecido en países como Francia, Inglaterra, Alemania, Italia e incluso en los Estados Unidos, país donde el dibujante de humor ha tenido siempre una autoridad que le permite acceder a los principales periódicos de la nación.

La monarquía, esa sorpresa

Una institución considerada antigua y «obsoleta» por tantos españoles se ha convertido en la proa de los moderno, de lo justo, de lo libre y de lo demócrata. El milagro se debe a un hombre llamado Juan Carlos.

La monarquía

Hace años los partidarios de la monarquía en España eran una minoría; en ella figuraban los aristócratas nostálgicos de los viejos tiempos palaciegos a los que se habían unido unos cuantos políticos convencidos de que la solución de la era posfranquista estaba en una cúpula monárquica que albergase, sin entrar en los roces partidistas de la política, los diversos grupos que tenían que configurar la nueva España democrática. Se trataba pues, de una extraña unión de gente de carácter tradicional y gente de carácter «ilustrado». Los primeros pensaban sólo en el pasado y los segundos sólo en el futuro; para unos el Rey era el único señor posible por decisión de la historia; para otros el único árbitro que podía llevar a buen puerto la España que surgiera tras la muerte de Franco.

Insisto en que esas dos agrupaciones eran de una pequeñez numérica angustiosa. La inmensa mayoría de los españoles veían la monarquía como un tema lejano y distante de su conocimiento y de sus aficiones. Para la izquierda representaba algo periclitado que había desaparecido para siempre en 1931 y el hecho de que la propugnase Franco la hacía más odiosa a sus ojos. La fotografía, tan repetida, del príncipe Juan Carlos junto al Caudillo les hacía

pensar en una concatenación entre los dos sistemas por lo que al presunto heredero se le veía con desconfianza si no con antipatía. En cuanto a la derecha general, la franquista, había sido preparada desde el final de la guerra civil para que odiase todo lo referente al régimen histórico español. Los «Flechas» cantaban animados por sus jefes, «no queremos reyes idiotas» y los textos de historia recordaban continuamente a los estudiantes que la decadencia de España había empezado con los Borbones; que éstos no habían sabido solventar ninguno de los problemas que afectaban a la patria haciéndola desembocar en la malvada República de cuyos excesos habíamos salido gracias a la espada victoriosa del Caudillo. El pretendiente don Juan había sido atacado por la prensa del régimen, la única que podían leer los españoles entonces, con motivo de los manifiestos en que pedía públicamente que se devolviese a España el régimen monárquico y con él la democracia. Cuando las relaciones entre Estoril y El Pardo empezaron a mejorar el trato a don Juan pasó del odio a la negación de su existencia. Hasta 1955 no pudo publicarse en un periódico español su fotografía y aún en ese momento —fue en *ABC* y con motivo de su fiesta onomástica— se precisó estrictamente por parte de la censura el tamaño, mínimo, en que podía aparecer.

En cuanto al príncipe aún después de su nombramiento como tal (1969) se procuraba que su figura no fuera excesivamente popular. El silencio oficial a que le sometía provocó en la gente la impresión de que se trataba de persona poco dotada para la comunicación incluso de poca inteligencia, impresión que pasó incluso al extranjero. Recuerdo que en una visita a Chile y en un almuerzo en «La Unión», lugar de elite de Santiago, un comensal me preguntó si era verdad que el príncipe era tonto. «Mire usted—le conteste— no sabía que en este almuerzo íbamos a tratar del índice de inteligencia de nuestros líderes, es decir de Pinochet o el futuro rey de España, pero ya que se ha planteado la pregunta quiero contarles una anécdota; en un viaje a París don Juan Carlos se encontró con un antiguo compañero de colegio refugiado político en Francia al que le dijo: ¿Sabes que en España creen que soy tonto? Señores —resumí— no conozco a nadie que, siendo tonto, haga esa pregunta porque el que lo es de verdad no intuye que su incapacidad intelectual sea pública».

Así estaba la imagen de la monarquía hace veinte o quince años; vista por la mayoría de los españoles y por razones distintas de una forma que oscilaba entre el odio y la indiferencia.

Hoy, asombrosamente, esa estampa ha cambiado totalmente. Todos los observadores del panorama político español están de acuerdo en que casi todo nuestro pueblo es ahora monárquico o, si se quiere precisar más, es «Juancarlista». La actitud hacia el régimen antiguo puede seguir manteniendo un recelo histórico, pero la que nos une con el actual monarca es definitivamente amistosa. De esa admiración, de esa entrega, sólo difieren tres grupos mínimos: Los comunistas de extrema izquierda, el PC marxista-leninista que sigue enarbolando la bandera republicana al lado de la roja, los falangistas «auténticos» que no pueden aceptar el desvío hecho por el Estado de las líneas marcadas por el general Franco y, curiosamente, los *únicos* monárquicos de verdad, no pragmáticos, que había en el pasado. Ésos se quedaron decepcionados al comprobar que la realidad era muy distinta de su sueño monárquico, que ese rey, a pesar de las insinuaciones que se le hicieron al subir al trono, no pensaba en absoluto resucitar a los gentilhombres de S. M. con Ejercicio y Servidumbre ni a las Damas con iguales cometidos; que no iba a nombrar Grandes de España con la ceremonia habitual «cubríos don Fulano» ni aceptaría besamanos ni *Tedeum* en Palacio. Por otra parte, muchos de ellos se sintieron profundamente turbados cuando al ser invitados por su categoría social a las fiestas de Palacio, se encontraron con que tenían que compartir mesa y manjares con representantes de la nueva España política y sindical, muchos de los cuales habían tomado parte en la persecución de sus familiares durante la guerra civil. En algunos casos esa sorpresa disgustada se convirtió en incidente aparatoso. Un duque se levantó airado con su mujer de un banquete en el Palacio Real cuando vio entrar, como otro invitado más, a Santiago Carrillo. El aristócrata explicó su actitud más tarde recordando que la pluralidad política, que él aceptaba en principio, no lo obligaba a comer con quien consideraba responsable de la matanza de Paracuellos, donde habían caído varios parientes tanto de él como de su esposa.

Son excepciones que confirma la regla puesta en manifiesto justamente en la lista de invitados aludida. El rey, con esa diversidad social y política reflejada en ella, estaba cumpliendo su promesa al aceptar la corona de España. La de ser rey de todos los españoles sin diferencias de derechas e izquierdas, marqueses o jefes de sindicato. Y naturalmente sin discriminar según el pasado de cada uno.

Y lo ha hecho deshaciendo el entramado que Franco —ahí falló su reconocida astucia— estaba seguro de haber dejado «atado y bien atado». Poco a poco, con paciencia de santo y actividad de pasillos menos santa, fue resolviendo la difícil circunstancia, la de un rey liberal enjaulado en una legislación dictatorial, logrando llevar al país desde un estado fascista a una democracia plena. Se valió para ello de dos hombres claves: Fernández de Miranda, el leguleyo que conseguía lo que no podía decir o insinuar como primer espada y a su lado un vivaz y ágil peón de confianza llamado Adolfo Suárez que maniobró en la calle, en la prensa y en los círculos de presión mientras el primero lo hacía en las Cortes.

Importantes los dos pero ninguno de ellos hubiera podido llevar a cabo su misión de no estar apoyados por la figura de don Juan Carlos que, además de ser el cerebro de la operación, era también su paraguas valedor cuando las medidas tomadas resultaban intragables para el franquista por vocación de intereses creados. «Eso lo sabe el pueblo y lo que no sabe lo intuye.» Por otra parte, en el triunfo de la imagen en que vive hoy el mundo, España no es una excepción y la visión de un monarca de buen aspecto físico que en las ceremonias oficiales lleva la cabeza a personalidades de otros países —incluso en Gran Bretaña— agrada a la gente. Les gusta también su sonrisa, ese romper las filas policiacas para dar la mano al pueblo —¿cuánto había hecho eso Franco?—; les encanta verle deslizarse por una pendiente sobre los esquíes o agarrar el timón de un barco de vela y esa admiración y afecto la trasladan y amplían a la familia, especialmente a la reina, una auténtica «profesional» de la realeza en el mejor de los sentidos, siempre dispuesta a acudir a toda clase de ceremonias, con memoria fácil para recordar amablemente circunstancias de la vida de quien la salude. Alguien que consiguió que un poeta comunista llamado Rafael Alberti parodiara agudamente un verso clásico en su honor:

«Esta reina se lleva la flor
que las otras, no.»

Y las dos infantas y sobre todo ese príncipe que miles de hogares españoles han «prohijado». «¿Has visto qué guapo?» Cuando llegó a superar al rey en estatura hubo en muchas casas una alegría cómplice: «¡Fíjate, más alto que su padre!» Pero es que en él además tenemos los españoles una esperanza de continuidad,

de que siga la racha de suerte que en este país, tan afortunado en arte, paisaje e individuos famosos, no acostumbra a soplar al tratarse de nuestros políticos. Con la continuidad de la dinastía ven la continuidad de un arbitraje tan necesario en los enfrentamientos apasionados de nuestro país.

Del respeto que los españole tienen a la monarquía da idea el hecho de cómo los medios de comunicación la tratan. No existe una ley que prohíba aludir a la familia real de forma indiscreta. No hablo del insulto al rey que sí está penado sino de la forma en que se podría comentar la ropa que viste, la gente que trata o algún defecto físico que pudiera tener. Esto jamás se menciona en los textos y en la elección de fotografías los directores de publicaciones rechazan las que los presentan de forma poco estética o ridícula, lo que sería muy fácil dada la insistencia con que las cámaras les persiguen día a día, hora a hora.

Igualmente ocurre con el dibujo humorístico. El único que se atreve a situar a don Juan Carlos entre sus «animalitos» es el gran Peridis y aun en esas descripciones gráficas el monarca, dentro de la exageración caricaturesca, es presentado siempre como un hombre entregado totalmente a su deber y consciente de las limitaciones a que le obliga la Constitución que ha jurado; sale más como un padre que se preocupa de las travesuras de sus hijos que como un jefe que intente imponer su voluntad.

Estamos, pues, muy lejos de la forma sarcástica con que la oposición trataba a Alfonso XIII, el último jefe de Estado español que actuó con libertad de prensa y cuyos ejemplos de sátira y acusación agria he recopilado en parte en mi «España política del siglo XX» (Barcelona, 1975.) Hoy, el único órgano periodístico que critica abiertamente al rey es el poco difundido del Partido Comunista Marxista-Leninista, que, fieles a su republicanismo histórico, considera al monarca como mero sucesor de Franco y defensor de la oligarquía que oprime al proletariado español.

Todos los demás han adoptado, sin prepararlo ni ponerse de acuerdo, la actitud de la prensa británica ante la Corona. Procuremos dar de la institución una imagen amable *precisamente* porque no nos obliga nadie a ello; tratemos a la monarquía con respeto porque se trata de algo consubstancial con todos nosotros; es la institución común y nos interesa mantenerla por encima de los chismes que se puedan contar de la vida de otros ciudadanos.

Naturalmente que tanto en el caso británico como en el español se presupone que esa familia real hace honor al respeto que

recibe, es decir, que su vida está entregada a su pueblo total y desinteresadamente. Si la reina Isabel II o el rey don Juan Carlos se viera envuelto en un asunto turbio de tráfico de divisas o de influencia política, si robara o matara, lógicamente la prensa de aquí como la de allí reivindicaría el derecho de expresar libremente el juicio que les mereciera. Pero mientras, como ocurre ahora, cumpla con su deber, los medios de comunicación han decidido gentilmente dejar a la familia real al margen del chismorreo e insinuaciones que usan al hablar de los demás españoles, excepto algunas simpáticas referencias al posible noviazgo de las infantas. Sin pretenderlo, prensa y radio, hacen suya la teoría de la obra de Rojas Zorrilla, *Del rey abajo, ninguno...* puede salvarse de la crítica. Él, sí.

He empezado este capítulo hablando de los pocos monárquicos que había en este país en los años cuarenta. En los ochenta el único referéndum que el Gobierno estaría seguro de ganar por una mayoría tan aplastante que parecería amañado sería el de preguntar a los españoles: «¿Queréis que siga el rey?»

Política exterior o nuestro eterno complejo

Hay algo asombroso y triste en nuestras relaciones externas. Desde los tiempos de la II República a través de Franco y aun de la Transición y el Cambio, el país padece continuamente el más infantil de los temores ante el qué dirán y el qué harán los países extranjeros.

«Por España vaga un fantasma, nosotros le llamamos el árabe.» Parafraseando a Rafael Alberti resulta curiosa la constante presencia del síndrome árabe en nuestros gobiernos sucesivos, permanencia en la que pesan varias influencias históricas y políticas. Naturalmente, la primera es la procedencia africanista del propio Franco y de los generales que le rodearon durante la contienda como Millán Astray, Mola, Yagüe, Orgaz, Varela... el mismo Sanjurjo que iba a ser el jefe del Estado proclamado por los rebeldes había alcanzado en Marruecos sus primeros ascensos de guerra.

A esta vocación y *saudade* africana hay que añadir como es lógico la incorporación de miles de marroquíes a las fuerzas de Franco integrados en los «Regulares»; esa incorporación fue auspiciada por el jalifa de Marruecos y su visir de Tetuán que fue condecorado con la Gran Cruz Laureada de San Fernando (el Rey Santo, conquistador de la mahometana Sevilla, debió revolverse en la tumba) por calmar a las masas moras que acusaban a los militares sublevados de haber atraído el fuego de los buques republicanos sobre aquella ciudad.

Luego fue la creación de la Guardia Mora de Franco, detalle plástico que impresionaba a propios y extraños al verle desfilar

con sus mantos azules y sus chilabas blancas en un cromatismo que llegaba incluso a pintar de plata los cascos de los espléndidos caballos.

La política proárabe fue una constante del régimen que se declaraba además continuamente como antisemita achacando a los judíos gran parte de los males de España y esta actitud amistosa se aprovechó para asegurarse el voto de los países de religión musulmana cada vez que surgía en las Naciones Unidas un ataque contra el Gobierno español. Era un bloque compacto con el que se podía contar siempre junto a otro, también bastante homogéneo, de las naciones centro y sudamericanas. Mientras los países occidentales votaban regularmente «no» a las pretensiones franquistas de incorporarse al conjunto mundial, los delegados de esos dos grupos mantuvieron esforzadamente la puerta entreabierta primero y totalmente franca después para que ingresase un gobierno al que se le había aplicado la cuarentena política por haber ayudado a los vencidos de la segunda guerra mundial.

Esa política proárabe se mantuvo a pesar de las «bofetadas» que a menudo nos asestaban nuestros históricos amigos y aliados. Como, por ejemplo, el violento e inesperado ataque a Ifni o la «marcha verde» con la que España fue definitivamente arrojada de África con la excepción de Ceuta y Melilla, enclaves que reclama Marruecos como tierra irredenta cuando los problemas internos obligan a buscar una causa que distraiga a los marroquíes transvasando al «rumi» (cristiano) su irritación nacional.

Esa línea exterior se mantuvo desde los primeros años del régimen de Franco hasta que terminó... y asombrosamente prosigue en el día de hoy. Ello tenía una cierta lógica en el tiempo de la UCD cuando estábamos obligados a no enemistarnos con quienes podían perjudicar el débil estado de la Transición con agresiones en el estrecho y así Suárez no vaciló en abrazar y besar públicamente a un Arafat que ni para ese gesto afectuoso se desprendió de la pistola. Era el tiempo además en que los millonarios musulmanes recuperaban económicamente porciones de tierra andaluza que habían perdido militarmente en el siglo XV y la seguridad de los árabes era tan grande que consideraban a este país como una prolongación de sus intereses, un país que no podía hacer ningún acto inamistoso contra ellos por muchas provocaciones que efectuaran. Así, el vicepresidente de Libia pronunció en un almuerzo ofrecido por Arias Navarro, en Madrid, tales diatribas contra España reclamando urgentemente la entrega de Ceuta y Melilla a

Marruecos, que el jefe del Gobierno español tuvo que renunciar a leer el discurso con que aludía, líricamente una vez más, a los lazos que nos unían con los seguidores de Mahoma o como cuando quince embajadores de países musulmanes en Madrid llegaron sin anunciarse a la Moncloa exigiendo que saliese del Consejo de Ministros el presidente Leopoldo Calvo-Sotelo. La razón de esa intemperante visita era la noticia según la cual Madrid iba a ser sede de un Congreso Sionista Mundial para el que el rey había aceptado ya la presidencia de honor. Calvo-Sotelo interrumpió el Consejo, salió a hablarles y les aseguró que el Congreso no se realizaría; como así fue. Años después Gadaffi nos amenazaba directamente tras el bombardeo USA y nosotros seguimos sonriendo beatíficamente.

La agresión de los barcos de guerra marroquíes contra los españoles lleva años sin que en ningún caso que yo recuerde haya sido contestada con la misma eficacia bélica. Ha ocurrido, eso sí, que un avión militar contestando al SOS del pesquero agredido llegara a tiempo de contemplar el ataque, hiciera varias pasadas entre el entusiasmo de los marineros españoles, diera una vuelta... y se volviera a su base canaria. La consigna de no responder jamás a los tiros moros es tan estricta que la lancha torpedera atacada por el Polisario en el verano de 1985 llevaba el cañón del puente cubierto con una lona «para protegerle del salitre» como aseguró muy seriamente la explicación oficial del ministerio de Defensa. Ni siquiera la muerte de uno de los marineros obligó al capitán a contestar al fuego con fuego en defensa propia.

Y con la llegada de los socialistas cuando todos pensábamos que iba a cambiar la actitud servil de los gobiernos españoles ante el Islam siguió la misma actitud. Asombroso teniendo en cuenta que el Partido Socialista desde Marx ha estado siempre infiltrado por judíos y que Simón Péres había sido uno de los mentores y consejeros del joven Felipe González... además de que entre «los barones» del PSOE destacaba un Enrique Mújica Herzog de origen, si no de confesión, hebrea.

No ocurrió nada de lo esperado. A las lógicas demandas de Israel para intercambiar embajadores, a las preguntas de muchos intelectuales sobre la discriminación incompatible con la internacionalidad amplia propia del socialismo, el Gobierno contestó utilizando exactamente los mismos pretextos que había empleado su gran enemigo político, el partido de UCD. «No era el momento oportuno», «cuando se llegue a la paz en el Oriente Próximo»,

«nuestra ancestral amistad con los árabes»... En vano se le recordaba al Gobierno que si fuera obligatoria la condición de ausencia de problemas bélicos España no habría podido mantener relaciones diplomáticas con docenas de países enredados en guerras más o menos violentas contra vecinos o con minorías dentro de sus propias fronteras; caso de las Filipinas o El Salvador con sus guerrillas, de Turquía con los kurdos o la lucha en el Afganistán, por ejemplo. Y que en lo que se refería a la irritación que polía causar ese reconocimiento a los países productores de petróleo, España no había tenido nunca trato preferente cuando se trató de comprar el «oro negro» de los años de la crisis pagándolo al mismo precio que los países que no tenían ninguna vinculación histórica o de sangre con los árabes. Y en fin, que la inmensa mayoría de estados del mundo mantenían simultáneamente relaciones con Israel y con los vecinos de éste sin que, al parecer, se considerara ello una ofensa.

Daba igual. La contestación del Gobierno González admitía que lógicamente había que iniciar relaciones diplomáticas con Israel, pero «en el momento adecuado», momento que podía retrasarse por cualquier acción por parte judía —el bombardeo de una base de la OLP, por ejemplo— porque entonces «no nos ayudan». Parecía que seguía manteniéndose en el espíritu español el concepto generado en el tiempo de Franco y que se basaba, como decía antes, en un antisemitismo primario. Según él los judíos no tenían relación ninguna con el alma española a pesar de haber estado aquí tantos siglos como los musulmanes; por el contrario, eran enemigos natos de su grandeza aliándose siempre con otros enemigos ancestrales. No en balde uno de los conceptos más repetidos de la propaganda franquista colocaban al israelita en cabeza de la letanía contraria a nuestra historia: judeo-masónico-rojo-separatista. Y sólo en 1986 la presión de la CEE y la de los EE. UU. consiguió restablecer unas relaciones diplomáticas que resultaban obligadas por la historia y por la lógica.

La persistencia del complejo de inferioridad ante los árabes, sin embargo, es sólo parte de la general española ante los países extranjeros, quizá debido a que el último enfrentamiento importante de nuestra historia, el de 1898, se terminó con una derrota tan total que llegó a imprimir carácter.

Hay un fenómeno curioso en el franquismo que no recuerdo haya sido comentado por nadie. Los enemigos del régimen que combatían los principios expuestos por éste no han ironizado so-

bre lo poco que esos principios correspondieron a la realidad. Por ejemplo, la fórmula trinitaria tan proclamada de «España una, grande y libre» sólo tuvo valor de promesa cumplida en el primero de sus adjetivos. Efectivamente, mientras Franco mantuvo las riendas del poder, España estuvo unida y aun férreamente unida. Se prohibió en el País Vasco y Catalán el uso del idioma vernáculo en la prensa, la radio, la televisión, incluso en la Iglesia como ya hemos visto.

Poco a poco a medida que el poder se relajó y se insistió desde la periferia fue cediendo la presión centralista y la Iglesia, la poesía, la novela, el teatro y la radio en este orden aproximado fueron dejando oír su vez en euskera y catalán. Pero políticamente todo seguía dependiendo de Madrid y la palabra Estatuto fue considerada durante mucho tiempo una blasfemia. España en tiempos de Franco fue realmente Una.

Pero en lo que se refiere a lo de Grande... resulta curioso que el régimen que subió al poder que reclamaba y aun exigía la vuelta a nuestro dominio de los lugares que ocupó en tiempos del Imperio (ahí está el libro oficioso y aclamado que se llamó *Reivindicaciones de España)* contradijera de tal modo con su actuación esas premisas. En 1936, España tenía además de la Península e Islas, Marruecos, Ifni, Fernando Poo y Annobon, Sahara español, Guinea Ecuatorial... Al morir Franco tras casi cuarenta años de poder, esas inmensas posesiones habían quedado reducidas a Ceuta y Melilla, resultado más cercano a la historia de *La piel de Zapa* de Balzac, que a los sueños de Hernando de Acuña, tan citado por los autores del tiempo. Habría que haber oído a los cronistas de derechas si esas pérdidas territoriales hubieran ocurrido cuando en España mandara la izquierda a cuya influencia nefasta se debía, según ellos, todas las catástrofes exteriores españolas empezando por la de 1898. Y en este caso no cabía siquiera la excusa de un poderío militar como el de los EE. UU. de América; aquí se trataba sólo del débil reino marroquí o de unos independentistas guineanos de mínima capacidad militar. Naturalmente el Gobierno de Franco no tenía razones para explicar cómo un estado «viril y vigilante» sufría ese fracaso pero sí podía evitar que surgieran las razones contrarias con la poderosa arma de la censura y así los españoles, testigos asombrados de aquel reparto de despojos, se enteraron por la prensa, radio o TVE de los valores *positivos* de aquellas pérdidas. Los pedazos de tierra que ayer eran «sacrosantos depósitos» de la patria se liberaban ahora de

acuerdo con la inteligente sabiduría política del Caudillo que se adelantaba a su tiempo reconociendo la natural inclinación de los pueblos a la independencia.

Y, por fin, la última parte de la trilogía famosa: Libre. La ironía no es tan obvia como parece a primera vista porque ese adjetivo no se entendía entonces en el sentido de libertad ciudadana o individual. Ni los más audaces propagandistas se atrevían a ello; por el contrario, se mantenía oficialmente la necesidad de una disciplina férrea que sujetara y obtuviera así más del volátil y poco de fiar ciudadano español. Lo que rotundamente afirmaba el ideario falangista de José Antonio Primo de Rivera, convertido en consigna estatal, era que el país no debía estar nunca mediatizado por armas o economías extranjeras sino que tenía que seguir insobornablemente un camino propio.

Como se sabe tampoco este adjetivo correspondió a la realidad. La España de Franco se situó en cuanto empezó la segunda guerra mundial, ideologica sino materialmente —aparte de la División Azul—, en el bando del Eje y los submarinos alemanes e italianos se aprovisionaron libremente en puertos españoles mientras el uranio emprendía el camino de Alemania. Tras la derrota del Eje podía haberse hablado de una «España Libre» porque sola y abandonada por todos no tenía más remedio que ser independiente. Pero en cuanto pudo dejó su orgullosa pobreza para ponerse a las órdenes de dos poderes que la protegieran de sus numerosos enemigos: el espiritual representado por el Vaticano y el militar en la figura de los Estados Unidos. Quien esto escribe se encontraba en Roma cuando se iniciaron las gestiones para el concordato y mi información erae que las presiones incesantes de Madrid fueron acogidas por el Papa con gran frialdad. El Vaticano acusado en algunos sectores europeos de silencio culpable ante la matanza de los judíos (triunfaba en la escena del tiempo la obra de denuncia *El Vicario,* escrito por Peter Weiss) no tenía el menor interés en asociarse públicamente con un amigo declarado de Hitler como había sido Franco. Ante la insistencia del embajador español el Papa buscó una salida airosa: Redactar un boceto de tratado en el que las ventajas vaticanas fueran tantas que Franco no tuviera más remedio que rechazarlas en aras de su, tantas veces proclamada, dignidad nacional. El embajador escandalizado hizo llegar el proyecto a El Pardo aconsejando en ese sentido y la respuesta fue inmediata y tajante: acéptelo.

El mismo año el Gobierno de Franco mostró su misma idea de

«Libertad», firmando con Estados Unidos el tratado que permitía a ese país mantener en suelo español una fuerza militar aérea capaz de atacar desde allí toda Europa y el norte de África. Oficialmente para explicar de alguna manera esa contradicción de una España «dueña de sus destinos» se aseguró que se trataba de Bases Conjuntas y que la bandera española ondearía en ellas en el mástil más alto, pero los hechos no respondían a este espejismo. Durante muchos años la aviación USA situada en España actuó dependiendo sólo de las órdenes del Pentágono. Yo recuerdo una conversación que, tras una cena prolongada en copas, mantuve con un piloto norteamericano de Torrejón. Su misión regular, me confió, consistía en el espionaje a gran altura de la frontera soviética con Turquía. «¿Y cada vez que salís tenéis que informar y recibir autorización del mando español?», me miró sonriendo y no dijo más; ni falta que hacía. «España Libre».

Las «bofetadas» exteriores siguieron recibiéndose tras la muerte de Franco por parte de los gobiernos de la transición. Así, Argelia —otro «hermano» árabe— cede sus micrófonos a un separatista canario llamado Cubillo para que dedique sus emisiones diarias a insultar a España a la que considera opresora de las Islas Afortunadas. El Gobierno de UCD envía unas modestas quejas al argelino, quejas que no son siquiera contestadas, pero en ningún momento se le ocurre tomar represalias ofreciendo una emisora oficial en Algeciras o Alicante para que los partidarios del derrocado Ben Bella puedan aplicar al gobierno de Boumedian la misma medicina que Cubillo aplicaba al nuestro.

Y luego naturalmente está Francia que, camiones volcados aparte, comete durante años la tremenda ofensa de dar asilo político a la ETA permitiendo que a pocos kilómetros de la frontera española se cobre casi públicamente el impuesto revolucionario y que los que vuelven de asesinar en Madrid o San Sebastián recobren fuerzas y curen sus heridas. La respuesta en ese caso no tenía por qué llegar a una confrontación militar para lo que no estábamos preparados ni siquiera a una ruptura de relaciones que no podía aceptar el enfermizo temor a la soledad que España tiene desde las sanciones mundiales contra Franco. Hubiera bastado, como en el caso de Argelia, responder al enemigo con las mismas armas, es decir, aplicando la misma generosa política de asilo y comprensión a los separatistas corsos para que desde Figueras o Pamplona preparasen sus expediciones punitivas «contra el país que oprimía al suyo» tal y como realizaban los vascos.

Ese complejo de miedo a molestar al extranjero sigue existiendo en tiempos de Felipe González. Sólo así puede explicarse la humilde actuación con que se acogen iniciativas extranjeras insultantes para nuestra soberanía y prestigio. Un ejemplo: Fidel Castro quiere venir a España y al Gobierno del PSOE no le parece oportuno el viaje y le da largas. Entonces el mandatario cubano comunica —no pregunta ni pide— que hará una escala técnica en Barajas y además acommpañado, para «suavizar» el golpe, del presidente de Nicaragua, Ortega. Era una forma burda de forzar la mano del Gobierno español colocándole ante el hecho consumado y la respuesta de Felipe González ante ese flagrante caso de chantaje político era clara y obvia. Ya que oficialmente se trataba de una escala técnica —casi una parada de emergencia— el lugar de encuentro debía de haber sido sólo el aeropuerto. La obligación cortés del jefe de Gobierno al saber el incidente que le permitía *casualmente* saludar al jefe del gobierno cubano era acudir a saludarle y permanecer con él hasta que el avión hubiese estado dispuesto para reemprender el vuelo. Por el contrario se lo llevó a la Moncloa de forma oficial invitándole a almorzar y paseándole por Madrid permitiendo a Fidel Castro el triunfo político que quería y la atención obligada de la prensa española para que él pudiera exponer sus opiniones sobre los problemas del mundo en general y de los Estados Unidos en particular según su costumbre.

La timidez de este país en estos casos es algo triste; cualquier desafuero que se nos haga se da por terminado y resuelto en el mismo momento en que el ofensor insinúa una excusa. Así en el viaje de Felipe González a China cuando su avión fue rechazado por dos países, Irán y Bulgaria como si se tratara de un enemigo en potencia o de un leproso del aire que pudiera contaminar con su presencia el espacio patrio. El avión oficial español fue dando vueltas y rodeos hasta multiplicar por tres el tiempo previsto para llegar a Pekín. Escándalo en el pueblo español.. que no comparte evidentemente el Poder Ejecutivo. Apenas reciben las más ridículas explicaciones del mundo, «había guerra en Irán», «los controladores búlgaros no habían recibido noticias de vuelo», la cara sonriente del portavoz del Gobierno apareció en la pantalla de Televisión Española: «Nos han presentado excusas muy satisfactorias, nos lo han explicado; todo arreglado, no hay problema.» Uno intenta imaginar cuál hubiera sido la reacción de cualquier dignatario de un país occidental —no hablo ya de los del tercer

mundo que son mucho más vidriosos— ante un desaire parecido. Pero aquí parece claro que el famoso y tradicional orgullo español no tiene la menor oportunidad de manifestarse cuando el ofendido no es el individuo sino el Estado.

La reina Sofía va a México y la recibe en el aeropuerto la esposa del ministro de Asuntos Exteriores del país azteca. La señora de La Madrid no juzgó oportuno desplazarse a saludarla. Y nadie protestó en España.

Para ser totalmente exactos hubo una ocasión en estos últimos años en la que España reaccionó contra una imposición extranjera..., pero lo hizo de la manera más torpe e ineficaz posible. Me refiero al caso de Gibraltar que durante el franquismo fue preciosa coartada para hacer olvidar problemas internos proyectando hacia algo tan emocional como una «tierra irredenta», el entusiasmo de una juventud generosa. De ahí las manifestaciones ante la Embajada Británica que provocaron la anécdota contada por Samuel Hoare cuando llamó al entonces ministro del Interior, Serrano Suñer para advertirle que varios centenares de jóvenes amenazaban las puertas de la Misión. «¿Quiere que le mande más policías? —preguntó Serrano Suñer—. No —contestó el embajador— quiero que me mande menos estudiantes.»

Ante el poco éxito práctico de esas acciones «espontáneas» se le ocurrió a un ministro llamado Fernando M. Castiella la que creía fórmula mágica para recuperar el Peñón: Incomunicarlo con España. Su teoría estaba basada en dos puntos claves: Sin mano de obra española la industria y la hostelería gibraltareña estaba condenada al hundimiento; y dos: Sin la entrada de alimentos españoles la población de Gibraltar tendría que importar a precios prohibitivos los medios de subsistencia desde Gran Bretaña.

Naturalmente no ocurrió nada de lo previsto. El lugar que había quedado vacío en obreros y alimentos fue rápidamente ocupado por Marruecos y el Peñón no sufrió el menor daño económico y laboral. Lo que sí fue eficaz en cambio, demasiado eficaz, fue el impacto social y familiar. A partir de un día triste de 1969 las familias de la zona quedaron divididas y sus miembros obligados a gritarse desde las rejas las noticias respectivas sobre matrimonios, nacimientos y muertes y, para la injusticia fuera más notoria, eso sólo ocurrió a los pobres. Los «llanitos» ricos siguieron yendo a Madrid volando primero a Tánger. También se consiguió que la simpatía natural entre vecinos que existía en Gibraltar hacia los

españoles se convirtiera a medida que pasaban los años, en el resentimiento que siente el preso por el carcelero, algo que costará mucho eliminar aún después de abrir la verja como se ha realizado ahora.

Quiso ser un gesto digno y resultó un gesto inútil y contraproducente porque en las reivindicaciones territoriales no hay término medio ni soluciones parciales. O se agrede arriesgando la guerra, ganando o perdiendo (turcos en Chipre, indonesios en Timor, «marcha verde», argentinos en las Malvinas) o se evita ofender innecesariamente al otro país.

* * *

A veces el estado español se da cuenta del largo rosario de humillaciones que en política internacional sufre y da una patada en el suelo... Generalmente lo hace mal y a deshora y tiene que volverse para atrás y echar tierra al asunto rápidamente.

Por ejemplo, Felipe González va de quiebra en quiebra. Dijo que no a la OTAN y ahora tiene que decir sí a la OTAN; entonces por razones políticas de tomarla iniciativa y dar «carnaza» a las bases socialistas que crecidos al sonsonete de la «independencia nacional sin tratados que nos liguen a ningún bloque» se sienten defraudadas ante la actitud de su líder, el presidente del Gobierno quiso demostrar su capacidad de independencia y ya que no hay más remedio que seguir en la OTAN decidió exigir, de golpe, que los EE. UU. redujeran las tropas que tenían en España de acuerdo con los tratados bilaterales. Asombro en Washington «¿y eso? ¿a qué viene?»; y González que se irrita advirtiendo que «si no reducen ellos lo haremos nosotros». Era lo que norteamericanos llaman el «rugido del ratón» algo que no se cree ni el mismo que lo emite porque sabe que sus fuerzas son ridículamente inferiores a las que tiene el desafiado. Más estupefacción en la Casa Blanca y un probable comunicado del Embajador Tomás Enders a su presidente: «Se trata de una necesidad de política interior. Felipe González tiene que demostrar que nos puede chillar para que, a cambio, la masa socialista acepte permanecer en la Alianza Atlántica.» Bueno, bueno, dijeron entonces los EE. UU.: «Hablaremos de una posible reducción con mucho gusto.» Con lo que el Gobierno español pudo mirar a su alrededor muy orgulloso: «¿Eh?, ¿qué tal mi energía? He dicho que menos tropas y serán menos tropas. ¡Faltaría más!»

Las fuerzas armadas norteamericanas podrán reducirse en un par de miles, pero los aviones USA seguirán posados y prontos para el despegue en los aeropuertos españoles, los buques USA «ready» en bases navales españolas y a consecuencia de ello los misiles soviéticos seguirán apuntando a nuestro país para hacerlo desaparecer en el momento en que se inicie las hostilidades. La decisión del presidente, pues, es inútil desde el punto de vista estratégico y de interés nacional y me temo que tampoco ha convencido demasiado a la mayoría socialista. Quizá puede servir para dar un argumento a sus dirigentes cuando tengan que convencer a las bases de la independencia, en la política exterior, del Gobierno. «Sí, en efecto, en lo de la OTAN no hemos tenido más remedio... pero ¿habéis visto cómo se las tuvo tiesas González con Reagan sobre la reducción de personal?»

¿Y qué hubiera pasado si los EE. UU. contestan que no hay retirada, que los pactos bilaterales hay que cumplirlos y que debemos esperar a que termine el plazo de su vigencia y plantear entonces las nuevas condiciones para prorrogarlo? A juzgar por las declaraciones del señor González eso sería un *casus belli.* Podemos imaginar la escena: Unos carros armados rodean la base de Torrejón de Ardoz y Narcís Serra se dirige por un megáfono al general norteamericano: «Habla el ministro de Defensa del Estado Español. Si no reducen la presencia norteamericana en una proporción del 20 por 100, prepárense a sufrir las consecuencias porque asaltaremos la base.»

Hubiera sido emocionante. Desgraciadamente Washington no permitió que llegara la sangre al río y aceptó entablar conversaciones. Si no...

(Hubo en la historia reciente otra chulada de ese tipo, esta vez por boca del jefe de la oposición. Fue cuando Fraga pidió públicamente que se mandase la flota española a Gibraltar para castigar la osadía de Gran Bretaña de efectuar maniobras navales en aquellas aguas. Aquí o no se llega o nos pasamos.)

Sin embargo, no es cierto que el país se deje dar siempre la bofetada en el otro carrillo. Ahí está el caso del Polisario para demostrarlo. Cuando estaba en la oposición el PSOE acogió la causa de los saharauis; no sabíamos casi nada de ellos, pero sí que eran los enemigos de un rey «corrupto» y «tiránico» llamado Hassan II que además tenía la simpatía de UCD lo que le hacía automáticamente odioso a la oposición.

(Era una simpatía *malgré tout* y con esa expresión me refiero

al momento en que Adolfo Suárez haciendo gala de su típica cordialidad, intentó darle al monarca de Marruecos un abrazo de su firma al encontrarle en la Zarzuela. Hassan II retrocedió con un breve y seco *on touche pas au Roi* que por unos momentos heló la sempiterna sonrisa del joven presidente del Gobierno.)

Llega el PSOE al poder y como le había sucedido en tantos otros problemas Felipe González tiene que revisar sus simpatías al encontrarse con datos concretos. Por ejemplo, se da cuenta de que la potencia que está al sur de España es Marruecos y no el Polisario; que la nación que amenaza a Ceuta y Melilla y que, por tanto, hay que mantener amiga es Marruecos y no el Polisario; que el país que está aliado y por ello es protegido por los EE. UU. a su vez nuestros aliados y protectores, es Marruecos y no el Polisario. Y lógicamente deja de asegurar que el Sahara ex español sea propiedad de ese grupo político... aunque también y por mor del qué dirán sus antiguos compañeros los reconoce oficiosamente dejando que mantengan unas oficinas representativas en Madrid. Esa generosidad, excesiva para Marruecos, es considerada insuficiente por el Polisario que sigue recordando en alta voz a aquel PSOE que les daba la razón. Y para que la memoria siga en pie ataca reiteradamente la flota pesquera española que faena frente a las costas saharianas llegando a matar a un patrón de pesca, a varios marineros y al tripulante de la patrullera que acudió en socorro del barco agredido.

Era la ocasión para acabar con el ridículo intento de reconocer a dos dueños del mismo suelo y Felipe González actuó esta vez con lógica. Un ataque deliberado de una fuerza militar contra un barco desarmado pescando en una zona que no es *de jure* ni «de facto» propiedad del Polisario; «de jure» porque no está reconocida así por ningún tratado con España que reconoce por el contrario la propiedad de Marruecos con quien negocia para la pesca, «de facto» porque las alegaciones del Polisario demostrando con su presencia física que sí son los auténticos dueños no tiene valor legal alguno cuando se piensa que se trata de pequeños grupos armados que cruzan clandestinamente el inmenso desierto, se sitúan en la costa, disparan contra un objetivo, toman prisioneros y se alejan velozmente antes de que las tropas marroquíes los descubran y aniquilen. La prueba de que se trata de la fórmula «hit and run» golpea y escapa como dicen los ingleses, es que esos prisioneros fueron llevados a su base en territorio argelino viajando siempre de noche para evitar ser detectados por la

aviación marroquí, lo que desmiente cualquier proclamación de dominio polisario sobre la zona.

Por todo ello González aprovechó la oportunidad que se le deparaba y acabó con esa ambigua situación expulsando del territorio nacional a los representantes del Polisario en Madrid y dejando más desconcertados que antes a los partidarios de ese grupo que llegaron a justificar la muerte de los marineros españoles con la excusa de que aquello era zona de guerra y se sabía. Nadie estaba combatiendo allí y en cuanto al otro pretexto de que nos llevamos «su pescado» tendría cierta validez si el Polisario tuviese allí efectivamente barcos faenando cuando su presencia en la zona es puramente simbólica.

Sea por las razones que fuere, Felipe González en ese momento cumplió con los mínimos requisitos de una nación que quiere que le respeten en la figura de sus compatriotas. Podría haber pedido además indemnizaciones por las pérdidas humanas y económicas tras el ataque pero, tampoco podemos pedir que de la noche a la mañana, España tenga una política exterior *al menos* tan valiente como lo permitan sus medios.

Han sido, decía, desesperados intentos de mostrar una energía que en relaciones externas es inexistente en España desde hace medio siglo, tanto en la dictadura como en la democracia. Y para demostrar lo aislado del gesto, pocos días después de la altisonante proclama del Gobierno unos funcionarios de la Embajada cubana intentaban secuestrar pistola en mano a M. A. Sánchez Pérez, un funcionario de La Habana que había pedido asilo político en nuestro suelo. Era un acto criminal en nuestro territorio, un acto que requería la cárcel inmediata y el procesamiento de los culpables. Pero habiendo agotado toda su energía en llamar al orden a los «gringos» el Gobierno decidió quitarse problemas y puso a los fracasados secuestradores en el primer avión que salía hacia Cuba para que allí los recibieran como héroes: torpes pero héroes.

(Pocos meses después el Presidente del Congreso español Félix Pons es insultado públicamente por Fidel Castro. «No ha pasado nada», asegura el alto dignatario. Unos días después: «No estropeemos por una insignificancia —la cosa seguía enrojecida— nuestras buenas relaciones.»)

El referéndum sobre la OTAN; un insulto a la inteligencia del pueblo español

Nos insultaron todos: Nos insultó el presidente González al asegurar que él está donde estaba hace tres años y que ha sido la OTAN la que se ha desplazado. Hubiera sido mucho más satisfactorio oír que las circunstancias internacionales eran distintas de las que imaginaba antes de acceder a los papeles confidenciales y que por tanto había llegado a otra deducción, una explicación que vale también para el argumento de que «prometió» el referéndum. También prometió ochocientos mil puestos de trabajo y no los ha podido entregar. La economía en este caso, la política mundial en el otro han obligado a la administración a aceptar unos hechos distintos de los imaginados. Estoy seguro que a la mayoría de habitantes de este país les hubiera satisfecho el razonamiento.

Y si el Gobierno nos «vaciló» la oposición nos recitó los cuentos de las Mil y unas Noches con un Fraga que intentaba justificar el que unos partidarios fanáticos de la OTAN fueran a abstenerse, lo que equivalía, lógicamente, a votar en contra sólo por no conceder el triunfo a un enemigo político; con ello esos patriotas con mayúscula anteponían el partidismo más mezquino a la conveniencia del país. La contradicción era tan flagrante que ellos mismos intentaron matizarla asegurando que al no entrar total y militarmente en la Alianza Atlántica es mejor no entrar de ninguna manera. Algo así como decirle a quien nos pide para almorzar en una tasca que él se merece ir a Horcher y por tanto sería ridículo entregarle ese dinero. ¡Ah! También se atrevió a decir Fraga que temía que el recuento de votos de Referéndum fuera trucado. ¡Eso lo dijo el hombre que se sacó de la manga el referéndum de 1966!

En cuanto a la otra oposición, la de la izquierda la burla a nuestro intelecto rozaba ya en lo demencial: así aseguraban que no tiene nada que ver el Mercado Común —que saben popular— con la OTAN. Esperaban que se creyera que era normal compartir el pan de unos amigos y negarse luego a defender el hogar que les albergaba. Pero aun suponiendo que fuese así (España entró en la CEE después de estar en la OTAN) ¿dónde queda la cacareada caballerosidad del español intentando aprovechar los beneficios de una unión y negándose al mismo tiempo a aceptar las

cargas inherentes a ella?, ¿que quiere estar a las maduras y desenfilarse en las duras?

Siguieron las mentiras, ofensivas de tan lerdas. España debía estar fuera de todos los bloques. Pero da la casualidad que en las pancartas de las manifestaciones negativas el Pacto de Varsovia sólo fue mencionado en las que enarbolaban los del PCM-L que sostienen, con Albania, que la URSS es tan imperialista como los Estados Unidos, actitud que por cierto les cuesta más de un disgusto con sus compañeros ocasionales de desfile. Lo normal es que esos grupos discriminen entre pactos como lo demostró el hecho acaecido hace unos meses cuando los manifestantes anti OTAN de Barcelona aplaudieron entusiásticamente al pasar frente al consulado de Cuba. Independencia se llama esta figura.

Pero cuando mis admirados amigos Gala y Tamames rizaron el rizo de una realidad fue al mencionar como ejemplo los países europeos que están fuera de la Organización. Veamos: Finlandia tras perder la guerra con la URSS quedó sujeta por un tratado de paz que la obligaba a alejarse políticamente de sus vecinos occidentales por mucha que sea su identidad ideológica con ellos. Basta decir como ejemplo de ese tratado leonino que si un ruso intenta huir a través de la frontera común el Gobierno de Helsinki —imagino que con harto dolor— lo entrega a las guardias de su país. Austria consiguió la salida de las tropas soviéticas de su suelo a cambio de comprometerse a una neutralidad absoluta, situación temporal que para Suiza es, como se sabe, una constante histórica. Amparada en sus montañas pero mucho más en unas arcas que utilizan convenientemente sus vecinos sin distinción de ideologías. Suiza es un caso aparte en la pugna de las naciones. Quedan Yugoslavia que, oficialmente comunista, no puede lógicamente aliarse con los occidentales capitalistas aunque rompiera estratégicamente con Moscú y Suecia, en cuya neutralidad no deben creer demasiado los soviéticos que tantean continuamente con sus submarinos unas defensas que evidentemente no piensan que estén preparadas contra los norteamericanos.

Y en la otra balanza de ese conglomerado neutralista se alinean unos países que son la flor y nata en poder económico, cultural, democracia y sentido de responsabilidad social, no ya de Europa sino de todo el mundo pero que, asombrosamente según la lógica de los Galas, Tamames y compañía, han decidido aliarse estrechamente con ese país extraeuropeo capitalista, egoísta e imperialista que son los Estados Unidos de Norteamérica. Uno se

quedaba impresionado al descubrir que unos gobiernos elegidos demócraticamente por los ciudadanos de Francia, Gran Bretaña, Alemania Federal, Holanda, Grecia, Bélgica, Italia, etc., están compuestos de imbéciles o de traidores vendidos a los yanquis. No cabe otra explicación. Miterrand, Thatcher, Kohl, Craxi, etc., no han comprendido que no existe ningún peligro soviético que los obligue a agruparse para defenderse o lo saben y disimulan a cambio de unos dólares mensuales. El que sus pueblos respectivos no se hayan dado cuenta de esa deficiencia intelectual o moral de sus gobernantes es algo al parecer increíble pero cierto.

El último razonamiento de la Mesa Anti OTAN era todavía más cómico. Al desligarse España de la Alianza daba un ejemplo de pacifismo que forzosamente marcaría un ejemplo a seguir contra las tensiones internacionales. Ya estoy viendo a Gorbachov llamando a Reagan: «¿Has leído el ejemplo que nos ha dado España? —Lo mismo quería decirte yo a ti —contestaría el inquilino de la Casa Blanca —estoy impresionado. ¿Desarmamos? —Desarmamos.»

Lo dicho. Insultaron a nuestra inteligencia y a nuestro sentido común. Además de borregos, torpes. Menos mal que no les hicimos caso y tras haber inundado de gritos, carteles y pintadas el territorio nacional tuvieron que contentarse con la victoria moral como dicen los partidarios del equipo perdedor por seis a uno. ¡Ah! A este gol solitario le llaman además el «tanto del honor».

Televisión Española cumple

Creo que en la confusa situación en que se mueve la sociedad española de hoy, es la única institución que cumplió con las consignas que presidieron la campaña socialista, la única que, de verdad, quiso realizar el Cambio en las costumbres españolas.

TVE, la única entidad con lógica

Parece claro que el único sitio a donde llegó el auténtico cambio previsto por los electores fue en TVE; el único lugar donde de verdad ganaron los socialistas ha sido TVE; la sola organización donde auténticamente se ha notado la voluntad expresada por diez millones de votantes por una transformación total de nuestra sociedad ha sido en Televisión Española durante la «era Calviño».

Para cerciorarse de ello bastaba con apretar el botón que le infunde vida y en la pantalla surgirá un mundo que no tenía nada que ver con el que aparece en otros medios de comunicación. Comparémoslos:

Por ejemplo, el Rey. El primero de los españoles por voluntad popular y de la Constitución, el más respetado entre nosotros tenía en TVE la consideración que merece... sólo cuando era noticia y aun en ese caso tampoco de forma preferente ni destacada. La actividad de Su Majestad surgía en medio del programa como un acontecimiento más en la serie donde ha salido el Consejo de Europa, un terremoto en Chile, la lotería de Madrid y «¡ah, sí!» *además* el Rey se desplazó ayer a Omán donde fue recibido por el jefe del Estado de aquel país. Y si la colocación de la noticia no

es prioritaria el trato recibido por parte de los comentaristas tampoco resultaba excesivamente respetuoso. Una de las locutoras nuevas se refirió a la pareja real durante su estancia en Barcelona usando el nombre de pila de ambos a secas. Así nos enteramos que «Juan Carlos y Sofía» visitaron el museo de Montjuic. En la vida real el presidente González inclina la cabeza levemente, pero la inclina, ante el Rey. Televisión Española le echaba una ojeada amistosa, algo así como una palmadita en el hombro: ¡Qué!, ¿dando una vuelta?

La situación es tan obvia que un hombre tan poco dado a las quejas sobre el trato que le dispensan los medios de comunicación como el monarca tuvo que decírselo medio en broma a J. M. Calviño cuando éste fue a la Zarzuela: «Oye, hasta mis hijas me hacen notar la forma con que nos tratáis.» Respuesta de Calviño: «Pues nada, cuando venga el Consejo de Televisión tírele usted de las orejas.» Trasladando así a un organismo consultivo unas responsabilidades auténticas sobre cómo se puede mostrar, a través de una retransmisión, simpatías y antipatías en este caso primando las segundas sobre las primeras.

En Religión la actitud representó un vuelco mucho mayor puesto que en el caso anterior no tenía un antecedente tan claro. Aquella forma de ponerse de rodillas en una plegaria continua de la vieja TVE franquista y aún Ucedista saltó —los saltos españoles de siempre— a la ribera contraria. Paloma Gómez Borrero, la periodista que se estremecía de emoción al pronunciar el nombre del «Pa...pa» fue cesada inmediatamente y poco después acabó la exclusiva que en la pantalla chica tenía la Iglesia católica. Calviño no se atrevió a cancelar la misa del domingo ni la charla de Patiño, pero permitió que otras religiones existentes en España tuvieran la oportunidad de llamar a su seno a los españoles.

(Para dar idea de lo que esto representa de extraordinario hay que recordar que en el Ejército español nadie ha soñado con que un Rabino, un Pastor, un Alfaquí estén allí permanentemente con la misma razón que el cura castrense para atender las necesidades espirituales de un judío, un protestante o un musulmán.)

TVE permitió que la Iglesia católica dijera su verdad también dejó que, por vez primera en la historia del medio esa doctrina fuera satirizada como en el desnudo del crucificado que dejó sin respiración a millones de españoles crecidos en el respeto a la religión de sus padres y abuelos. Y cuando proyectó una película para los muy adultos en la madrugada de los famosos viernes no

le importó que en la cinta elegida («Cuentos Inmorales») la pornografía se desarrollase en el ambiente religioso de los Borgias y la casulla del Papa sirviese para ocultar la «fellatio» que Lucrecia le hacía a su padre que además lo era de todos los católicos como Sumo Pontífice.

Y si la Iglesia fue tratada así tampoco se salvó la moral que aquélla preconiza. Con gran escándalo de los bienpensantes se explica a los telespectadores los distitntos métodos —todos condenados por la religión católica— para evitar hijos indeseados y un actor famoso, Pedro Ruiz los pidió abiertamente en una farmacia. Igualmente al comentar los problemas judiciales producidos por el aborto la versión televisiva era siempre comprensiva para las mujeres que quieren llegar a él y crítica para los médicos que se negaban a ayudarles en uso de su derecho.

En cuanto a la política internacional Calviño igualmente se mantuvo fiel a las promesas del PSOE a lo largo de su historia y especialmente en la campaña preelectoral olvidándose, totalmente, de la nueva forma con que González contempla hoy este panorama. Hay unos hechos concretos: la Alianza, antigua Alianza, con los Estados Unidos que en su virtud tienen unas bases en el suelo español; la pertenencia a la OTAN ratificada por el PSOE. Todo es cierto pero al parecer no influía nada en la postura ideológica de Calviño anclada en las viejas teorías socialistas y así, cuando Reagan llega como invitado oficial, TVE dará gran realce a las manifestaciones contrarias celebradas a unos centenares de metros de la Embajada dando la impresión —virtudes y defectos de la pantalla chica— que «los españoles» en bloque se declaraban contra la visita del primer mandatario americano. Naturalmente si después de ello aparecían juntas para servir de fondo a un comentario internacional, las fotografías de Reagan y Gorbachov, la cara del primero habrá perdido su famosa sonrisa para adquirir una expresión entre torva y estúpida mientras a su lado el líder soviético mostraba la expresión afable de un amigo de la paz.

Como es lógico y dada esa tendencia la noticia televisiva de América Latina da siempre énfasis al «gran culpable del norte» por lo que está aconteciendo en aquellas zonas conflictivas. Bien ayudados por un corresponsal, Cristina Navarro, tan eficaz como profesional como comprometida políticamente con la izquierda, las desventuras de esa parte del mundo se deben *exclusivamente* al Tío Sam y a sus secuaces militares mientras los revolucionarios no

buscan más que la independencia del país y el bienestar del pueblo. Los gobernantes nicaragüenses son escuchados siempre como poseedores de la verdad mientras un comentario en *off* matiza negativamente lo que dicen los gobernantes hondureños que, como sabemos, están todos vendidos a los yanquis. Cuando el asalto al Palacio de Justicia de Bogotá (muy bien descrito por cierto) TVE creyó oportuno olvidarse del embajador de Colombia en Madrid y conceder en cambio el papel de protagonista al representante del Movimiento Guerrillero responsable del ataque. El desterrado aseguró enérgicamente que sus hombres podían morir en la tentativa de dar una auténtica democracia a Colombia, pero que eran incapaces de matar a nadie. Mientras hablaba caían, asesinados uno a uno, los miembros de la Corte Suprema de Colombia.

La verdad es que, por asombroso que parezca, quien tenía razón en esa disparidad entre lo oficial y lo televisivo era José María Calviño. Republicano de siempre, dicen incluso que masón, llegó a la dirección de Televisión Española convencido de que las elecciones de 1983 habían dado al país una vuelta total y que ese cambio había que hacerlo llegar al público. Si luego resultó que seguían las ceremonias y respetos tradicionales, la importancia de la Iglesia y las alianzas con los países capitalistas... ya no es cosa suya. Los equivocados evidentemente son los otros.

Era demasiada fidelidad, evidentemente, y Felipe González —en la misma línea correctora de la OTAN— le eximió de seguir manifestándola dando su puesto a Pilar Miró; ésta intenta conciliar su izquierdismo personal con el respeto a la España mayoritaria qué, aparte de la política, sigue encontrando de mal gusto burlarse de creencias tradicionales o convertir la pequeña pantalla en alcoba.

«Historia viva»... y radiada

De cómo unos insensatos llamados R. Abella y F. Díaz-Plaja aceptaron la invitación de Luis del Olmo para comprobar si la tragedia española se mantenía en el ánimo de nuestros compatriotas.
Y resultó que sí.

«Historia viva»

Al principio de 1985 comenzó una emisión informativa sobre la guerra civil, antecedentes y consecuencias con el genérico título de «Historia viva» por las emisoras COPE y Radio Miramar de Barcelona dentro del programa «Protagonistas» que dirige Luis del Olmo. La emisión de ese programa que llevamos Rafael Abella desde Barcelona y yo desde Madrid, nos permitió obtener unos informes interesantes de la situación anímica española en lo que se refiere a nuestra tragedia nacional. Los estudios de audiencia realizados, la experiencia recogida a través de las llamadas telefónicas y la correspondencia recibida permiten deducir que la población interesada por el tema puede dividirse en dos grandes categorías:

a) Los que honradamente quieren saber lo ocurrido ya que por su edad no han podido ser testigos y han tenido que ajustarse a las contradictorias versiones leídas y oídas después (véase capítulo «Así se escribe la historia»). Esos españoles llamaban haciendo elogios en general de la intención del programa para luego elaborar preguntas precisas y concretas sobre ese tiempo.

b) Los que por su edad estuvieron en la guerra y que por

razones cronológicas son ya una minoría. Estos comunicantes se distinguen por dos características esenciales: Una, la seguridad de estar en lo cierto y dos, el reforzamiento del ideal que entonces les llevó a combatir. Ese ideal es mucho más fuerte en los llamados nacionales probablemente porque se sienten heridos en sus sentimientos por las nuevas teorías (para ellos) que se publican hoy en los periódicos y revistas.

Aunque la emisión intentaba tener un carácter pedagógico a base de preguntas esa clase de ciudadanos más que indagar, define; más que preguntar, contesta. En general cuentan su caso y de él sacan la idea general de una situación de hecho. Si sucedió algo horroroso en ese pueblo y en ese momento multiplican el hecho por la extensión total de España y aseguran que así eran los «rojos». Exactamente lo mismo hará el que fue víctima personal o de familiar en la zona «fascista». En ambos casos se negarán a creer que los «suyos» hicieron algo parecido.

Ejemplo: una señora de Reus llama al programa para recordar que a su padre presidente del Círculo Tradicionalista de aquella ciudad y «que jamás había hecho mal a nadie» fue sacado de su casa y muerto a tiros por los «rojos» que dominaban el pueblo en los primeros meses de la guerra. La injusticia evidene del crimen la ciega ante la posibilidad de que cosas parecidas lo hiciera gente de sus mismas ideas. Pero resulta que los correligionarios de su padre, los carlistas de Navarra, mataron con la misma sinrazón a alguien cuya única culpa había sido ser presidente del Partido Socialista local por lo que su hija tenía el mismo derecho a protestar del asesinato. Para convencerla o al menos intentarlo, le leo una homilía del doctor Olaechea dada en Pamplona por aquel tiempo: «Ni una gota de sangre de venganza! Nosotros no podemos ser como nuestros hermanos de la otra banda, esos hermanos ciegos, envenenados por el odio...» (de la prensa navarra del 15 de noviembre de 1936). Por cierto que como una prueba más del paralelo en la brutalidad de ambos lados, Indalecio Prieto decía en Madrid algo parecido ante los asesinatos de la retaguardia. Aludiendo como el prelado navarro al impacto que recibían al enterarse de la muerte de sus correligionarios en la zona nacional el político socialista les exhortaba a no vengarse: «No los imitéis, por favor no los imitéis»... «Ante la crueldad ajena, la piedad vuestra... ante todos los excesos del enemigo vuestra benevolencia generosa.» *(El Socialista,* Madrid, 23 de agosto de 1936.)

Esa comparación que continuamente realizábamos por micrófonos en general no servía para nada... «todavía tenemos memoria» decía una carta iracunda al criticar mi intento de equilibrar ambas violencias.

Otro corresponsal «nacional» llegaba a más en su intento de desequilibrar la balanza a favor de la maldad «roja». Decía que aun admitiendo que hubiera habido crueldad en ambos lados yo tenía que reconocer que «había grados en la vesania». Le respondí por el micrófono que lo lamentaba mucho pero que yo no veía posibilidad de elegir entre el asesino de cuatro personas o el de cinco para «quedarme con el primero».

La prueba de fuego de esa actitud española entre los supervivientes de la guerra (pero que no habían sobrevivido a su enfermedad partidista) fue la sesión del 31 de octubre de 1985 cuando Luis del Olmo quiso hacer un programa monográfico dedicado a la figura del general Queipo de Llano, uno de los personajes más famosos del bando nacional. La situación se hizo más difícil de entrada con la invitación al hijo del famoso militar también militar y llamado también Gonzalo. La atmósfera se caldeó desde el primer momento. El argumento que hasta entonces se discutía en términos generales cobró nueva fuerza al plantearse el caso «ad hominem». Las llamadas telefónicas se multiplicaron por cien y a juzgar por las que consiguieron salir al aire, estaban todas cargadas de un apasionamiento rayano en la amenaza personal. Una señora de Barcelona preguntó cómo podía dedicarse un programa a un hombre que había insultado al pueblo catalán continuamente por radio durante la guerra. En mi calidad de moderador —mucho más importante que de costumbre en esos momentos— interviene para precisar que Queipo de Llano atacaba desde los micrófonos de Radio Sevilla a los jefes de la Generalidad a quienes veía como enemigos dobles: en calidad de defensores de la causa republicana y en la de catalanistas lo que para un militar tradicional como él significaba ser enemigo de la unidad de España. Esa disociación entre el Gobierno autónomo y el catalán de la calle fue ratificada minutos después por otra señora que quiso desmentir a la primera. «Yo soy catalana —afirmó— y cuando me escapé de la Barcelona "roja" fui a Sevilla donde el general Queipo de Llano me atendió maravillosamente tanto a mí como a otros amigos y familiares de la misma tierra.»

La polémica estaba ya al rojo vivo. Otra radioyente preguntaba enfáticamente cómo podía dedicarse un programa radiofónico

a un hombre que había sido durante su vida tres veces traidor a su palabra. Rafael Abella intervino intentando diferenciar un cambio político debido al desacuerdo con M. Primo de Rivera o el desencanto ante la República y la fuerte calificación de traidor y el hijo explicó esas contradicciones aparentes en el servicio militar de su padre afirmando que «no había sido nunca republicano» aunque sí enemigo personal de Alfonso XIII. Para él, aseguró, su única obsesión había sido el futuro de España y sólo cuando vio el desastre a que le llevaba la izquierda se sumó al movimiento salvador de Franco. Por lo demás se quejó del tono con que se llevaba el diálogo. «A mí me habían dicho que viniera para ser interrogado, pero yo creía que se mantendría una mínima cortesía en las preguntas.»

En ese momento de tensión llegó la sorpresa. La encargada de Relaciones Públicas de la COPE entró a comunicarme que estaba en la puerta la hija del general Campins, personaje de aquel tiempo y que al oír la radio deseaba intervenir en la discusión sobre un tema que conocía a fondo. Consultamos al director del programa y entró en el estudio. Compuesta y sin extremos la señora en cuestión preguntó directamente por el micrófono al general Queipo de Llano (hijo) por qué su padre había hecho fusilar al general Campins, gobernador militar que era de Granada el 18 de julio de 1936. En su respuesta el interrogado recordó que el general Campins se había opuesto al movimiento y aun hecho gestiones para que fracasara éste con el envío de una sección a incautarse del aeropuerto de Granada. Que por ello había sido arrestado, declarado culpable, juzgado por un Consejo de Guerra y ejecutado, no porque lo hubiera decidido personalmente su padre.

Otro radioyente de Almería preguntó cómo podía mencionarse siquiera la memoria de un «tirano sangriento» que en una ocasión había glosado el bombardeo de aquella ciudad como un regalo de los Reyes Magos (era el 6 de enero).

En ese momento pedí permiso para leer como ejemplo de una actitud alguna de las famosas charlas radiofónicas del general. Se iniciaban con un mensaje en clave para la Quinta Columna: «Buenas noches señores. Tenemos noticias completas número dos. Por si no lo han oído ustedes vuelvo a repetir: tenemos noticias completas número dos.»

Y seguía comentando desenfadadamente acontecimientos y personajes: «Pasen señores, pasen que va a salir el gordo. Bueno eso del gordo no sé si será el gordo o los gordos porque es

posible que si Indalecio Prieto no ha salido aún de Madrid, saldrá con otro gordo que es Pedro Rico, el famoso alcalde de la República. Puede haber otros gordos como por ejemplo Ossorio y Gallardo, el de la juricidad que está chupando de la ubre allá en Ginebra mientras su hijo chupa de otra en Madrid. Los gordos ya sabéis que suelen ser muy famosos y dicen también que todos los hombres gordos son buenos. Puede ser. También lo dicen de los altos. Por lo que a mí se refiere sí es verdad. ¡Yo soy muy bueno, pero qué muy bueno! ¿Es bueno Indalecio Prieto? No lo sé. Hablando con él en la intimidad parece bueno; ahora que pensando en lo que es capaz de idear y de hacer, pensando en los millones que ha barajado bien por sus negocios sucios, por vender la tranquilidad a Bilbao, por comisiones cobradas por haber comprado gasolina a Rusia, etc., etc., la verdad considerada desde ese punto de vista no parece muy buena. El señor Rico es buenísimo; si no que lo diga cierta artista a la que regaló un Rolls y que según decía su mujer propia en la demanda de divorcio que entabló no servía para el matrimonio.

»... yo, al hablar del gordo, me refería a la toma de Madrid que viene a pasos agigantados y yo me estoy relamiendo de gusto pensando, no sólo en lo que esto representa para España, sino en la alegría de mis sevillanos, de mis queridos paisanos, que si con la toma de Toledo desbordaron su entusiasmo me figuro que ese día vamos a tener que dar la razón a los marxistas. ¡Aquí se va a beber vino ese día! Lo prometo.» *(ABC,* Sevilla, 3 de noviembre de 1936.)

Este comentario y los muchos que comentaron telefónicamente la afición a la bebida del general sevillano molestaba mucho a su hijo: «Mi padre no bebía por prescripción facultativa desde hacía mucho tiempo y cualquiera de las acusaciones que sobre él se hicieron tiene por tanto una gran dosis de calumnia.»

A la semana siguiente la emisión se mantuvo en las mismas características tensas. La gente que llamaba, en proporción de dos a uno, insistía en describir al general Queipo de Llano como un hombre cruel y borracho mientras otros le aclamaban como uno de los salvadores de la patria. Se suscitó la intervención que el general había podido tener en el asesinato de García Lorca aludiendo a una frase críptica «que le den café» que según un rumor muy extendido era la que, dada por teléfono, significaba dar la orden expresa de ejecución. El hijo desmintió formalmente la intervención de su padre en la muerte del poeta recordando que en

aquella época no tenía mando sobre la plaza de Granada escenario del hecho. Aprovechó la ocasión para ironizar sobre el escándalo que se había forjado sobre esa muerte «¿quién conocía a García Lorca? —preguntó irónicamente— en aquellos tiempos los jóvenes leíamos sólo la *Casada infiel* "lleno de verdulerías"»; en cambio nadie habla ahora del asesinato de Muñoz Seca que ése sí que valía.» Yo intervine entonces para recordar al militar que durante cuarenta años habíamos estado oyendo condenar «el criminal asesinato de Muñoz Seca» mientras se pasaba sobre ascuas sobre «la muerte trágica» de Lorca. Que era normal o natural que ahora se mencionase más lo antes prohibido aunque mi idea fija expuesta ya en un artículo publicado en 1976 en *El País* era que la justicia no significaba invertir los términos, empezando a llamar «buenos» a los que en tiempos franquistas habían sido «malos» y viceversa, sino en aceptar como repugnante cualquier atentado a la vida humana sin un juicio previo que revistiera todas las garantías. Que para mí, personalmente, tan cobarde me resultaba el asesinato cometido en la persona de García Lorca como en la de Muñoz Seca.

Ocho días después la emisión se dedicó a la muerte de Franco ya que se cumplían diez años de esa efemérides. El invitado fue en esta ocasión el doctor Pozuelo que lo describió como hombre de gran afectividad al que se llenaban los ojos de lágrimas ante cualquier suceso dramático. Rafael Abella le recordó los fusilamientos que había firmado unas semanas antes de su muerte y que evidentemente contradecían un poco esa expresión afectuosa y el doctor Pozuelo explicó que como buen militar no podía dejar sin castigo a un hombre que había rematado a un guardia civil en el suelo, una de las acusaciones hechas a un condenado del GRAPO.

A nuestras preguntas el médico que asistió al Caudillo en su última etapa confirmó que le ponía marchas militares especialmente de la Legión para levantar su espíritu y que con ellas conseguía caminar braceando, lo que importaba mucho a su salud. Lo más asombroso, sin embargo, al menos para mí, y supongo que también para muchos radiooyentes, fue la relación de los *test* psicológicos a que le sometía: «Yo le ponía un problema y esperaba, reloj en mano, para ver el tiempo que tardaba en resolverlo. Y siempre lo hizo en poquísimos minutos y aún en segundos.» «Perdone, doctor —le pregunté—. Es decir, que Franco admitía de buen grado un examen que evidentemente estaba hecho para

conocer sus reacciones, dicho brutalmente, para saber si había llegado a la senilidad?» «Efectivamente, contestó, desde el primer momento yo le advertí que a mí me iban a preguntar claramente si consideraba que estaba el Generalísimo capacitado para seguir gobernando al país. Y él aceptó ese interrogante que a otras personas hubiera molestado mucho, de forma natural y humana.»

En ese momento alguién llamó para recordar que Franco había hecho fusilar a su padre y al padre de un amigo suyo. El doctor Pozuelo dijo que cada uno podía tener la opinión que quisiera pero que él, personalmente lo echaba de menos. Otra llamada planteó el problema de la posibilidad de la influencia de la familia sobre Franco. El doctor Pozuelo coincidió conmigo en que la favorita entre todas había sido su hija Carmen y el menos apreciado su yerno el marqués de Villaverde. Le recordé las famosas fotografías tomadas en la agonía de Franco y dijo que seguramente fueron hechas cuando él estaba fuera de la habitación para comer o descansar un par de horas. Yo insinué entonces que el único capaz, por autoridad y familiaridad, de entrar en el cuarto del enfermo para sacar esas fotos era su yerno, a lo que el doctor Pozuelo contestó con un elocuente silencio.

Se habló luego del grupo amistoso alrededor del Caudillo ávido de sacar ventajas de esa relación y él admitió que incluso le habían preguntado por qué no aprovechaba la cercanía al Caudillo para pedir el Ministerio de Sanidad. Ello —dijo— le irritó mucho de forma personal; al parecer no se dio cuenta que, al contarlo, establecía como natural una presión de influencias de la gente que rodeaba a Franco para sacarle beneficios, lo que dejaba en muy mal lugar la personalidad moral de su admirado jefe del Estado que, aunque él no se lucrara personalmente, permitía que lo hicieran los demás a su sombra.

Esas emisiones me preocuparon al poner de manifiesto, de forma agresiva, el poso que desgraciadamente queda todavía de los antiguos dramas españoles referentes a la guerra civil. De las cartas recibidas en esa época, espigo frases significativas como éstas:

Hablando de las ventajas que España había obtenido gracias al triunfo de Franco decía E. F. (carta del 16 de agosto de 1985): «Una evitación (sic) de ser absorbidos por el Comunismo Internacional. Una posible entrada en la segunda guerra de haber vencido los rojos. Eliminación de los extremismos; ahora hasta el socialismo se ha moderado. Etapa de desarrollo y de paz qué, con seguridad ciudadana hizo pensar que España entraba en una gran

etapa. Restablecimiento de la monarquía, que aunque limitada actualmente, era garantía de continuidad y orden»...

... que terminaba por cierto diciendo «ustedes creo deben dejar de influenciarse en propagandas antifranquistas para centrar la historia en su verdadero alcance».

Evidentemente para el comunicante los franquistas no usaban jamás métodos de propaganda y se apegaban a la pura verdad. la pura verdad.

El mismo temor a un futuro posible «rojo» tiene J. R. G. C. (carta del 9 de agosto de 1985).

«Si hubiera triunfado el Frente Popular ¿no cree usted que a estas horas y para siempre no seríamos una sucursal del paraíso soviético? Se vio que no lo podrían ni pudieron evitar los señores Alcalá Zamora, Prieto, Azaña, ni todos los Unamunos, Muñoz Seca, Albornoz, Baroja, Caro y tantos otros hombres que de izquierda, pero de orden fueron fusilados o tuvieron que exiliarse de su zona.» Evidentemente el corresponsal confunde nombres y destinos. Unamuno murió de muerte natural y Caro, se refiere supongo a Caro Baroja, no se destacó debido a su juventud en el proceso político. Y llamar a Muñoz Seca de izquierda...

Otro caballero F. M. L. (carta del 12 de agosto de 1985) tras quejarse amargamente de que no le hacíamos caso, convencido como tantos españoles que era el único al que hay que leer, establecía un baremo de crueldad según se tratara del bando nacional o del republicano.

«... no se puede tachar de la historia reciente el comportamiento general de los dos bandos tratando de convencernos de que sus conductos fueron igualmente, con el mismo nivel y cantidad, reprobables; pues no es lo mismo —ejemplo— comparar la matanza de Badajoz en lucha abierta y feroz y que su suerte dependiera de resultado de la misma, con la de Paracuellos de Jarama sobre miles de seres indefensos como se ha comentado en ese programa por usted mismo; existir en el bando de la república sobre todo en Madrid y Barcelona, locales donde se practicaba la tortura más refinada (chekas) que ríete de los nazis (SS) con la tolerancia del Gobierno legítimo de España, extremo que nunca existió en la zona de los sublevados aunque se cometiera excesos».

Pocos días después, 19 de agosto insistía en la diferencia entre las dos acciones por mí citada y terminaba: «y por el deber de ser fiel a la verdad, aunque duela, no quiero terminar la presente sin

exponerle el *silencio absoluto* sobre el tema de las "chekas" que le hice en mi anterior».

Ahí vuelve a hablar el «yoísmo» español. Rafael Abella y yo en más de una ocasión habíamos mencionado y explicado el tema de las «checas» y yo incluso había descrito una de las celdas de la que estaba situada en la calle Vallmajor de Barcelona, con ladrillos puestos verticalmente en el suelo para impedir el paseo del preso y una tarima inclinada que, de la misma forma tantálica, le impedían sentarse para reposar. F. M. L. no lo había oído y por tanto mis explicaciones sencillamente *no existían.*

Generalmente los corresponsales voluntarios pertenecían al bando nacional, pero excepcionalmente eran republicanos como C. (carta del 8 de agosto de 1985) que aun habiendo servido en el ejército de Franco lo que en general imprimía carácter, hacía una tremenda acusación a la acción represiva del Ejército del Norte.

«En la campaña del Norte que me tocó recorrer hasta Asturias detrás de los batallones vascos de Gudaris, pude ver con mis ojos que patrullas de falangistas y guardias civiles fusilaban alguno de los prisioneros que les entregábamos al estilo de lo de García Lorca, pero no es esto lo peor: otros prisioneros que es a los que yo me voy a referir eran fusilados en pleno día en los cementerios de los pueblos por donde pasábamos; entre estos prisioneros estaba el correspondiente Páter (se refiere al cura castrense) del batallón que también era pasado por las armas y recibía el tiro de gracia de nuestro Páter porque según él nos decía "matar a los rojos no era pecado".»

En ese momento hubo una llamada telefónica a la emisora al terminar yo de leer estas líneas, una llamada breve y contundente: «¿Curas vascos muertos? ¡Más tenían que haber matado!»

En otra carta anónima se me acusó de haber ocupado «cargos de confianza política excepcional con la dictadura y hablar con soltura hipócrita de todo lo divino y humano de entonces». No precisó los cargos que había ocupado con lo que me quedé sin saberlos.

Otro señor en la misma línea de F. M. L. llamado A. A. R. (carta del 18 de abril de 1985) empieza por dictaminar que «el silenciar este escrito equivaldría a confirmar la generalizada sospecha de que el programa adolece no sólo de manipulación sino además de tendenciosidad». A. A. R. acepta que hubo crímenes en ambos lados. «... pero los excesos de la zona nacional nunca rebasaron los límites... "normales" en tan trágicas circunstancias.

Por el contrario lo ocurrido en la zona roja republicana... puede calificarse de aquelarre no sólo por el número aterrador de inmolados (la más prudente estimación se cifra en la proporción de cinco a uno con respecto al bando contrario) sino en la forma en que lo fueron... En el vil afán... con que se pretende equilibrar el número de víctimas inocentes es una insidia considerar como tales a los ajusticiados despés de la guerra, autores de crímenes horrendos que no podían quedar impunes, impunidad que gracias a la huida o al azar consiguieron muchos.»

No todos los corresponsales tomaron partido. Hubo quien se mostró en contra de la misma idea del programa por considerar que era mejor olvidar una tragedia tan reciente. Su carta, con firma ilegible procedía de Valladolid (8 de agosto de 1985).

«... Historia viva más bien la podían llamar en el caso de hoy Avivar la historia. ¡Necesitamos olvidar! La programación es fenomenal, pero ¿por qué no acotan esas fechas tristísimas? Después que pase el tiempo, que no vivan testigos que llevan el dolor en su carne.»

La idea es bella pero desgraciadamente en algunos casos habíamos comprobado que ese dolor no desaparecía con la desaparición física de los testigos. Como en el caso del general Campins antes señalado, la tragedia se transmitía a los miembros de su familia que aun siendo pequeños en aquel momento habían crecido con la obsesión del hecho.

Y por fin otro A. L. C. (15 de agosto de 1985) cree dar con la razón de la guerra civil española, una razón histórica.

«La guerra española fue producto de un país subdesarrollado. Es decir, que si a principios de siglo se hubiera industrializado el país como lo hicieron Francia y Holanda, lo que hizo el franquismo en el año cincuenta equivale el haberlo hecho en los años 1910 y 1919 y en esas fechas hubiéramos pasado; hubo revolución de la cibernética de la que hoy estamos bastantes lejos.»

Dos capítulos de este libro («Así se escribe la historia» y «Historia viva») llegaron a fundirse en la emisión realizada el 12 de diciembre de 1985 cuando en vez de un personaje o una época se comentaba el libro dirigido por Tuñón de Lara para la Editorial Labor sobre la guerra civil. Desde el primer momento se provocó una discusión entre el grupo situado en Barcelona y yo en Madrid cuando se inició el debate con esta pregunta: «La guerra civil ¿se veía venir?» Yo contesté que sí apoyándome en las belicosas declaraciones de los principales líderes de 1936 tales como Largo

Caballero, José Antonio Primo de Rivera, Calvo Sotelo y *la Pasionaria*. A eso contestó Tuñón muy irritado que eso no era cierto en absoluto y que la propaganda franquista en vista de que no podía hablarse ya de un solo culpable en la guerra —la izquierda— había decidido que fueran dos con la misma responsabilidad, mientras la verdad era que no había más que un responsable de la catástrofe, la derecha, que las matanzas habían empezado el 17 de julio en Melilla y que el general Mola, semanas antes, había dado consignas precisas para acabar violentamente con cualquier resistencia que se opusiera al movimiento. Que las frases de Largo Caballero dentro de un mitin electoral no tenían que tomarse como un programa auténtico teniendo en cuenta además que el orador no era el único jefe del PSOE ya que estaban también Prieto y Besteiro. Eso —le contesté— era cierto sobre el papel pero en realidad el mando social lo tenía Largo Caballero y bien lo supo Indalecio Prieto cuando tuvo que salir corriendo de Écija perseguido a tiros por sus compañeros socialistas de la izquierda extrema. Y como prueba mayor del papel preponderante de Largo Caballero sólo hay que recordar que fue el elegido para formar gobierno en octubre de 1936 mientras Prieto tuvo que contentarse con el Ministerio de Defensa. Añadí que tampoco comprendía que se considerase la consigna de Mola como un vaticinio seguro y un programa inalterable de las intenciones de los militares mientras la frase de Largo Caballero fuera tomada sólo como pura exaltación verbal en un momento preciso.

La discusión radiofónica con Tuñón de Lara me dejó un mal sabor de boca porque me demostraba ser verdad lo que intuí en 1976 al empezar la transición y que ya he comentado. Al parecer estamos condenados a seguir viendo nuestro pasado con un solo ojo.

La cultura: en corsé y liberada

Aparentemente todos aman a la cultura. La diferencia estriba en que algunos quieren que esté al servicio de una ideología política y los otros prefieren que vaya a su aire. Durante mucho tiempo en España la hemos disfrutado de las dos clases.

Las distintas líneas políticas tienen tendencia a apoderarse de palabras-clave. Desde antes de la guerra civil la derecha se había incautado de la voz «España» y la levantaba como una bandera que la izquierda cometió la torpeza de dejársela arrebatar empleando en cambio el grito de «Viva la República» que no tenía por qué ser antagonista —podía ser complementario— de la anterior. De ese error se dieron cuenta en plena guerra civil, y a partir de 1938, la llamada a España surgió en discursos y carteles aprovechando la presencia de tropas germano-italianas en la zona franquista. Pero ya era tarde; la alusión a la patria se había convertido en una expresión de derechas y siguió siéndolo al terminar la guerra civil. Por ello la prensa podía hablar impune y falsamente de los «ataques a España» de los medios de comunicación extranjeros que en realidad sólo atacaban al régimen franquista que España padecía.

La derecha en cambio se dejó arrebatar la palabra «Pueblo» usando la parte por el todo como en el otro caso; Pueblo *tenía que ser* el antifranquista; el proletario, el miliciano. Según esa teoría para ser digno de englobarse en esa expresión había que ser militante de izquierdas y levantar el puño cerrado; jamás podría pertenecer a ese gremio la viuda de un jubilado que acudiese a oír

primera misa en la iglesia aunque su ingreso mensual fuese inferior al de un metalúrgico. Para ser Pueblo, además de trabajar más o menos manualmente, había que sentirse cómodo en la izquierda.

Después de la guerra civil surgió otro adjetivo aplicado a los escritores: el de «comprometido». Parece claro que un compromiso se adquiere en el momento en el que se decide utilizar una capacidad intelectual para servir totalmente a una causa política pero asombrosamente esa expresión sólo se emplea cuando el escritor es partidario de la izquierda con lo que un José María Pemán no se consideraba un escritor comprometido aunque lo fuera tanto como Rafael Alberti. Quizá la razón de esa disparidad radique en que la palabra compromiso tiene un valor judicial «el acusado estaba comprometido en el asunto» y por ello valía sólo para quienes caían en una responsabilidad penal al mantener unos principios distintos de los que se habían alzado con la victoria en la guerra de 1936 al 1939.

A partir de la paz nació otra pequeña pero sin sangre: Era la guerra de la pluma entre quienes vivían intensamente los postulados de los vencedores y los que defendían, dentro de la posible, los de los vencidos. Naturalmente para estos últimos la ofensiva frontal estaba totalmente excluida porque la censura no la permitía y por ello tenían que buscar otros caminos. Si estaba prohibido hablar mal del régimen quizá podría discutirse lo que ese régimen había hecho a la sociedad y así surgieron en pocos años cuatro fuertes campanadas de disentimiento: *Nada, La Colmena, Historia de una escalera, Hijos de la ira.* En ninguna de esas obras se decía algo negativo del franquismo, en ninguna se postulaba un cambio de gobierno, pero las cuatro daban fe como tantos otros notarios de una angustia espiritual que era el mentís claro al optimismo de un régimen que aseguraba que «en España había vuelto a amanecer». Las obras de Carmen Laforet, de Cela, de Buero Vallejo, de Dámaso Alonso eran por el contrario expresión viva de una negrura que iba desde la protesta social de las dos novelas y la obra dramática, al grito tremendo del poeta que preguntaba a Dios.

Fueron, decía, cuatro campanadas, cuatro aldabonazos contra lo que se podía hacer bien poco ya que es difícil juzgar a alguien por ser pesimista. *La Colmena* sí fue prohibida agarrándose al pretexto de la moral ofendida por algunas escenas sexuales pero era claro que aquella línea desesperanzada mostraba al gobierno

cuánto había de artificial en sus frases optimistas y en sus líricas evocaciones del pasado. En este aspecto en su «trinchera», sólo conseguían algunos logros como los de la revista *Garcilaso* que ya en el nombre evocaba un personaje grato a los intelectuales del Imperio y que en la mayoría de las composiciones que publicaba rendía también homenaje a la ortodoxia imperante al utilizar el soneto, de forma «pura y exacta» como gustaban de decir los escritores falangistas amantes del siglo XVI. Los timoneles de esta empresa fueron García Nieto, Pedro de Lorenzo, Jesús Garcés, Rafael Morales... La réplica se llamó *Espadaña,* publicación leonesa que desde el primer momento afrontó la situación uniendo política y poética. Así reivindicó la libertad del poeta tanto en lo que significaba el hablar del campesino de hoy en vez del santo o héroe del ayer, como al el clausurado y disciplinado soneto por el verso libre. Los principales representantes de este grupo se llamaron Victoriano Crémer y Eugenio de Nora a los que siguieron pronto gente tan unida con la izquierda como Gabriel Celaya y Blas de Otero.

La novela también fue combatiente. Tras el intento de García Serrano (véase «Iglesia militante») hubo algún intento logrado de forjar una novela con fondos bélicos como en el caso de Gironella y de Agustí. Más tarde Sánchez Ferlosio huía de evocaciones y llevaba el magnetófono a la narración escuchando y contando las nimias cosas que podían ocurrir y decirse en un día corriente de pic-nic junto a *El Jarama.* Miguel Delibes hacía lo mismo siguiendo *El Camino* y poco a poco el realismo se hacía naturalismo a lo Zola en la obra del malogrado Martín Santos *Tiempo de silencio.* Por entonces el Gobierno había arrojado la toalla y abandonado el intento de influir con colaboraciones más o menos bien pagadas para que en *El Español* y en *La Estafeta Literaria* se acomodaran escritores a la sombra del régimen. Los creadores siguieron buscando su camino entre cierta desconfianza en la gente que creía difícil que se pudiera descubrir con censura la clara realidad de nuestra existencia, lo que explica el tremendo éxito que obtuvieron por entonces escritores extranjeros y por tanto sin anteojeras políticas como Somerset Maughan, Charles Morgan, Lajos Zilahi, Pearl-Buck, etc.

Llegó el cambio, llegó la libertad y con gran desconcierto de la izquierda y alegría de la derecha, no surgió la Edad de Oro literaria que muchos esperaban al terminar la censura. Ni siquiera nació otro grupo de escritores totalmente nuevos que hasta entonces

hubieran guardado su pluma esperando la ocasión y hoy la lista de libros más vendidos sigue dominada por nombres del anteayer como Cela y Torrente Ballester o del ayer como Antonio Gala. (Existe el caso de venta multitudinaria de Vizcaíno Casas donde se repite el fenómeno de Blas Piñar aludido en otro capítulo. Los miles y miles de lectores del escritor valenciano gustan de la sátira realizada contra los prohombres del nuevo sistema sin que ello signifique en ningún caso que estén de acuerdo con las ideas ultraderechistas del autor ni capaces de votar al grupo de *El Alcázar.)*

La razón de ese déficit es que la libertad no va obligatoriamente unida al talento ni al contrario, como lo prueba el hecho de que con la Inquisición vigilando por encima de su hombro triunfaron en su época y para la posteridad gente como Góngora, Cervantes, Lope, Tirso y Calderón de la Barca.

Por otro lado, una generación de escritores no se improvisa. El caldo de cultivo de la libertad está en su punto pero su producto no surge de golpe sólo porque esté allí. Hace falta que generaciones enteras surjan *sintiendo* que son libres y no *sabiendo* que lo son, es decir, que la libertad sea tan natural en ellos como la respiración y por tanto no necesiten ratificarla continuamente con sus palabras ni con sus voces. Decir «tacos» en una obra teatral o en una novela muestra más la obligación que siente el autor de demostrar que puede hacerlo, que la necesidad argumental de que se produzcan. Lo mismo ocurre con las escenas eróticas en el teatro o en la pantalla que dan a menudo la sensación de que se insertan más para probar la libertad del autor que porque tengan que ver con el contenido de la obra.

En cuanto al arte la guerra civil terminó con la victoria de unas fuerzas conservadoras tanto en política como en lo artístico. Los conceptos tradicionales que contaban para la Iglesia y la moral valían también para la pintura. Los cuadros tenían que representar algo que se *entendiese,* los retratados tenían que *parecerse* y cualquier intento de distorsionar esa realidad precisa se consideraba: *a)* ganas de «epatar». *b)* Incapacidad del artista o *c)* propaganda roja. A esa impresión simplista ayudaba el hecho de que Picasso fuera al mismo tiempo creador de la pintura moderna y comunista probado que había hablado y pintado durante toda la guerra civil contra Franco. Ahí estaba para demostrarlo el «engendro» de *Guernica.*

La España pictórica de 1939 era pues, la de autores sólidos y bien establecidos, una pintura realista, casi *pompier* parecida (qué

disgusto se hubieran llevado los ministros de entonces de saberlo) a la que protegían sus mayores enemigos: los soviéticos. Sus principales sacerdotes se llamaban Segura, Moisés, Benedito, Álvarez de Sotomayor y con mayor personalidad Zuloaga. Eugenio d'Ors los satirizaba con unos versos que corrían por las tertulias madrileñas: «A un gran señor/ todo candor/ le ha hecho Benedito su retrato./ Beltrán Massés, Julio Moisés/ temen que hay Benedito para rato.»

Eugenio d'Ors se burlaba de ellos porque sabía por cultura y experiencia viajera que el arte del mundo iba entonces por otras direcciones. Amparado en una clara línea política —había estado con Franco desde el primer momento y ocupado la Dirección General de Bellas Artes— empezó por glosar en sus artículos y reunir luego en salas de exposición el que llamó «Salón de los Once» (era el máximo de personas que se podían reunir sin permiso policial previo, explicaba irónicamente don Eugenio) formado por representantes de la joven pintura que seguían la línea de Vázquez Díaz y Cossío, gente como Pedro Bueno, Ortega Muñoz, Zabaleta, Eduardo Vicente, los «Indalianos» de Almería. Era una pintura que no accedía a las antesalas de los ministerios ni a los salones de los ricos de entonces, pero que así conseguía salir del *ghetto* al que le relegaba el sentir oficial sobre el arte.

(Naturalmente, los jóvenes rebeldes de entonces hacían también sus pinitos guerrilleros en esa contienda al tener en su casa reproducciones del *Guernica* o de los cuadros de Miró que se había instalado calladamente en Mallorca y que cuando eran comentados por la autoridad competente se hacía con el sonriente juicio de... «eso lo hace mejor mi hijo que tiene cinco años».)

Por los años cuarenta y aún los cincuenta, pues, la pintura y la escultura tenían que ser académicas o no ser. El cuadro abstracto más que risa producía indignación «una tomadura de pelo». Cuando una francesa emprendedora llamada Juana Mordó abrió por vez primera su galería de arte madrileña a ese tipo de pintura fue totalmente ignorada lo que fue bueno desde el punto de vista político porque no la molestaron, pero nefasto desde el punto de vista económico. No vendía nada porque el público posible estaba influido por quienes les decían continuamente por prensa y radio que aquello eran «mamarrachos» hechos por quienes no tenían otro medio de llamar la atención.

Y de pronto empezaron a llegar a las redacciones de los periódicos raras noticias. Un español había obtenido el primer pre-

mio en la Bienal de Venecia, otro en la de São Paulo; un tercero había tomado parte en la exposición que reunía a los mejores artistas del momento en París. Los lectores no se asombraban del premio —hay mucho pintor bueno en España—, pero sí se extrañaban al leer los nombres distintos de lo habitual incluso en la grafía: ¿Tharrats? ¿Cuixart? ¿Tapies? ¿De dónde habían salido?

Llegaron las fotografías y más asombro. Se trataba de cuadros abstractos, aquello tan despreciado aquí y que fuera obtenía los máximos galardones. Entonces, era una baza demasiado importante para ignorarla o despreciarla y el Gobierno se puso en marcha para recoger, como representante del Estado español, parte de la gloria que sus compatriotas estaban obteniendo. Empezaron a llamarles, a ofrecerles ayuda para nuevas exposiciones y esa actitud oficial fue impregnando otras capas de la sociedad. Los autores antiguos seguían haciendo retratos embellecedores de las señoras de la aristocracia pero ya era *in* tener colgado a su lado, en el mismo salón, una representación de los nuevos estilos.

Llegó la transición y con ella, muy a la española, el entusiasmo por una obra pictórica antes despreciada. Muerto Picasso no pudo ser objeto de los honores que le preparaban, pero la atención se volcó hacia su obra. La vuelta del *Guernica* fue una empresa que consumió miles de horas de trabajo y millones de pesetas y la llegada del cuadro acontecimiento de primera página periodística, radiofónica y televisiva.

En cuanto a Miró se le quiso compensar en pocos meses por la desatención —cuando no el desprecio— que se había tenido con él en los años anteriores. Condecoraciones, homenajes, recepciones reales, exposiciones, se sucedieron llevando de un lado para otro su frágil figura; una larga serie de encargos llegó a su buzón mallorquín y cada vez que realizaba y se inauguraba uno se levantaba un ¡oh! de entusiasmo en los medios de comunicación que, igual que condenaba en los años cincuenta todo lo que hacía, elogiaba ahora su obra con la misma falta de discriminación, cantando tanto las excelencias del bello mural del aeropuerto de Barcelona como las del horrible «falo» que afea la plaza del «Escorxador» de la misma ciudad.

Hoy, en 1987, las agitadas aguas del gusto español parecen haber vuelto a su cauce y con ello la independencia de criterio. Ya no se es fascista por gustar de un pintor realista ni rojo por

apreciar a un abstracto. Gente de ideología marxista razona sin miedo su antipatía al *Guernica* y conservadores políticos tienen en casa a un Guinovart. Es decir, por vez primera en muchos años, empezamos a apreciar el arte sin pedir previamente ver el carné del artista.

La Iglesia militante... y acomodante

«Con la Iglesia hemos dado» no «topado» como se cita habitualmente, sigue siendo *leit-motiv* de la historia española. Aquí intento recordar el papel desempeñado por el sacerdote en nuestra patria en los últimos años, desde el mártir al diplomático.

La Iglesia militante

Nunca le ha ido mejor el adjetivo definidor. La Iglesia fue en la guerra civil militante y aun beligerante y la única justificación posible para su entrada en liza olvidándose de la idea pacífica de Jesús fue que antes de bendecir unos fusiles, había sido ya blanco de otros fusiles. La frase del alcalde que el 14 de abril de 1931 telegrafió a Miguel Maura flamante ministro de la Gobernación: «Proclamada la República en este pueblo, ¿qué hacemos con el cura?», dejó de ser una divertida anécdota para convertirse en realidad dramática; de despiste ideológico pasó a realidad sangrienta. Con excepción del País Vasco que mantuvo simultáneamente el respeto al gobierno legal y a los sacerdotes en la calle y aun en los frentes como capellanes castrenses, la zona republicana restante vio levantarse la «veda del cura» con resultados espeluznantes. En mi recuerdo de adolescente figura un hotel de Arenys de Munt (Barcelona) cuando comenzó el alzamiento y con él la revolución y la guerra. El mismo 18 de julio vimos subir a las patrullas antifascistas del pueblo que incendiaron la iglesia y tras saquearlo cerraron el Seminario situado a su lado. Los sacerdotes profesores vestidos de paisanos se refugiaron en el hotel hasta que

la noche del mismo día recibieron una llamada telefónica de un miembro moderado del Partido burgués «Esquerra republicana» advirtiendo que el Comité revolucionario del que formaba parte había decidido, por mayoría de votos la muerte de los curas. Al llegar los asesinos en potencia los religiosos naturalmente habían desaparecido y en algún caso lograron cruzar la frontera francesa relativamente cercana. Otros cayeron cazados como conejos por revolucionarios de otros pueblos a quienes los de Arenys de Munt habían advertido.

Porque caza era y como piezas se les buscaba por matorrales y detrás de los árboles en el campo, en los cuartos trasteros y los sótanos en las ciudades. Las posibilidades de desaparecer eran mayores en una aglomeración urbana pero en cambio existía allí el peligro de los porteros que en su mayoría simpatizaban con una situación que les permitía imponer su autoridad a unos petulantes inquilinos, aquellos que hasta entonces les habían considerado apenas dignos de un saludo desdeñoso. Así cayeron muchos denunciados mientras otros fueron traicionados por el aspecto físico que tantos años de vestirse y moverse con un hábito habían fijado para siempre. La detención equivalía casi siempre a la muerte por fusilamiento en un rincón de los alrededores de la ciudad, la Rabassada en Barcelona, la Casa de Campo en Madrid. Otros encontraron un protector eficaz que pudo alegar ese mérito en la persecución que se inició más tarde, por el lado contrario, a la entrada de los nacionales. «Escondió a un cura en su casa» fue argumento eficaz utilizado por los abogados defensores del acusado de ideas izquierdistas.

A veces en los pueblos se intercambiaban patrullas y los de Berga mataban al cura de Vergés mientras los de Vergés «paseaban» al de Berga, pero eso era sólo cuando en la mente de los verdugos existía la posibilidad de que algún día pudieran pedirles cuentas los testigos que les conocían. En términos generales no se temía esa posibilidad porque estaban convencidos de que la revolución había triunfado y la «clerigalla», como la aristocracia y la burguesía, había perdido para siempre.

La enemistad a la Iglesia se ampliaba del individuo al local que fue como en mi pueblo de veraneo, la primera víctima de las agresiones populares, de la misma manera que había aflorado en otros dos movimientos revolucionarios anteriores como la Semana Trágica de Barcelona en 1909 y la quema de conventos de mayo de 1931. Al incendiar un templo los revolucionarios sentían con-

fusa y ancestralmente —el fuego es el gran purificador de siempre— que destruían el cerco que les había oprimido desde niños. Resulta significativo que la aludida frase de Don Quijote a su escudero en la aldea de El Toboso: «Con la Iglesia hemos dado, Sancho» se transformara con los años e inconscientemente en «con la Iglesia hemos topado, Sancho»; el concepto pasaba de precisar simplemente una ubicación, a simbolizar un obstáculo en el camino de los españoles hacia el progreso, camino que interrumpía el inmovilismo de la Iglesia. Así se expresaron los incendiarios de Arenys de Munt ante mi pregunta ingenua sobre el motivo de sus actos: «Cuando la limpiemos de toda esa porquería interior servirá para escuela o algo parecido» me contestó uno. Naturalmente eso no se realizó en casi ningún sitio porque la especial arquitectura de una Iglesia la impide servir para otra cosa que para el culto o aprovechando su amplitud, emplearla como garaje o depósito de grano.

El ataque a iglesias y conventos tenía a menudo el componente de una curiosidad malsana. Las novelas por entregas del tardo romanticismo *Los secretos del convento, Las víctimas de la Inquisición* con grabados expresivos habían llevado a muchos a suponer que tras los muros de una institución religiosa existían dramas inconfesables. Por ello se sacaron y exhibieron en la calle las momias encontradas en las bóvedas de la iglesia de los Capuchinos de Barcelona deduciendo por la postura de algunos cadáveres las torturas a que habían sido sometidas las religiosas «quizá por pretender escapar del convento».

Los actos antirreligiosos como las matanzas, el saqueo, la destrucción de obras de arte produjeron un disgusto extremo en los estamentos antifascistas pero burgueses que dominaban la opinión en Francia, Inglaterra y los Estados Unidos. Sin compartir el entusiasmo de Raul Claudel que al hablar de los «mártires de España» recordaba que entre los miles de sacerdotes y monjas muertas no hubo un solo apóstata, el europeo liberal se enteró con horror de los excesos de las turbas en Madrid, Barcelona, Valencia y Málaga y esa actitud influyó probablemente en los gobiernos de París y Londres que reemplazaron el lógico apoyo militar a una república legalmente constituida por un convenio de «no intervención» que sólo resulta razonable si a uno le desagradan ambas partes del litigio. A sabiendas de esa falta los republicanos realizaron una gran labor de propaganda intentando explicar aquellos excesos por la antigua simpatía del clero español por la derecha

militar y civil (lo cual era cierto) y la participación activa de los párrocos en los primeros momentos de la sublevación (lo cual era mentira). Que uno de los sacerdotes hubiera disparado desde el campanario contra la multitud que asaltaba el templo no justificaba la quema de todas las demás. En realidad, la única institución religiosa desde la que se tiró largamente contra los antifascistas fue el Convento de Carmelitas de Barcelona y en ese caso los que lo defendían no eran los religiosos sino parte de los militares sublevados que lo habían ocupado en su intento de apoderarse de la Ciudad Condal.

(Si las muertes de religiosos fueron más numerosas en Cataluña se debe probablemente a que sus mayores enemigos, los anarquistas y los comunistas extremos del POUM eran también más potentes en esa región.)

Otros intentos de justificar las matanzas de sacerdotes fueron aún más absurdas. Con motivo de los bombardeos de Barcelona por los aviones franquistas la Delegación de Propaganda de la Generalitat mandó el Vaticano fotografías de los niños muertos preguntando al Papa qué opinaba de esa acción de los «Cruzados». La carta fue contestada en correcto catalán, probablemente por el cardenal Vidal y Barraquer exiliado de las dos Españas, por religioso en la republicana y por catalanista en la de Franco. En ella se recordaba que Pío XII había deplorado siempre las muertes violentas en la guerra pero añadía que también podrían haberle mandado fotos de los sacerdotes asesinados «por los gloriosos defensores de la libertad». A esa acusación velada, Jaime Miratvilles, responsable entonces de la imagen del Gobierno autónomo, contestó enviando la fotografía de unos sacerdotes todos ellos jóvenes, elegantísimos, con sus sotanas nuevas y bien peinadas que empuñaban unos fusiles alrededor de un cañón de artillería ligera. La mentirosa imagen digna de una foto de feria, quería demostrar que los curas habían sido los primeros en empuñar las armas contra los trabajadores.

La campaña contra la Iglesia siguió incluso cuando cesaron los «paseos» de los primeros meses. Durante toda la guerra civil como ya dije no hubo en la zona republicana y con la excepción referida del País Vasco mientras se mantuvo libre, una sola iglesia abierta públicamente al culto. En algunos casos se decía misa en capillas privadas que tenían un vago derecho de extraterritorialidad como las delegaciones del gobierno vasco en Madrid, Barcelona y Valencia o las del rito protestante protegidas por embaja-

das extranjeras y que además no despertaban la inquina de la izquierda española como las católicas. Hubo sí, un intento de reanudar el culto católico cuando el ministro vasco Irujo, tanto por sentimiento propio como por conveniencia política, hizo pública su decisión de que se reanudara el culto. La sarcástica reacción del periódico anarquista *Solidaridad Obrera* de Barcelona (25 de mayo de 1937) fue elocuente: «¿Qué quiere decir reestablecer la libertad de culto? ¿Se puede volver a decir misa? Por lo que respecta a Barcelona y a Madrid no sabemos dónde se podrá hacer esta clase de pantomima. No hay un templo en pie ni un altar donde colocar un cáliz... ¿Será esa libertad acaso el que puedan salir procesiones por las calle s? Si es así no les arrendamos la ganancia y el invitarles a ello señor Irujo no es quererles bien. ¡Libertad de cultos! ¿No habíamos quedado en que la Iglesia había sido en la rebelión de julio un beligerante más?»

Pero el intento de dar una sensación de libertad religiosa prosiguió. El gobierno Negrín en 1938 eximió del servicio de armas a los sacerdotes católicos y yo mismo presencié en la Gran Vía de Barcelona un vergonzante entierro católico que, por si acaso, no había sido anunciado con antelación. Su misión única era servir para que las cámaras cinematográficas oficiales registrasen el acontecimiento y lo mandasen al extranjero para demostrar la libertad de que gozaban los católicos con la república.

Intento tan fallido como falsa era la situación que se quería mostrar con un problema ya irreversible. Los bandos estaban en ese aspecto tan claramente delimitados que cuando llegaban las tropas nacionales a un lugar se promovía simultáneamente la elección de alcalde en la persona derechista que se encontrara viva y la reincorporación a su puesto del sacerdote que se hallara superviviente. La primera misa resultaba tan significativa como el primer desfile. Años más tarde me contó el gobernador civil de Barcelona Correa Veglison que como teniente coronel había tomado varios pueblos de Cataluña, que en uno de ellos el sacerdote pálido y flaco, mostrando en su sotana de urgencia y en su semblante demacrado la experiencia sufrida, se dirigió desde el púlpito a unos fieles también con aspecto derrotado con estas palabras: «He aquí, hermanos míos, a dónde nos ha llevado vuestra mala cabeza. La Iglesia medio destruida, vosotros llorando a tantos parientes y vecinos asesinados en los campos o muertos en el frente... y yo ¡hablando en castellano!» Esta última frase además de graciosa era significativa. Aquel hombre había recuperado su

personalidad como religioso y como ciudadano, pero seguían imponiéndole un idioma forastero para dirigirse al público. Sin saberlo el modesto párroco vaticinaba uno de los escollos más importantes con que años después chocaría el régimen.

Pero eso está todavía lejos de la incorporación de la Iglesia a los destinos de España. A la agresión roja el catolicismo responde con la agresión blanca; los sacerdotes no disparan físicamente contra los soldados republicanos pero animan a otros a hacerlo. Sus grados máximos —cardenales, obispos, canónigos— bendicen las armas con que se van a causar las mayores bajas posibles al «enemigo de Dios y de España» y colaboran, desde el cardenal Gomá al «Mosén Millán» de Sender, a las ejecuciones de «rojos» procurando salvar el alma de los condenados pero sin hacer el menor intento de salvar sus vidas. Hay naturalmente excepciones como la ya citada del obispo Olaechea que en una homilía dada en Pamplona y que naturalmente será ocultada por los medios de comunicación en el resto de la España franquista, lanzará un grito angustioso contra los «paseos» que se efectuaban en Navarra. No sirvió de nada aunque fue un bello intento como el que más tibiamente y al terminar la guerra hizo el cardenal Gomá al hablar públicamente en otro texto de «concordia» palabra tan desagradable al régimen franquista en aquel tiempo que prohibió la difusión del documento.

Quizá tampoco la hubiera creído nadie porque desde hacía dos años la Iglesia se había comprometido totalmente con el Gobierno de Franco y su política en la «carta colectiva» de los obispos españoles. En ella se hacía hincapié en las virtudes cristianas del régimen, pero mucho más en la animadversión al bando contrario mencionando la crueldad de que habían dado muestra los rojos en relación con las personas y templos católicos y como contraste, el respeto tenido hacia la Iglesia por los franquistas. Esa «Carta» fue la ratificación documental de una unión Iglesia-Estado que había de confirmarse en los años que siguieron. Por parte de la primera significaba el beneplácito oficial de los obispos recibiendo a Franco bajo palio en sus templos y saludado brazo en alto en las ceremonias, de los párrocos repitiendo desde el púlpito las mismas consignas que aparecían en los recuadros de prensa y los muros de los edificios.

La Iglesia sirvió también para conseguir la unidad idiomática preconizada por Franco. Así, el administrador apostólico de Barcelona Díaz de Gomara advierte el 27 de mayo de 1939 a los

feligreses que la enseñanza deberá ser cristiana, católica y siempre en castellano, «igual que había recomendado la jerarquía católica vasca al ocupar aquella zona los nacionales».

Por su parte el Estado acepta todas las recomendaciones que la Iglesia le hace para borrar la legislación liberal de la II República. Se suprime el divorcio, planteando problemas sin fin a los que habían creado nuevos hogares y naturalmente, se anula el matrimonio civil considerado «concubinato disimulado». Termina la coeducación en las escuelas de primera y segunda enseñanza para evitar los riesgos que trae la promiscuidad, se impone el culto a la Virgen en las escuelas. Y desde luego en el Registro Civil no podrá inscribirse un nombre que no figure en el santoral. Naturalmente, las normas para las playas dictadas por el Estado para el verano estaban en la más pura línea de la moral católica. Éstas son las que se usaban en Galicia:

> «El traje debe ser de tela no transparente y cubrir el cuerpo sin ceñirlo; los de la mujer llegarán hasta la rodilla o bien enteros o compuestos de blusa y falda; usarán además pantalones que deberán llegar asimismo hasta la rodilla; el escote será de modo que nunca pueda separarse del cuerpo y las mangas irán tan ceñidas que en ninguna ocasión un movimiento brusco descubrirá la axila; queda terminantemente prohibido tumbarse en la arena aun llevando el cuerpo cubierto con el albornoz; no obstante, estará permitido sentarse» (citada por C. J. Cela, *Mazurca para dos muertos,* Barcelona, 1983).

La prensa, la radio, el libro, la obra teatral y el cine será tan vigilada por lo que atañe a la Iglesia o sea la moral, como la que preocupa al Estado, es decir, la política. Y cuando haya un choque entre ambas prioridades ganará desde luego la Iglesia. Testimonio de ello la obra de Rafael García Serrano *La fiel infantería,* ganadora del Premio Nacional de Literatura y recogida al día siguiente de su publicación por presiones eclesiásticas. La impecable trayectoria política del autor, «camisa vieja» de la Falange y combatiente en las trincheras por Franco, no bastaba para que los curas pasasen por alto las expresiones malsonantes que usaban sus personajes dentro de su condición de soldado o la también lógica aspiración de calmar en algún burdel sus ansias juveniles. La novela, como decía, fue retirada tras su aparición provocando el sarcástico comentario del autor: «El mayor éxito literario del siglo. Se agotó la edición en cuanto salió a la venta.»

Curiosamente mientras se sentían ofendidos por esa alusión a las casas de lenocinio las jerarquías católicas españolas no hacían nada para que esos lugares desapareciesen de España a pesar de lo fácil que les hubiera resultado conseguirlo. La razón está probablemente en un pragmatismo bien entendido. Las prostitutas, según él, representaban un mal menor al atraer hacia ellas los torpes apetitos de los españoles evitando que las novias decentes tuvieran que defenderse a veces sin éxito, ante la pasión del muchacho. Tuvo que intervenir ya en los años cincuenta el cardenal Spellman al que, como buen anglosajón, le parecía asombroso que la jerarquía católica española usara de esas especiosas razones para admitir la existencia de esos lugares de pecado para que éstos por fin se cerraran.

La católica era asimismo, la única iglesia con derecho a gobernar públicamente las almas españolas. Otras iglesias estaban simplemente toleradas lo que quería decir que, dentro de su domicilio particular, podían ejercer su culto pero para evitar la malsana curiosidad de cualquier español que quisiera saber lo que decían las «falsas sectas» estaba rigurosamente prohibido colocar una señal identificadora en el exterior. Un luterano de paso por España podía acudir el domingo a su templo siempre que supiera exactamente la calle y el número donde se ubicaba porque en la puerta no existía la menor identificación.

Aun así de segregados y por tanto poco peligrosos, en algunos casos los Jóvenes de Acción Católica acuciados, al menos fácilmente perdonados por sus párrocos, irrumpieron en alguno de esos locales (concretamente ocurrió en Salamanca) destrozando Biblias y mobiliario. Esto irritó lógicamente en el extranjero y especialmente molestó a Truman, presidente a principios de los años cincuenta de los Estados Unidos y devoto baptista... además de masón, otro gremio perseguido por Franco. Por ello, aun obligado por su estamento militar a tener buenas relaciones con España, dio rienda suelta a su enfado en una disposición legal que quizá mucha gente ignore. Cuando el grupo derechista del Congreso consiguió pasar un ley prohibiendo la entrada en los Estados Unidos de quienes hubiesen sido miembros de un partido comunista en cualquier lugar del mundo, el Presidente la vetó por considerarla ociosa y poco política pero cuando el proyecto fue aprobado de nuevo con una mayoría de dos tercios que, según la Constitución hacía imposible el veto presidencial, Truman tomó su pequeña venganza añadiendo el proyecto legislativo una coleti-

lla para que, entre los no admitidos, figurasen también ex miembros de otro partido totalitario llamado «Falange Española Tradicionalista y de las JONS». Con ello sabía que molestaba a los propugnadores de la ley en cuestión propagandistas acérrimos de la causa de Franco en los Estados Unidos.

La discriminación religiosa fundada en el principio de que sólo había *una* religión verdadera no cesó durante años. Cuando los jóvenes protestantes españoles y extranjeros creyeron que, dada la aproximación buscada de Franco a los anglosajones vencedores de la guerra, podían realizar libremente su campaña de evangelización se encontraron con más de una desagradable sorpresa. Yo tuve en mis manos en los años cincuenta la circular con que una parroquia de Madrid ponía en guardia a sus feligreses ante la posible visita de esos «herejes» y el texto no tenía desperdicio: «Si llama a vuestra puerta un joven o una joven de buena presencia que os diga que sólo quiere hablar con vosotros de Jesucristo y de sus doctrinas, no le rechacéis. Al contrario: Recibidlo amablemente, hacedle pasar y que se siente en vuestra sala, ofrecedle café y sin que se dé cuenta... avisad a la policía.» Que naturalmente le detenía en el acto por intentar desviar al buen español del camino recto.

* * *

El idilio entre los dos poderes duró unos treinta años (1936-1966) con pocas excepciones. Una, quizá la más inesperada para la derecha, fue la del cardenal Segura que afrontó a Franco con la misma determinación con la que lo había hecho con la República. El cardenal que según algunos hubiera sido santo en el siglo XIII, pero que resultaba un inoportuno en el XX, llevó su rigidez moral más allá de lo que preconizaba el Régimen llegando a prohibir con amenaza de excomunión el baile «agarrado» en su diócesis de Sevilla. Pero por el otro lado se negó a sumarse a la alianza de sus colegas con las autoridades civiles; nadie le vio saludar brazo en alto, prohibió como ya dije, que en su catedral se grabara el nombre de José Antonio como había ocurrido en otras iglesias españolas y desaparecía de Sevilla cuando se anunciaba la visita de Franco para no verse obligado a entrar con él en el templo bajo palio.

Este pulso duró toda la guerra y bastantes años detrás de ella, pero Franco se negó siempre a llegar a la confrontación directa

con el cardenal. Alguien le oyó decir: «Se ha empeñado en que le convierta en mártir y no le voy a dar ese gusto.» Sólo cuando las relaciones con el Vaticano fueron mejores movió a sus diplomáticos para conseguir que el Papa nombrase un obispo auxiliar en Sevilla lo que servía para recortar la autoridad del rebelde prelado; poco después la maniobra se consumó al ser llamado Segura al Vaticano.

... dónde según me contaron allí, volvió a surgir el santo del siglo XIII a que aludía la frase. Cada uno de los cardenales destinados en Roma son además párrocos de una Iglesia de la ciudad y los elegantes prelados de la Curia pensaron que ese *rozzo* (rudo, áspero) español solo se merecía la más modesta de las parroquias del Trastévere. Pero con gran asombro de los medios vaticanistas, Segura no sólo no protestó por esa designación, sino que, al contrario de lo que hacían sus colegas, decía misa diariamente en su parroquia, visitaba a los enfermos y socorría a los pobres del barrio durante todo el tiempo que allí estuvo antes de morir en el destierro.

Con la excepción señalada, la Iglesia española se mantuvo al lado de Franco con toda lealtad hasta que empezó la agitación de los hombres de la Iglesia.

Según lo cuenta el cardenal Enrique y Tarancón —y hay pocos mejor informados de ese tema— la relación estrecha entre Iglesia y Estado empieza a hacer aguas en 1965. Hasta entonces los obispos están en su mayoría dispuestos a mantener los vínculos con el régimen, pero en esas fechas van llegando al obispado sacerdotes más jóvenes que, al no haber vivido la tragedia de la guerra civil, no tienen el mismo compromiso moral y coinciden poco después con la proclamación del segundo Concilio Vaticano que declara a la Iglesia defensora de la libertad religiosa en la convivencia civil lo que chocó naturalmente a los gobernantes españoles. Para juzgar lo lejano que estaba el Régimen franquista de ese *aggiornamento* de la Iglesia hay que recordar de nuevo la frase con que Carrero Blanco despidió a los obispos españoles que iban al Concilio: «Recuerden vuestras Eminencias que España ha sido siempre *martillo de herejes.*»

No es raro pues que cuando en 1969 los obispos españoles reunidos reclamaron la independencia de todo poder político y económico, aceptaron el pluralismo de los cristianos y se compro-

metieron a luchar por la implantación de la justicia social, la reacción gubernamental fuera impresionante. Parecía que les habían traicionado la gente de quien más se fiaban y a quien más habían ayudado y así se lo hicieron saber por vía diplomática al Papa que, naturalmente, había dado ya el visto bueno a esa tentativa de desenganchar a la Iglesia de un sistema político odiado en la mayor parte del mundo civilizado. En cuanto a la extrema derecha mostró en la calle su odio a quien creían principal causante de aquella tendencia a separarse del franquismo y cuando el entierro de Carrero Blanco las voces «Tarancón al paredón» sonaron altas y se repitieron en innumerables pintadas por los muros de Madrid. Que un príncipe de la Iglesia fuera amenazado por el fusilamiento en la España de Franco era la más asombrosa muestra del cambio que en las relaciones del Estado y la Iglesia se habían producido en pocos años. Naturalmente (no en balde es español el refrán que cita a alguien como «más papista que el Papa») la Reacción siguió considerándose depositaria de la verdad y al Pontífice y su representante en España como víctima de la propaganda envenenada realizada por las adversas campañas que sólo buscaban la destrucción de lo que Franco proclamó «la reserva espiritual del occidente».

Pero aparte de esa disociación moral y social llegó otra más grave. La preconizada por los sacerdotes que creían más en la fidelidad a un concepto nacional-regional que en de la «sagrada unidad de España».

La primera rebelde fue Cataluña haciendo buena la queja del párroco pueblerino antes recordada. El clero catalán sentía y pensaba en catalán y creía que su obligación era hacer llegar la voz de Cristo a los feligreses en la misma lengua con que hablaba en su hogar. Así, al principio con timidez y luego más audazmente, fueron utilizando ese idioma en sermones y hojas parroquiales hasta que sobrevino el choque. Luis de Galinsoga, director de *La Vanguardia,* un antiguo monárquico entregado totalmente al franquismo acudió un día a oír misa en Barcelona y al notar que se decía en catalán el sermón se salió indignado dejando escrita una tarjeta de protesta al párroco.

Éste, sincera o astutamente, le comunicó que alguien había utilizado probablemente ese papel sin su permiso a lo que Galinsoga contestó arrogantemente reivindicando su autoría y ratificando las afirmaciones anticatalanistas proferidas en él. Naturalmente, el párroco mostró la tarjeta a cuantos pudo y el teléfono

funcionó aquellos días en Cataluña como el más eficaz de los tamtam; con una reacción colectiva proporcionada a la ofensa, a los dos días centenares de suscriptores se daban de baja en *La Vanguardia española,* como se llamaba entonces, los publicitarios retiraban sus anuncios y en todos los quioscos montones del periódico hasta entonces más vendido de la región mostraban claramente la protesta del público. El escándalo estalló; en la balsa de aceite de entonces esa huelga pacífica de consumidores, imposible de combatir con la fuerza policíaca, provocó gran malestar político. El conde de Godó, propietario de *La Vanguardia* y enemistado con el director que le habían impuesto desde Madrid acudió al ministerio a explicar la situación; lo mismo hizo Galinsoga convencido de que la biografía entusiasta que había publicado del Caudillo, las repetidas fotos a toda página de Franco y doña Carmen y las frases laudatorias repetidas *ad nauseam* en el periódico le granjearían el apoyo total contra la «maniobra rojo-separatista» que le amenazaba.

Era no conocer a Franco; ante la reacción ciudadana por un lado y una fidelidad perruna por el otro se decidió por lo más sencillo: cesar a Galinsoga. Se le respetó, eso sí, su otro cargo, el pingüe de delegado de Gobierno en el Puerto Franco de Barcelona, pero el golpe para su orgullo era demasiado fuerte y murió al poco tiempo.

Lo que no sospechaba el Régimen era que ese incidente había sido sólo el principio de una actitud del clero local que prosiguió con mayor intensidad en los años siguientes. El centro de la activida catalanista era tradicionalmente Montserrat donde el abad Escarré aprovechaba *Serrá d'Or* la revista del monasterio exenta de censura por ser propiedad de la Iglesia, para mantener el fuego sagrado de unas reivindicaciones nacionalistas que definía con una fórmula precisa: «Somos españoles pero no castellanos.» La inquietud del Gobierno subió cuando el fraile benedictino no contento con airear sus opiniones entre sus paisanos, las comunicó al enviado especial de *Le Monde,* el periódico que más preocupaba al Régimen por entonces. Fraga Iribarne que había llegado al Ministerio de Información y Turismo hablando de una posible apertura, cerró rápidamente las compuertas al enterarse de aquellas declaraciones; se endureció la censura y se publicó en forma de contrabatería un extenso folleto en el que se contradecía al abad Escarré cuando éste afirmaba que Madrid negaba el derecho de manifestarse públicamente a la cultura local enumerando la

serie de revistas y libros autorizados hasta aquel momento en lengua catalana. (No se mencionaba el hecho de que los diarios en vernácula seguían prohibidos.) Pero sobre todo el ministro ponía énfasis en la ingratitud de una autoridad eclesiástica atacando a un Régimen que tanto había hecho por la Iglesia y colocándose así al servicio de quienes habían sido cómplices, sino autores materiales, de tantos asesinatos de religiosos ocurridos durante la guerra civil, incluso en la persona de los mismos monjes de Montserrat a los que no valió su tradición catalanista para evitar la muerte violenta.

Las espadas quedaron en alto. Como en el caso del cardenal Segura los servicios diplomáticos de Franco consiguieron que Roma llamase allí al abad Escarré por tiempo indefinido y la calma volvió a la Iglesia catalana pero fue por poco tiempo. La nueva ofensiva exigía obispos catalanes para la diócesis vacantes lo que finalmente consiguieron porque Roma no quiso, en la situación de la Iglesia del momento, negar a cuatro millones de católicos potenciales unos pastores que hablasen como ellos. Surgió luego la *entente* entre quienes pedían la libertad de expresión catalana con quienes la exigían a secas sin adjetivos y el resultado fue el famoso encierro de los Capuchinos de Sarriá, donde se dieron cita los máximos valores del arte y la literatura con irritación contenida del Gobierno.

En el País Vasco tardó más la Iglesia en manifestarse por nacionalizar sus ritos, pero cuando lo hizo sus acciones fueron más sonadas. Se hablaba sí, de un clero simpatizante de las reivindicaciones maximalistas e incluso de la protección —escondite, dinero— que ejercían a menudo con los etarras perseguidos, pero no había como en el caso de Cataluña un fenómeno religioso-cultural como Montserrat que sirviese de aglutinante ni un Galinsoga que se escandalizase en Bilbao de un sermón en euskera. El lenguaje autóctono no se usaba en las grandes ciudades y en los pueblos hasta las autoridades militares encontraban natural que los curas dijesen su prédicas en el único idioma que los «casheros» comprendían.

Hasta que un día el obispo de Vizcaya, monseñor Añoveros, publicó la homilía defendiendo el derecho de los vascos a sus libertades. Fue una campanada con un eco mucho mayor de lo esperado porque sonó el momento en que el fin de Franco parecía acercarse y sus partidarios estaban especialmente tensos ante una situación que se les iba de las manos. Fue entonces cuando el

matrimonio al parecer indisoluble del Régimen y la Iglesia Católica, pareció romperse definitivamente. El Gobierno expulsó del país a monseñor Añoveros y monseñor Añoveros respondió, Derecho Canónico en mano, que no se iba y que quien le forzase a ello físicamente podía contar desde luego con la excomunión. La posibilidad increíble de que a un ministro de Franco se le impidiera acercarse a los Sacramentos... naturalmente no ocurrió. Como en el caso de Segura el Caudillo supo guardarse la irritación propia y calmar la de sus ministros ante aquel desafío a la autoridad máxima. La excomunión era impensable y por tanto también lo era la expulsión. Monseñor Añoveros se quedó y con él lo hizo la libertad del episcopado Vasco de mantener sus ideas respecto a las almas y a los cuerpos bajo su custodia. Desde entonces no las ocultan incluso cuando parece que deberían hacerlo. Si cae un guardia civil o un militar dicen en privado que lo sienten y que la violencia es mala venga de donde venga, pero si cae un etarra en el País Vasco francés o en el español se apresuran a salir públicamente con una homilía en la que se acusa prácticamente a las Fuerzas Armadas del Estado de asesinato.

Con la transición y el cambio la actitud del pueblo hacia la Iglesia ha pasado de aceptar pasivamente aquella fuerza con que obligaba a todos los ciudadanos a aceptar las obligaciones morales, desde el bañador en la playa al sacramento del matrimonio, rechazar cualquier homilía, decreto u opinión de la Iglesia sobre cualquier tema público que ocurra. Por ejemplo, se han levantado voces del Partido Liberal al Comunista indignadísimas ante la condena que los obispos españoles han hecho del aborto calificándole de «presión intolerable» sobre Gobierno y conciencia ciudadana. Yo intento entonces recordar a los coléricos que la Iglesia tiene perfecto derecho, como institución o como conjunto de ciudadanos, a repudiar un proyecto de ley con el que no están de acuerdo. El hecho de que esa opinión no pueda llegar, afortunadamente, a prohibición legal les permite sentirse tan libres como el español que se manifiesta en sentido contrario y de la coacción aludida sólo pueden ser víctimas los que, sintiéndose católicos practicantes, no estén de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia en su vida particular. Lo mismo ocurrió cuando la presentación en Madrid y otras ciudades del filme francés *Je vous salue Marie*. Las manifestaciones que se produjeron frente a los cines donde se proyectaba esa película irritaron extraordinariamente a los laicos españoles. De la misma forma que en el caso anterior yo sostenía

que los católicos tienen perfecto derecho a rezar ante el local donde se proyecta una cinta que creen ofensiva para sus principios e incluso mostrar pancartas o carteles exhortando al público a que no entre a ver algo que puede causar su condena eterna. Lo que *no podían* hacer esos manifestantes, les decía, era impedir físicamente que la gente en uso de su libertad de «ir al infierno» comprase su entrada y accediese a la sala, de la misma forma que un piquete obrero puede informar al «esquirol» que están en huelga, pero no que le va a partir la cabeza si intenta ignorarla. Era inútil. Para los españoles que habían visto durante decenas de años que un mandamiento de la Iglesia equivalía a una orden judicial cualquier tentativa del episcopado para manifestar su libertad de opinión lo consideraban un claro intento de coaccionar la libertad ajena. Otra vez «con la Iglesia hemos *topado* Sancho» volvía a ser su lema y su temor.

Cuánto tiempo va a durar esa situación incómoda en las relaciones Iglesia y pueblo es cosa que no sabemos en este momento. Probablemente después de algunos decenios aquella sombra gigantesca cernida sobre España se empequeñezca hasta convertirse en una organización a la que se acojan a gusto muchos españoles y a la que vean, como una cosa ajena pero no hostil, otros muchos. En fin lo que ya ocurre en países como Francia, Inglaterra, Alemania, Estados Unidos sin el menor trauma por parte de unos y de otros.

La Iglesia por dentro

Como Hamlet la Iglesia se debate entre el ser o no ser dadas las circunstancias socioeconómicas del momento, pero el intento de seguir la corriente en lugar de luchar contra ella está teniendo mucho menos éxito de lo esperado. Cuando más se acerca al pueblo, cuando más antitradicional y severa quiere ser, cuando más comprensiva, menos gente acude a los templos contra todo lo previsto. Al ser menos rígida los fieles de antaño se le van porque si Dios es tan misericordioso y generoso que no necesita de fórmulas ¿para qué seguir yendo a la Iglesia?

El error de principio está en querer hacer abordable lo que por esencia no lo es. La misa no debe decirse «mirando al público y dando la espalda a Dios» y debería haber mantenido el latín, lenguaje internacional, que permitía al viajero, por una parte,

sentirse igualmente inmerso en la ceremonia al oírlo en la Iglesia de un país extranjero aunque el acento fuera distinto y al mismo tiempo mantenerlo en la fórmula lejana y para muchos incomprensible que requiere lo que se dice. Porque es inútil que con el castellano, el francés o el inglés se quiera hacer más claro algo tan infinitamente oscuro para nuestro intelecto como que Dios baja a la hostia en la consagración o que los muertos van a resucitar.

Tampoco ayuda mucho a la fe colectiva la teología de la liberación. Según este profano lo entiende los fautores de esta nueva idea con el brasileño Boff a la cabeza, pretenden que la Iglesia Católica está equivocada y no sigue el camino de Cristo. Eso mismo decía Lutero y tomó el único partido posible en estas circunsratancias, es decir, dejarla y fundar otra religión. Pero el teólogo Boff y los suyos piensan lo contrario. Es curioso que los mismos que acusan al Papa de soberbia por empeñase en mantener la verdad antigua no noten que mayor soberbia es la suya al asegurar que, desde su experiencia personal, es el Pontífice el equivocado a pesar de la asistencia «técnica» de los cardenales.

La Iglesia, acusan, es ilógica y no saben que la Iglesia se ha mantenido siempre *precisamente* por ser ilógica y llamar al corazón del individuo y no a su cerebro, lo que resulta mucho más importante cuando la angustia se apodera de nosotros. No es lógico que Dios de pronto le oiga a uno y cure al familiar enfermo olvidándose del vecino o que permita la firma del contrato o que se realice la venta que esperábamos. No tiene nada de razonable que Dios se olvide súbitamente de los mil pecados que uno ha cometido y le mande al cielo a través de una simple voluntad de arrepentimiento por parte del pecador. No es lógico ni razonable pero los católicos así lo creen y así lo solicitan.

(Me decía una señora norteamericana en Arizona: Es una religión muy incómoda para vivir en ella, pero estupenda para morir en su seno.)

El carácter vago, casi fantasmal de la Iglesia empezando por el aspecto grande y sombrío de los viejos templos es lo que ha atraído siempre a los fieles. Intentar aproximarla al pueblo no tiene la menor posibilidad de acertar. Ese cura que dice la misa de cara a los fieles, en vez de acercarse a ellos les muestra un rostro por lo general poco agraciado que en realidad les distrae de la oración porque lo ven demasiado cercano al que contemplan cada día en su casa y en la oficina.

Humanizar la Iglesia es un *contradictio in términis* para decirlo

en el lenguaje que quieren desterrar. Así se habla por ejemplo de permitir el matrimonio de los eclesiásticos porque son «hombres como los demás». ¿Cómo van a ser hombres como los demás quienes pueden obligar a Dios a descender a una hostia con una frase consagrada y enviarnos a la gloria con el mínimo gesto de absolvernos de nuestros pecados? ¿Cómo va a ser un hombre como los demás quien es capaz de semejante poder? Y con él a su lado tampoco es pedirle demasiado que sublimice sus ímpetus sexuales orientándolos hacia lo más alto. Salvador Dalí ha afirmado reiteradamente que renunció hace años al sexo —su esposa Gala, como se sabe, lo buscaba por su cuenta— porque tenía que dedicar toda su energía a la creación pictórica. Pero es que además en el celibato de los sacerdotes existe una razón práctica que la sabiduría de la Iglesia ha notado hace tiempo y que por ello ha mantenido. La expresión «padre» que usa el párroco presupone que su familia es toda la comunidad a su cargo, comunidad a la que puede dar los consejos generalizados de quien está por encima y aparte de los problemas que tiene que juzgar. En caso de igualdad de *status* la cosa no sería tan fácil. ¿Cómo puede un sacerdote aconsejar a una joven la continencia sexual si su propia hija —como le recordará sarcásticamente la recriminada— no la practica? ¿O poner en guardia al joven sobre lo malo de hurtar la propiedad ajena cuando su hijo se dedica al «tirón» por las calles? No; el cura tiene que flotar por encima de la gente como una estrella visible pero lejana, como un punto de referencia del que no se pueda estudiar la intimidad ni juzgarla por ello.

Aquí tenemos otra clase de soberbia parecida a la de los teólogos de la liberación. Cuando en España un sacerdote, en lucha entre su instinto y sus votos, se decide por el primero lo hace en nombre de la libertad humana y tiene para ello todos los derechos. Pero entonces surge un increíble orgullo que le hace decir lo siguiente: «Si mis ideas chocan con el Sistema que yo elegí para dedicar a él mi vida, evidentemente el errado es el Sistema porque yo no me puedo equivocar.» Y entonces nacen esas ridículas asociaciones de curas casados que se reúnen con sus esposas e hijos, celebran la comunión y aseguran que el Papa es quien tiene que cambiar las ordenanzas de la Iglesia para permitir que ellos sigan siendo tan sacerdotes como antes, con los mismos derechos y, al parecer, sólo con las obligaciones que ellos elijan. Sería mucho más lógico que se pasaran a una de las varias sectas protestantes que autorizan el matrimonio de sus ministros. Pero no...

«*yo* he cambiado porque creo que esto es más natural y el Papado debe cambiar a su vez para seguirme en mi nuevo camino».

También irrita mucho a la izquierda que en Roma se hable de promover la causa de algunos mártires de la guerra de España. Obedeciendo probablemente a un convencimiento profundo, imbuido por siglos de religión y reforzada por los años franquistas de que los actos de la Iglesia tienen fuerza de ley, socialistas y comunistas se levantaron en armas cuando se habló de este asunto. ¿Qué pretenden? ¿Qué quieren? ¿Qué fantasmas intentan resucitar? En discusiones sin fin intenté otra vez sin éxito, recordar a mis oponentes que su postura intransigente permitiría una vez más a la Iglesia alegar que el Gobierno socialista la perseguía. Que los obispos tenían todo el derecho del mundo a pedir al Papa que se abriese el proceso de beatificación de sus llamados mártires; que Juan Pablo II tenía todo el derecho del mundo a declarar a esos mártires, beatos, y más tarde santos si le parecía conveniente y justo y que ellos, los socialistas, tenían tanta autoridad para protestar de ello como la que tendrían los cardenales en el caso de que toda España realizase un homenaje multitudinario a Pablo Iglesias, apóstol del socialismo. Lo que *no puede hacer* la Iglesia de hoy, afortunadamente, es obligar a los españoles de cualquier ideología a entrar en los templos para venerar los restos de esos mártires o a seguirlos en una procesión como ocurría en los tiempos del franquismo. Pero en su casa —que ya no es la nuestra— puede realizar las honras, conjuros y ceremonias que le apetezcan sin que nadie pueda interferir en ellas y ni siquiera quejarse.

El fenómeno del Opus

En un cierto momento la Iglesia española no desiste de mandar a la sociedad o de (Inquisición) imponer su moral (franquismo) pero procura infiltrarse en ella para desempeñar mejor su papel de protector de almas. Es el momento del Opus Dei creado por aquella mezcla de maño rústico y florentino astuto que se llamó el P. Escrivá. En términos históricos el Opus es el segundo

aggiornamento de la Iglesia en su lucha por un poder que se le escapaba. El primero, tratando de recuperar en las casas particulares a la gente que se alejaba del convento por el influjo del Renacimiento y los libros erasmistas, fue la Compañía de Jesús que jugó habilmente las dos cartas de la enseñanza y de la confesión a sabiendas que con ellas iban a dominar desde el aula y desde el sacramento de la penitencia, tanto la inteligencia como la pasión de los hombres.

Pero los jesuitas por mucho que se hubieran alejado del claustro y entrado en los palacios tenían una barrera infranqueable: la impuesta por su hábito. Había lugares donde un hijo de San Ignacio no podía ir habitualmente porque resultaba demasiado conspicuo tal la Universidad o la discoteca cuando ahí, en esos sitios, estaba precisamente el grupo de jóvenes que iban a gobernar el día de mañana.

El Opus llegó a cubrir este vacío. Yo estaba en Roma cuando consiguieron el reconocimiento oficial del Papado a su misión y tuve ocasión de hablar con algunos de sus miembros elegidos —igual que en el caso de los jesuitas— entre los más destacados de cada facultad o escuela técnica. En el Opus, noté en seguida, puede haber fanáticos y muchos lo son pero no hay tontos. El promedio intelectual de sus miembros es tan elevado que multiplicaba la eficacia de la minoría que, dadas sus exigencias, pertenece a la orden. Su revolución religiosa consiste entre otras cosas en unirse a la sociedad incluso en los que ésta tiene de frívolo y así viven en lugares elegantes, asisten a fiestas en los salones más refinados sin olvidar jamás (eso me decían) su misión espiritual. «Nuestros muchachos —me contaba una afiliada de Roma— van a los bailes pero llevan el cilicio bajo el *smoking*». Su éxito posterior fue creciente; y aunque algunas deserciones pongan de manifiesto en libros reveladores unas maniobras que no son tan santas, como proclaman sus principios, eso no parece empañar la fuerza de la institución que durante años ocupó puestos de la máxima importancia en el Gobierno del Estado. Franco llegó a tener varios ministros de la Orden (López Rodó, López Bravo, Sánchez Bella), pero sería ridículo decir que fue su instrumento. Por el contrario, el Generalísimo los utilizó como había utilizado al Ejército, a la Iglesia, a la Falange, a la Banca cuando le convino; porque eran buenos tecnócratas cuando hacía falta restablecer la economía española, católicos fervientes y, especialmente importante entonces, con poderosos amigos en el extranjero.

La curiosidad popular se volcó sobre esos recién llegados a la política, una curiosidad mucho mayor que la habitual hacia los gobernantes debida al misterio que rodeaba sus actuaciones; para empezar negándose a admitir si pertenecían o no a la orden cuando eran preguntados sobre ello. (Eso ha cambiado después.) El misterio seguía en lo referente a sus relaciones con la Iglesia tradicional (unos obispos estaban a su favor y otros no) a su influencia política, a sus bienes temporales. Como en el caso de los jesuitas cuya fama heredaban, la sombra de sus actividades resultaba a menudo desproporcionada y probablemente mayor que la verdad; así cuando había alguna duda sobre una decisión política se aseguraba: «lo ha hecho el Opus»; igualmente cuando se ignoraba el nombre del dueño de unos almacenes o de una empresa se repetía muy seriamente: «Es propiedad del Opus.»

La intención del OPUS de pasar lo más inadvertido posible en la vida pública ha chocado en los últimos treinta años con la realidad de dos escándalos financieros. El primero fue el de «Matesa» con un protagonista llamado Vila-Reyes, miembro de la Organización como lo eran varios ministros que le respaldaban. Su enemigo era el denominado el grupo «azul», es decir, de falangistas que mantenían (véase Iglesia) una cierta distancia con los ambientes eclesiásticos, lo que provoó que saliera a la luz pública el negocio de falsos envíos al extranjero de los telares Matesa. La revelación dejó boquiabiertos a los españoles de entonces, no porque ignorasen que existía corrupción y fraude empezando en las altas esferas, sino porque éstas se exponían al público por vez primera con pelos y señales. Hubo un proceso; una serie de inculpados dejaron sus puestos y finalmente se aprovechó una de las manifestaciones a favor de Franco para que éste, «agradecido», indultara a alguno de los procesados más relevantes. Mucha gente opinó que ésta había sido la razón primera de la manifestación franquista, la causa y no el resultado.

Aparte de lo que se publicó en los periódicos el rumor circuló con toda su fuerza en todos los medios del país adornando o ampliando las versiones oficiales. Una de las historias contadas y que mostraba una vez más la astuta personalidad de Franco fue la de que al mostrarle alguien la lista de complicados en Matesa, el Caudillo dijo al devolverla: «Me alegro de que no esté complicado el ministro López Bravo.»

El que se la había entregado se quedó atónito: El nombre de Gregorio López Bravo encabezaba la relación de culpables.

El segundo escándalo financiero de la época —insisto que hablo sólo de los que vieron la luz— tiene también como protagonista al Opus, pero en este caso, asombrosamente, la Institución no figura en un lado de la barricada defendiéndose contra enemigos «malévolos» y «calumniadores». En este caso resulta que el procesado máximo José María Ruiz Mateos es miembro del Opus e igualmente lo son sus máximos rivales, los que, según él, y de acuerdo con el Gobierno le dieron la puñalada por la espalda, es decir Valls Taberner y Rafael Termes, del Banco Popular Español y del Consejo Nacional Bancario respectivamente.

Cuando al acusado Ruiz Mateos se le pregunta, como he hecho yo entre otros por radio y públicamente, cómo puede explicar que unos miembros compañeros en su adorada institución le hayan hecho esa «jugada» contesta que, para él, también es un misterio, pero que a pesar de ello seguirá fiel a los principios del padre Escrivá de Balaguer aunque bajo su simbólica sotana se refugien seres de dudosa catadura moral como los que se decían sus amigos y luego contribuyeron eficazmente a que el Gobierno socialista, por mediación de Boyer, le despojara de sus bienes con el famoso decreto de febrero de 1982.

Han sido dos golpes fuertes para la reputación del Opus Dei, pero no son definitivos y desde luego nada mortíferos. La ventaja de los movimientos confesionales sobre cualquier asociación o círculo, es que sus seguidores actúan movidos por la fe y no por la razón y por ello su jefe será siempre honrado y sus enemigos siempre mezquinos. Cuando se les recuerda a quienes dejaron el Opus desilusionados escribiendo luego en su contra, al adjetivo de malvado se le puede añadir el de traidor manteniendo la conciencia tranquila y la confianza en la Orden intacta.

Por lo demás, siempre puede sacarse ventajas de los descalabros. A quienes comentan la extraña situación de Rumasa con miembros del Opus a ambos lados de la pelea se les contesta: «Justamente; ahora veréis que no engañábamos a nadie cuando decíamos que la Obra no juega ningún papel como tal en la política o en las finanazas; a partir de la fe y de la unión en Cristo y con la Virgen, caben luego todas las opciones administrativas o económicas como lo demuestra el hecho de que unos "numerarios" defienden a Ruiz Mateos y otros lo combatan.»

A eso naturalmente contestan los mal pensados que lo que prueba esa escisión es que el Opus coloca a sus peones distribuidos de tal manera que, gane quien gane, los seguidores del padre

Escrivá que hoy obedecen a Álvaro del Portillo, tendrán siempre algún miembro situado en el lado de los vencedores.

* * *

La verdad es que la situación de la Iglesia española en el día de hoy ha quedado de forma extraña y sin obedecer a ninguna lógica. La tradición religiosa sigue pesando de tal forma que choca con cualquier legislación progesista que se plantee de acuerdo con el triunfo arrollador de la izquierda. Lo curioso es que la gente está tan acostumbrada a la presencia eclesiástica que no se da cuenta de ello, pero la contradicción es flagrante. Obsérvese que la Constitución de 1978 asegura la separación total de la Iglesia y el Estado y además define a este último como laico. Y, sin embargo, ese Estado paga todos los años al estamento religioso español trece mil setecientos sesenta y cuatro millones de pesetas que en su mayoría proceden de los Presupuestos Generales, es decir, que salen del bolsillo de todos los españoles incluidos los diez millones de votantes por el PSOE que lo hicieron para que España, de acuerdo con la frase de Azaña, «dejase de ser católica».

La misma duda y vaguedad existe en la enseñanza. La asignatura de Religión es voluntaria, pero sólo en lo que se refiere a la católica porque las otras no se imparten. Las escuelas privadas o confesionales reciben ayuda del Estado pero sus profesores no podrán ser expulsados por sus creencias aunque éstas sean anticatólicas. Doble injusticia. Las escuelas católicas deben ser subvencionadas por los padres que las prefieran para sus hijos y, por otra parte, la dirección de ellas tienen perfecto derecho a expulsar a los profesores que no compartan las ideas del centro.

El mismo equilibrio inestable existe en los signos externos del catolicismo. ¿Hay que mantenerlos para agradar a los creyentes? ¿Quitarlos para no ofender a heterodoxos, agnósticos o ateos? La mejor definición de esa indefinida situación la dio hace poco el director provincial de Educación de Guadalajara cuando la presión popular en Molina de Aragón obligó a la autoridad a reponer los crucifijos que el responsable de una escuela había hecho quitar de las aulas: «Los símbolos religiosos —afirmó la autoridad enfáticamente— no están prohibidos ni son obligatorios» *(ABC,* 6 de diciembre de 1985).

Sin saberlo ese funcionario parafraseaba a Curzio Malaparte

cuando definió la dictadura como algo donde lo que no está prohibido es obligatorio. O como decían Tono y Mihura en una obra teatral de la posguerra: *Ni pobres ni ricos sino todo lo contrario.*

Pero la Iglesia sigue pesando sobre las costumbres del país. Por ejemplo: ¿Qué hacen en una España oficialmente laica la festividad laboral de la Asunción de la Virgen, de la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora (15 de agosto y 8 de diciembre respectivamente) del Corpus (18 de junio de este año)? Todavía el Jueves y Viernes Santo responden a una tradición más vacacional que otra cosa y sirve para esa institución típicamente española que es el «puente» terminando el trabajo el Miércoles Santo. Eso es cierto hasta tal punto que en Uruguay, país que sí es laico de verdad y oficialmente, le llaman a esos días «Semana de Turismo», vacando oficinas y talleres igualmente; sin embargo, ¿qué relación tiene el dogma de que subió la Virgen al cielo o que haya sido concebida sin pecado original para que los españoles dejen de trabajar? Ésa podía ser una conmemoración fastuosa de puertas de la Iglesia para adentro, pero ¿motivo para irse al campo o la playa? La estadística de los deberes religiosos españoles hace más absurdo ese respeto por las fiestas señaladas. Del *Informativo Foessa* publicado en 1983 con datos desde 1975 (en plena transición y principio del cambio) resultaba que los católicos practicantes, es decir, los que sienten como algo importante las advocaciones de la Virgen antes aludido, eran sólo el 32,5 por 100 de la población total. A la iglesia dominical iba sólo el 22,3 por 100 (¿qué harían los otros «practicantes» a esa hora del domingo?) Y, sin embargo, a la hora de dar su religión se dicen católicos los «no practicantes» o «poco practicantes» alcanzando otro 45 por 100. Parece claro que esa incongruencia —*ser* de una religión pero no asistir a sus ceremonias— ocurre en España por motivos históricos. Son muchos años de vida religiosa, muchos años de asociar la idea de la patria con el catolicismo, para atreverse a romper claramente con la segunda aun mostrándose indiferente a sus actos... excepto naturalmente los que tienen un contenido social y ceremonioso. Así, en 1981, el 96 por 100 de los matrimonios españoles se celebraron en la iglesia y hoy a pesar de los loables intentos para dignificar y embellecer el matrimonio civil no habrá cambiado mucho el porcentaje.

La indiferencia religiosa española está curiosamente unida a la seguridad y confianza en su existencia como revela la reacción del

limpiabotas andaluz ante las tentativas del obispo protestante, llegado como falso turista, para atraerle a su Iglesia: «Yo no creo en mi religión *que es la verdadera* ¿y voy a creer en la suya?» Efectivamente, el número de conversos a las sectas protestantes es minoría en España y desde luego muy inferior al de los ateos y agnósticos. Si falla la doctrina católica, parecen pensar, es que fallan todas.

Supervivencias... incluso de lo que queremos olvidar

Es la parte más comprometida y quizá polémica del libro. Queramos o no queramos, lo sepamos o seamos ignorantes de ello, la España de hoy siente y reacciona todavía motivada por la tragedia que ocurrió de 1936 a 1939 y la subsiguiente dictadura. Incluso la Transición y el Cambio son, sin querer muchas veces, producto de aquella época; unas veces por seguir los mismos caminos a ciegas y otras por hacer justamente lo contrario... también a ciegas.

Supervivencias

La guerra civil imprimió carácter en los españoles y no lo digo con ninguna satisfacción. Pero es evidente que en el comportamiento de la gente hay todavía reacciones y expresiones que hacen recordar la semilla que unos hechos dramáticos les dejaron en la memoria o que recibieron de las palabras de sus padres en forma de herencia, no por intangible, menos auténtica.

Por ejemplo, *«el Parte»*. Todavía hoy en las zonas rurales españolas se oye a la gente mencionar «el parte»: «Lo oí en el parte», «yo me acuesto cuando termina el parte»... Se refieren al Telediario o a las últimas noticias radiofónicas, pero el origen de esa denominación está en el «Parte de Guerra del Cuartel General del Generalísimo» que se daba todas las noches por las radios de la zona nacional. Era el momento culminante del día y como se dice hoy, la emisión con más audiencia del país porque para la inmensa mayoría de los españoles «el parte» tenía una importancia decisiva en su existencia. Por él se enteraban de los nombres de pueblos que cambiaban de mano lo que representaba para los nativos de aquella región una esperanza y un temor al mismo

tiempo. Que llegara a él la paz y que ésta hubiera encontrado a familiares y vecinos en buen estado de salud... o que la represión no les calificara de enemigos del nuevo Gobierno. Para todos el avance o la resistencia en cada sitio representaba una ilusión o un disgusto según el color de su ideología y por ello «el parte» representaba la tristeza para unos y el júbilo para otros. Aunque sólo duró tres años escasos se inscribió en la conciencia popular con tal fuerza que cincuenta años después todavía se repite su nombre: «Después del parte», «antes del parte», «lo único que me interesa es oír el parte».

Lo Mesiánico. Otra herencia, esta vez tanto de la guerra como de la paz que la siguió. Han sido muchos años en los que el españolito de a pie no podía decidir para nada en sus destinos. Primero resolvían por él Negrín o Franco; luego ya sólo quedó el general para dictaminar su suerte, la de sus familiares y la de sus vecinos y los medios de comunicación no hicieron más que repetir machaconamente esa dependencia total. La Justicia no era la del Estado sino la de Franco, la política no era del Gobierno sino la de Franco; se mencionaba la generosidad de Franco y la España de Franco. Eso ha calado en gran número de españoles; aparte de sus ideas políticas, sigue la sensación de que alquien situado muy arriba es el que puede decidir lo que será su vida sin la menor intervención por su parte. Y cuando desapareció Franco... quedó el Rey. Es en vano que la prensa explique y el mismo monarca reafirme continuamente, que su poder está estrictamente limitado por la Constitución. Da igual. El pueblo español dejó de creer en sí mismo en 1936 y se acogió como un huérfano a la cómoda idea de que alguien de arriba es el dueño de sus destinos. Y así cuando don Juan Carlos llega a un pueblo el alcalde le explica con toda clase de detalles que el lugar necesita una conducción de agua o una fábrica de zapatos a lo que el Rey contesta siempre que hará llegar esa justa petición al ministro correspondiente, papel de intermediario o de agente de enlace que es lo único que le permite la legislación vigente; son razones claras pero que la gente no cree demasiado. Le ven desfilar rodeado de ceremonia, vivir en palacio y para la mente simplista que ha asociado siempre el Fasto y el Mando en los tiempos de Franco, la división de poderes actual no resulta fácil. Por mucho que se empeñen los medios de comunicación cualquier asociación de vecinos enfrentada con un problema manifestará altamente que «si hace falta llegaremos al mismo Rey».

Fórmulas que perviven

Había durante el franquismo y aparte de la política propiamente dicha, un estado de ánimo, una forma de actuar del Gobierno en relación con el pueblo, que José Aumente en un artículo publicado en *El País* y titulado «Sobre la adulteración neofranquista de la política» cree que sigue exactamente igual después de la caída de Franco y de su régimen. Hay un mecanismo —dice— que pudiéramos calificar como estabilizarse en la inercia. Se trata de «dejar pasar el tiempo» como el mejor método para que se disuelvan los problemas. Igualmente se mantiene de aquellos tiempos la designación de «yo o el caos», es decir, de plantear al electorado el riesgo de buscar una alternativa política que dé al traste con una situación estable. El miedo a Fraga o el temor a los comunistas son factores muy importantes para aceptar lo malo conocido antes de lo bueno del conocer y eso explica el resultado de los sondeos. Igualmente importante se mantiene la idea de conseguir la estabilidad socioeconómica aunque ello cueste tolerar transgresiones legales y corrupciones profesionales «porque no hay que crear nuevos problemas». Eso, naturalmente, permite la creación de una nueva casta de nuevos ricos dentro de la llamada nueva clase política a la que se le acalla con beneficios prácticos. De la misma manera que actuó Franco con los falangistas puros lo hace el felipismo con la mayoría de los llamados socialistas.

José Aumente piensa que sigue también el triunfalismo y la manipulación tan típicos de la era franquista. Se nos compara continuamente con otros países para exaltar las cosas positivas del régimen y ocultar o justificar las negativas. Su culminación es el último eslogan «mucho y bien» —que parece la propaganda de un hipermercado— para calificar la labor del Gobierno socialista. Y como para ser triunfalista hay que manipular los datos eso es lo que hizo el PSOE en el debate sobre el estado de la nación. hizo el PSOE en el debate sobre el estado de la nación.

Y, por último, es importante la política de representación hecha en función de la Televisión. «El público cada día participa menos y sólo asiste a la política a través de lo que le cuentan como si se tratase de un espectáculo» *(El País,* 3 de noviembre de 1985).

Partidistas sí; del partido no

La política está en la calle y sigue interesando a los españoles; no hay más que ver la lista de los libros que han alcanzado la categoría de *best seller* y apreciar en el apartado de «ensayo» que las obras que copan los primeros lugares son las que recuerdan, cuentan, explican, desmienten, vaticinan nuestro pasado o nuestro porvenir político. Parece que los españoles aun después de tantas revelaciones y tantos descubrimientos, no se han cansado de revisar lo que ocurrió y especular sobre lo que vendrá. La abstención en las elecciones celebradas y a pesar del carácter perezoso y fatalista del español —dos tremendas razones para no votar— no ha sido demasiado elevada y la política sigue viva en las páginas de los periódicos, en la radio que invita constantemente a ministros, diputados y senadores a conversar entre ellos y a contestar a preguntas de los ciudadanos que evidentemente no dejan de hacerlo. No es casualidad que uno de los programas de más éxito de TVE fuera ayer«La Clave» y hoy «Debate» que en su gran mayoría tocan temas de carácter político.

Resulta, pues, que el español, quizá para vengarse de tantos años de abstinencia, se muestra como un «animal político» y defiende con ilusión un programa gubernamental, o el de la oposición, y, sin embargo, ese mismo «animal político» se niega a convertirse de aficionado en profesional; ese «animal político» rehúsa meterse en una jaula; ese votante, en fin, rechaza la invitación a inscribirse en el partido que según él afirma, continua e incluso violentamente a veces, es el mejor de los que están en lista y que más nos conviene a todos los españoles.

Efectivamente, las cifras que se dan son increíbles... pero por lo pequeñas. Un partido como el PSOE que alcanzó casi diez millones de votos en las elecciones tiene, según confesión propia, ciento sesenta mil afiliados. Alianza Popular que obtuvo cinco millones de sufragios se vanagloria de tener algo más de doscientos mil, diferencia que no resulta tan extraña si se piensa en la mayor capacidad económica del personal de la derecha y su mayor interés en la lucha, precisamente por estar en la oposición es más clara la necesidad de que la colaboración de los enemigos del PSOE se demuestre de forma abierta y económica.

Y si ésas son las cifras de los partidos mayoritarios es evidente que las de los que los siguen da rubor mencionarlas. En la campa-

ña gallega Adolfo Suárez anunció lleno de optimismo que CDS había alcanzado en la región la cantidad de doscientos afiliados, número al que probablemente ni siquiera llegaban los miembros regionales del Partido Comunista, «Esquerda», etc.

A mi entender esa desproporción dramática entre quienes sólo creen en una organización y quienes ratifican esa creencia con sus firmas y abono mensual obedece a otra de las supervivencias de la guerra civil; una supervivencia que se llama memoria. Cuando en cada una de las zonas en que se dividió España se decidió acabar con la gente partidaria de la otra, la forma de llevar a cabo la acción homicida fue buscar en los archivos del Partido que tenía que ser destruido, como organización primero y en la vida de sus componentes después. Y así la quema de mobiliario, de banderas y signos que en general seguían al asalto del centro enemigo se detenía al llegar al fichero. «Eso no lo queméis que nos va a hacer falta», decía el jefe y más tarde, con lentitud y paciencia, los futuros asesinos iban sacando de él nombres y direcciones. Luego no había más que hacer una lista y proceder metódicamente para ir a buscarlos uno por uno y darle «su merecido». Así fueron descubiertos, anotados y castigados los miembros del PCE, PSOE, Izquierda Republicana, Masonería, UGT, CNT en la zona franquista y los de CEDA, FE y de las JONS, Agrarios, Monárquicos, Tradicionalistas en la zona Republicana.

Esto naturalmente se supo entre los atemorizados familiares «encontraron su ficha en la sede del Partido» y la noticia se transmitió como parte de una historia, pero también para prever un peligro futuro: «No hay que apuntarse a nada... nunca se sabe» y aún hoy què la gente tiene una razonable idea de que ese tipo de cosas han pasado, que no se va a matar a nadie por creer en una cosa o en otra, por ser de derechas o de izquierdas, se mantiene la precaución. Uno puede discutir, declararse de un lado o de otro, votar en conciencia... pero todavía procura evitar que su nombre y domicilio aparezca en una ficha que un día pueda caer en manos asesinas.

Es una explicación creo que válida. El miedo —se dice— es libre. El miedo sobre todo tiene memoria. Sí. Es la única explicación de que un partido de diez millones de votos cuente con ciento sesenta mil socios, y que cinco millones a la hora de la verdad sean poco más de doscientos mil.

La policía

Siempre me ha hecho gracia ese intento de cambiar la imagen de las instituciones o individuos trocándoles el nombre o el uniforme. Los odiados y temidos miembros de la Policía Armada pasaron a ser de la Policía Nacional y su traje gris se convirtió en marrón. Menudo cambio... para nada.

Porque los individuos siguen siendo los mismos y sus reacciones viscerales idénticas. Si alguien le insulta se irritan; si les tiran piedras lanzan botes de humo y si les disparan balas contestan con balas. Eso que ocurre en todas las policías del mundo produce aquí un cierto malestar basado en la memoria del tiempo franquista. Los guardias no se consideraban entonces «guardianes de la paz» sino protectores de un orden tiránico y por mucho que se intente hoy explicar al ciudadano medio la diferencia que hay entre el obediente a Franco y el que sigue a un ministro nombrado por los elegidos democráticamente, el recelo subsiste. La asociación «policía igual a violencia indiscriminada» se mantiene hasta llegar a formas que serían ridículas de no ser trágicas al revelar actitudes básicamente injustas. Hace un par de años una muchacha con aspecto de drogada provocó un escándalo en el autobús en que yo viajaba ofendiendo al conductor y a los que le dieron la razón que éste tenía. El vehículo se detuvo, unos guardias municipales se presentaron y la chica fue requerida para que les acompañara a la comisaría a lo que se negó insultando ahora a las fuerzas del orden. Ante la imposibilidad de convencerla los agentes solicitaron la presencia de un colega femenino para que la cogiera de los brazos y la obligara a bajar del coche. Frente a éste se había arremolinado el clásico grupo de curiosos y cuando, pataleando, la muchacha fue forzada a bajar se oyó un grito de aviso: «¡No la peguen!» Cuando allí la única que pegaba era la delincuente.

Tengo que creer que se trata de otro fenómeno de supervivencia. Muchos años de ver a la policía detener a alguien sólo por ser enemigo al Glorioso Movimiento Nacional, nos han preparado para descubrir en cualquier acción de las Fuerzas del Orden una injusticia que en el caso del disparo resulta un intento de asesinato. Y ello ha llegado a tal punto de que ningún agente se atreve a sacar el arma aun estando amenazado por el atracador por temor a las posibles consecuencias. Cuando se mató a un famosos miembro del GRAPO en una calle de Barcelona la prensa hizo hinca-

pié en que el bandido acusado de varios asesinatos no había llegado a apuntar con el revólver que llevaba en el bolsillo al inspector que le mató. Al parecer y según una teoría, insisto, basada en el recuerdo de cuando disparaban primero y luego preguntaban, el agente tenía que haber esperado: *a)* a que el delincuente sacase su arma; *b)* que le apuntase; *c)* cerciorarse de que el arma no era de juguete sino una pistola auténtica; *d)* que le disparasen primero para que no hubiera duda de que tenía intención de matarle... lo que hubiera hecho exactamente si no le toman la delantera.

Todo este proceso mental está originado y explicado por la referencia histórica antes aludida. El guardia o policía que defendía la dictadura a tiros no *puede* defender la democracia con la misma eficacia porque aquí no hay precedentes de un Gobierno representativo que impida con todas sus fuerzas que sus ciudadanos sean víctimas de unos malvados.

Este problema no se llega ni siquiera a plantear en Francia, la nación vecina que inventó en 1772 los «Derechos del Hombre y del Ciudadano» y que sin tolerar que los conculque el gobernante actual, tampoco permite que lo haga el criminal. Si los atracadores de un banco se llevan unos rehenes para proteger su retirada, la policía especializada apostada en la casa frontera les cazará uno a uno con un tiro en la cabeza sin que en todo el país surja la menor protesta ante el expeditivo método de librarse de un asesino en potencia. Aquí se diría que el atracador no había disparado contra el policía y por tanto éste no tenía derecho a matarle.

Igual actuarán en la libre y democrática Suiza, en la República Federal de Alemania, en Bélgica, en Holanda... en los Estados Unidos sacar un cuchillo contra un agente de la autoridad aunque sea a cinco metros de distancia, significa que el delincuente es una amenaza con la que hay que acabar para bien de todos los ciudadanos que han votado libremente para poder circular libremente por la calle; y en Dinamarca hace poco el jefe de la Policía aseguró que tirarían a dar al que amenazase a alguien con una jeringuilla infectada de SIDA «porque era un asesino en potencia». Cuando se nos termine ese complejo que hace equivaler al perseguido con el inocente y al perseguidor como el tirano quizá podamos llegar a una situación segura en las calles.

Además cualquier intervención policial se considera una limitación a la libertad de expresarse. En la inauguración solemne del curso académico de la Universidad de Madrid (octubre de 1985) un grupo de estudiantes que protestaban por el precio de las tasas

se introdujeron en el Aula Magna situándose frente a la tribuna y de cara al público con una pancarta que explicaba sus reivindicaciones. Era una típica muestra de interferencia forzada de un acto público y solemne, el sabotaje a una ceremonia que en cualquier país del mundo sería prohibido por la policía y castigado por la prensa. Aquí no. Aquí el Rectorado no se atrevió a llamar al 091 y la prensa sostuvo, al menos en parte que «a pesar de la presencia de esos jóvenes, al orador se le seguía oyendo». Uno piensa cuál sería la reacción de ese periodista si, estando hablando con un amigo en la calle, alguien se colocara entre los dos con una bandera dejándole ver a su interlocutor sólo a medias... Pero el recuerdo de los «grises» cargando contra los estudiantes de la Universidad en los años sesenta influye de tal manera en los medios de comunicación que la reacción final de los profesores asistentes al acto al expulsar por la fuerza a los que se oponían a él, fue considerado un exceso violento, casi un gesto fascista. Y lo más asombroso. Los estudiantes expulsados pusieron una denuncia a la policía y una protesta al Rectorado «por malos tratos».

No hay manera de hacer comprender a los nuevos demócratas que la libertad propia se detiene justamente en el momento en que coarta la libertad ajena. El huelguista inglés o americano tiene perfecto derecho a presentarse en la puerta de la fábrica donde trabaja para exponer en voz alta y con letreros el motivo de su paro. Con ello intenta conseguir, tanto la solidaridad de sus compañeros, como el conocimiento por parte de los clientes habituales de la empresa de la injusticia que cometen los propietarios con su gente para que desistan de efectuar allí sus pedidos. Pero lo que no puede hacer el huelguista es impedir físicamente el paso a quienes, con la misma libertad que tienen ellos para no acudir, decidan trabajar o comprar en aquel establecimiento. En los EE. UU. los huelguistas tienen incluso que estar continuamente en movimiento para no formar en ningún momento una masa compacta que impida el tránsito y la policía está allí para que se cumplan aquellas libertades.

Sí, el recuerdo de las injusticias del pasado pesa como una losa sobre las actividades del presente. Los titulares de los periódicos muestran más a menudo el temor de la prensa a que las fuerzas del orden se excedan que el respeto a la verdad exacta. «Policía mata joven en un bar», dice, por ejemplo, el encabezamiento de la noticia. Y el español medio se irrita ante el hecho hasta que, leyendo los párrafos siguientes, se entera que el «joven» en cues-

tión entró en el bar con una pistola pidiendo el dinero y las joyas, que al hacerlo con un agente de paisano este sacó su arma reglamentaria y que en el tiroteo siguiente el atracador cayó muerto. Por lo que la «víctima» evidentemente dejó de serlo.

Hace poco un taxista me contaba el caso de un colega suyo al que dos muchachos llevaron a un descampado y amenazándole con una navaja intentaron despojarle de un dinero ganado tras dura jornada laboral. Reacción indignada del taxista que, siendo experto de «kárate», desarma al primero produciéndole una luxación en un brazo y tiende al otro de un certero puntapié dirigido a la barbilla. Llega la policía jubilosamente acogida por el trabajador que cuenta el caso esperando recibir una felicitación por su heroica conducta. Se realizan las diligencias pertinentes, no aparece la navaja que habían esgrimido los atracadores y el testimonio de éstos, los dos con antecedentes penales y que explican lo sucedido como una pelea entre el taxista y ellos por motivos nimios, reduce la situación a la validez de dos testigos contra uno. Dado que ambos presentan lesiones el taxista es condenado a indemnizarlos con ¡cuarenta y cinco mil pesetas!

Es uno de los mil incidentes que ocurren todos los días. Sería tremendo que la Democracia que tanto costó implantar en las altas esferas se perdiera en las bajas de cualquier ciudad española pero me temo que éste va a ser el camino que sigamos si la Igualdad que, tantos años, fue menospreciada desde arriba, sea igualmente despreciada ahora desde abajo. En el franquismo el rico tenía siempre la razón contra el pobre y el policía contra el ciudadano de a pie. Hoy ambos están en inferioridad desde el comienzo de la acción. El delincuente habitual puede menospreciar los derechos del ciudadano quitándole el de circular al detenerle; el de su integridad física al herirle con su navaja, estilete o destornillador; el de la posesión de su dinero y joyas al arrebatárselo, pero en cuanto sea él el agredido por la reacción del humillado, herido y robado, la víctima primera tendrá que pagar por haber ejercido algo tan connatural con el hombre como la legítima defensa.

Sería tremendo que eso produjese a su vez una reacción y que la gente de a pie empezase a querer substituir a jueces y policías de los que se considera desasistido utilizando sus propios medios. De la misma manera que el GAL intentaba pagar a la ETA con igual medicina podría ser que surgieran en las calles españolas grupos de «vigilantes» como llaman, precisamente en español en

los EE. UU., a quienes intentan proteger a los ciudadanos libres de la dictadura de unos cuantos desalmados. Y sería trágico porque esa actitud que nace por una lógica y humanísima actitud de proteger la vida y los bienes amenazados puede, con el tiempo, pasar de bandas defensivas a ofensivas, de impedir que se vulneren unos derechos a tratar de imponer unas voluntades; al fascismo en fin.

Con lo que nuestro trágico ciclo comenzaría de nuevo.

Matando, ese familiar gerundio

El «Abate» Marchena, interesante personaje a caballo del dieciocho y del diecinueve, a quien acabo de dedicarle un libro (Universidad de León, 1986), tenía una curiosa teoría del porqué la literatura del Siglo de Oro, especialmente el teatro, está tan cargada de violencia. Lo que ocurría, dice Marchena, es que el Imperio español había sido creado por la fuerza; a tiros y estocadas los españoles habían entrado en Italia, Francia, Flandes, Portugal, Alemania y las Indias. Al haber sido el resultado tan gratificante —no había más que ver el poderío alcanzado por sus reyes— consideraban natural y lógico la coacción, el empleo de la fuerza y el derramamiento de sangre y por ello no vacilaron en reflejar estas características como algo normal en las obras dramáticas.

He recordado este precedente al intentar explicarme el apego a la idea de la muerte de los españoles en los últimos años. Aparte de que siempre ha existido una familiaridad constante en el hispánico con el proceso final (el «¡ay, me matas!» en el orgasmo y el «¡te mato!» de una madre al hijo travieso es inconcebible allende fronteras) estoy convencido de que esa propensión a hablar de la muerte obedece a nuestra reciente guerra civil. Fueron tres años feroces que el recuerdo de los familiares puede multiplicar fácilmente por veinte, tres años en los que como diríamos se encontró *natural* acabar con la vida de uno porque era sacerdote y con la de otro porque era dirigente sindical, porque leía el *ABC* o porque estaba suscrito a *Frente Rojo,* porque iba mucho a misa o se acercaba demasiado a la Casa del Pueblo.

Esta actitud permisiva a juzgar por las noticias de todos los días sigue viva y presente en nuestra idiosincrasia. No se trata ya de la minoría asesina que en todas las sociedades del mundo cons-

tituye un fleco constante de su urdimbre, la de los que creen que una ideología llámese ETA o Batallón Vasco Español, Guerrilleros de Cristo Rey, GRAPO o Terra Lliure baste para justificar la muerte de un ser humano porque ésos aun siendo peligrosos por su fanatismo siguen siendo pocos. Lo que me preocupa más, son las hienas que siguen a esos carniceros, los que no se atreven a oprimir el gatillo, pero que les encanta que lo hagan otros por ellos. Son los que en las Provincias Vascas gritan en las manifestaciones «abertzales»: «ETA, mátales» y los que frente al Congreso una madrugada de febrero de 1981 entonaban la misma petición, con signo político contrario: «¡Tejero, mátales!»

Se dirá: Pero todos esos son políticos, gente fanática de una idea que quieren ver triunfar. Desgraciadamente esa plaga no se ciñe a los grupos minoritarios. Cualquier taxista, camarero, portero y cito justamente gremios que por tradición han sido más susceptibles a sufrir el aire despectivo de los de «arriba» es tajante al hablar de la vida humana: «Dos tiros hay que darles», «yo los colgaba de los pies hasta que murieran», «habría que cortar de raíz esta mala hierba» y con ello no se refieren sólo a terroristas de envergadura, de los que además de matar ponen en peligro la existencia de la misma sociedad, sino cualquier atracador que sea detenido, cualquier drogadicto que asalte a un peatón, incluso del que se apodera de un bolso haciendo caer a la propietaria. «Hay que dejarse de pamplinas, de derechos humanos y de zarandajas. Hacer un buen escarmiento. Ya verías cómo se acababa todo y podríamos salir tranquilos a la calle.»

Esta postura es general y cruza fácilmente las barreras económico-sociales más altas del país. El rico es partidario de la pena de muerte porque tradicionalmente ha existido y la historia para él es maestra a la que hay que seguir a ciegas, además de considerarla medio eficaz para impedir que le quiten su riqueza; la clase media porque no tiene la protección —casa sólida, criados— del rico y sí algunas pocas alhajas familiares que le parece monstruoso que le arrebaten. Y el pobre porque muchas veces su trabajo diario depende de la tranquilidad ciudadana y ésta según su mentalidad queda garantizada sólo por una mano de hierro que termine con la vida de quien amenace la de sus semejantes.

Esta actitud es tan común que un referéndum que se convocara en España sobre la vuelta a la pena de muerte tendría probablemente un apoyo masivo hasta llegar a la mayoría absoluta y el gobierno socialista hace bien en no convocarlo si piensa mantener

su actitud humanista en contra de la pena capital. En este aspecto el sistema vigente se parece al del siglo XVIII antes mencionado cuando una minoría «ilustrada» imponía su criterio moderno, higienista, liberal, laico a una mayoría de españoles anticuados, sucios, absolutistas y entregados totalmente a la Iglesia.

Este desfase entre el intelectual y la masa es internacional y el ejemplo más flagrante lo dan los Estados Unidos donde el sistema federal ha permitido que varios Estados hayan votado por reacción visceral contra las ideas humanitarias que triunfan en Washington o en Nueva York. Por cierto que al reanudar las ejecuciones los norteamericanos ha quedado desmentido el carácter disuasorio que se alega a favor de la pena de muerte ya que el crimen no ha descendido en los Estados donde el asesino sabía que iba a ser ejecutado por gas, por electricidad, por la soga, a tiros o por la inyección letal. El error inicial está en suponer que el presunto asesino se detendrá ante esa posibilidad cuando tampoco piensa permanecer toda su vida en la cárcel. La ceguera del apasionado o el cálculo del profesional, les impiden detenerse ante esa posibilidad futura. A ese argumento contestan los partidarios de la pena capital, que, al menos «aquél» no volverá a matar; lo mismo que me han respondido en España cuando les planteé el tema de la inutilidad, como amenaza, de la pena de muerte.

No sé si en América lo que les anima a esa actitud reaccionaria sea todavía el cruel espíritu de la frontera, pero aquí sí estoy convencido que la sangre que corrió a chorros durante la guerra civil nos ha familiarizado demasiado con ella. Es difícil intentar una sociedad de tolerancia para vivir en paz, si cualquiera de nosotros está dispuesto a castigar con la muerte a quien dé un paso fuera de ella.

Algunos títulos de Espasa Mañana

Dirk Bogarde
Un hombre ordenado
Traducción de Javier Alfaya y Bárbara McShane
310 págs.

Dirk Bogarde emprende una nueva faceta como escritor. El éxito que le ha acompañado en su trabajo como actor y que ha hecho que películas como *Muerte en Venecia, Portero de noche,* se identifiquen con su nombre, vuelve a surgir en sus tareas literarias. *Un hombre ordenado,* primer libro de Bogarde traducido al español, permite conocer al discreto, metódico y ordenado actor-autor. En el relato, se entremezclan sensaciones, vivencias y episodios de su vida artística y personal, con magistrales retratos de Visconti, Resnais, Fassbinder y Liliana Cavani.

Peter Gradenwitz
Leonard Bernstein
Traducción de Abelardo Martínez de Lapera
348 págs.

El autor, que conoce perfectamente a Bernstein desde hace bastantes décadas y ha seguido en todo momento su carrera, nos ofrece aquí la primera biografía amplia del extraordinario músico. Nos describe todas las vertientes del gran talento de Bernstein, y cede, en ocasiones, la palabra —algo verdaderamente enriquecedor— a diversos artistas que han trabajado con Bernstein. Fotografías excelentes, algunas de ellas desconocidas hasta ahora, completan esta biografía de una de las personalidades musicales más fascinantes de nuestro tiempo.

John Huston
A libro abierto
Traducción de Maribel de Juan
456 págs.

John Huston se ha convertido en un nombre mítico de la cinematografía mundial. Director de películas como *El halcón maltés, El honor de los Prizzi,* sus filmes son tan variados y ricos como su propia personalidad. Orson Welles dijo en cierta ocasión: «La obra de Huston no es tan interesante como su propia vida.»
Sobre él se han escrito muchas historias, algunas de ellas verdaderas. Pero el polifacético director, a los setenta y tres años, decide contar su vida en esta biografía audaz, genial e incomparable, en la que junto a cada anécdota surge el nombre de alguno de los monstruos sagrados de Hollywood.

María-Antonietta Macciocchi
Dos mil años de felicidad
Traducción de Esther Benítez

Moravia, Malaparte, Simone de Beauvoir, Sartre, Pertini, Berlinguer... y una larga lista de intelectuales y políticos, analizados por el ojo crítico de una periodista incomparable en una autobiografía abierta a todas las críticas —personales y políticas— en aras de la más pura verdad. Un libro apasionante en el que la autora, sin ningún pudor, desmitifica algunos de los hombres y mujeres más célebres de nuestro tiempo.

Raymond Aron
Los últimos años del siglo
Prefacio de Pierre Hassner
Traducción de Mauro Armiño
214 págs.

Raymond Aron consagró los años finales de su vida a reflexionar sobre los últimos años del siglo XX. En este libro, concluye su análisis de la situación y del control de armamentos de los Estados Unidos y la Unión Soviética, confirmando el diagnóstico que, con gran lucidez, ya había formulado en 1947.

Luis Arroyo
La vida en un chip
374 págs. Ilustraciones.

Las nuevas tecnologías ya no constituyen un coto cerrado de los tecnólogos, para convertirse en tema social de primera magnitud, que ya está configurando la sociedad de mañana. Dentro de muy pocos años únicamente serán considerados cultos quienes dominen el lenguaje de la telemática.

Jean-Pierre Changeux
El hombre neuronal
Revisión científica de la versión española: Dr. J. Carbonell
Traducción de Clara Janés
366 págs. Ilustraciones.

Informar e interesar al lector en las ciencias del sistema nervioso es el objetivo de este libro en el que el autor afirma que el cerebro, el órgano noble por excelencia, es el hombre y que éste tiene la edad de sus neuronas. La síntesis más clara y completa sobre uno de los temas más difíciles de comunicar, escrita por un investigador en neurobioquímica.

George Gilder
El espíritu de empresa
Traducción de Fernando Cano
366 págs.

Un análisis original sobre el progreso económico, en el que se combinan los fundamentos de la estrategia del «business» y la experiencia empresarial con los conceptos macroeconómicos. Para Gilder el destino de las naciones no viene determinado por los datos abstractos y estadísticos —señalados por los economistas convencionales—, sino por el ingenio y sentido común de los empresarios, a los que el autor presenta como «los héroes olvidados del capitalismo».

Olegario González de Cardedal
El poder y la conciencia
Rostros personales frente a poderes anónimos
Prólogo de Pedro Laín Entralgo
PREMIO ESPASA-CALPE DE ENSAYO, 1984
357 págs.

«En este ensayo —ha dicho su autor— he querido analizar uno de los problemas fundamentales de la sociedad de hoy: el pensamiento absoluto de realidades anónimas y los poderes neutros frente al hombre, su libertad y dignidad. Poderes anónimos que van desde las formas absolutistas de gobierno a los bloques ideológicos, a los partidos que funcionan con métodos totalitarios, a las religiones que cierran el paso al misterio de Dios en vez de facilitarlo, a los grupos de poder, a los cuerpos profesionales insolidarios, e incluso, a la misma ciencia cuando está al servicio del poder.»

Claude Lévi-Strauss
Palabra dada
Traducción de Juan Bravo Castillo
256 págs.

Sometida a las exigencias de un calendario, la enseñanza oral no admite demoras. Más lenta, la escritura se presta al reposo, a la reflexión. Por ello, en la obra de Lévi-Strauss sus claros textos que recoge este libro han precedido siempre a la letra impresa. Todos sus libros y buen número de artículos escritos después de 1960 fueron iniciados oralmente. El lector, por muy poco familiarizado que esté con sus obras, las reconocerá aquí esbozadas.

Juan J. Linz
Conflicto en Euskadi
Con la colaboración de Manuel Gómez-Reino, Francisco Andrés Orizo y Darío Vila
699 págs.

Desde una perspectiva amplia y comparada, esta obra estudia con objetividad e imparcialidad las actitudes, los valores y el comportamiento político de los vascos que habitan en los siete territorios reivindicados por los nacionalistas más radicales. Aspectos claves como la identidad vasca, la lengua y el fenómeno de la violencia son estudiados con amplitud, lo que permitirá al lector hacerse una imagen de su proceso político.

Philippe Meyer
La revolución de los medicamentos
Mitos y realidades
Traducción de M.ª José Comenge y Ángela Valverde
365 págs.

La historia de los medicamentos, el estudio de los problemas económicos con que se enfrenta la industria farmacéutica y las perspectivas terapéuticas de futuro son algunos de los temas abordados por Philippe Meyer en este libro, obra imprescindible para comprender los logros que han supuesto uno de los más fabulosos testimonios de la creatividad humana: la invención y revolución de los medicamentos.

Amando de Miguel
La perversión del lenguaje
224 págs.

Hablar mal está de moda y Amando de Miguel en este ensayo satírico-amable ridiculiza esta moda dando nombres y apellidos. La degeneración del idioma castellano ha comenzado por las clases cultiparlantes, comunicadores y comunicólogos, pero todos contribuimos un poco al «glosicidio». Si el diagnóstico del sociólogo es correcto, habría que vaticinar la desaparición del español como idioma culto y la posible aparición, en su lugar, de una especie de pinchinglis o swahili hispánico.

Jean-Louis Servan-Schreiber
El arte del tiempo
Traducción de Mauro Armiño
133 págs.

El arte del tiempo es una puesta en guardia contra toda negligencia sistemática del empleo de nuestro tiempo, una propuesta de alternativa contra los

«ladrones de tiempo», un manual de combate para ganar una batalla que comenzaba a perderse. Y, sobre todo, una invitación para ganar tiempo de ocio y redescubrir el arte de vivir.

Guy Sorman
La solución liberal
Traducción de Mauro Armiño
207 págs.

Al hilo de un viaje en *jet* a través de doce países, Guy Sorman esboza un proyecto de sociedad basado en la libre elección de individuos y en una autonomía desconfiada respecto al poder político, cualquiera que éste sea. Por supuesto, este viaje es auténtico y sus personajes reales. Es un periplo moderno, un crucero de temas, una travesía de corrientes de pensamientos, movimientos sociales, agitaciones intelectuales y políticas.

Javier Tusell
Los hijos de la sangre
La España de 1936 desde 1986
PREMIO ESPASA-CALPE DE ENSAYO, 1986
279 págs.

Los hijos de la sangre es la reflexión realizada por un historiador, con muchas investigaciones monográficas ya publicadas, acerca de la guerra civil y su significación para el español de 1986. En el momento en que se conmemora el cincuentenario de la guerra civil este libro proporciona una información original y necesaria acerca de los motivos por los que estalló la guerra. Pero, sobre todo, descubre la complicada trama por la que la guerra civil, felizmente enterrada, sigue de alguna manera presente en la conciencia y en la vida de los españoles, hasta el punto de que, sin ella, es imposible conocer nuestro presente.

José Luis Yuste
Las cuentas pendientes de la política en España
382 págs.

España, que llegó a ser uno de los países más destacados de Europa, se encuentra hoy rezagada de ellos, tanto en el terreno cultural y social como en el político, económico y científico. El análisis que aportan estas páginas tiene un propósito central: buscar en la historia las causas de ese distanciamiento y señalar los posibles caminos que existen en la actualidad para reducirlo.
Estamos, a juicio del autor, ante una gran oportunidad histórica de liquidar las cuentas pendientes de la política en España, por coincidir ahora las condiciones necesarias para recuperar los atrasos legados por nuestra historia.

11856

DATE DUE

MAY 1 2 [illegible]

APR 1 3 2003

APR 1 3 2003

DP 272 .D48 1987
Diaz-Plaja, Fernando.
La España que sobrevive : cinc
010101 000
0 1163 0032631 5
TRENT UNIVERSITY